EL BUEN SOLDADO ŠVEJK ANTES DE LA GUERRA

CON ILUSTRACIONES DE KAREL STROFF

JAROSLAV HAŠEK

TRADUCCIÓN DE MONTSE TUTUSAUS

PRÓLOGO DE ALBERT LLADÓ



EL BUEN SOLDADO ŠVEJK ANTES DE LA GUERRA

CON ILUSTRACIONES DE KAREL STROFF

JAROSLAV HAŠEK

TRADUCCIÓN DE MONTSE TUTUSAUS

PRÓLOGO DE ALBERT LLADÓ



EL BUEN SOLDADO ŠVEJK ANTES DE LA GUERRA

CON ILUSTRACIONES DE KAREL STROFF

JAROSLAV HAŠEK

TRADUCCIÓN DE MONTSE TUTUSAUS

PRÓLOGO DE ALBERT LLADÓ



Títulos originales:

Dobrý voják Švejk a jiné podivné historky

Dobrý voják Švejk v zajetí

Ilustración de cubierta de Josef Lada

Ilustraciones de Karel Stroff

Edición en formato digital: diciembre 2020

Diseño gráfico: Tactilestudio Comunicación Creativa

JAROSLAV HAŠEK



(*Praga 1883 - Lipnice nad Sázavou 1923*)

Nacido en Praga en una familia arruinada a causa de los problemas de alcoholismo del padre, Jaroslav Hašek tuvo siempre una vida al límite. Despedido de varios trabajos por su afición a la bebida, se dedicó al periodismo acercándose a los ambientes anarquistas. En 1911 fundó el Partido del Progreso moderado dentro de los Límites de la Ley y se presentó como candidato a las elecciones generales. Durante la I Guerra mundial combatió en las filas del ejército austrohúngaro (experiencia que narra en su única novela Las aventuras del buen soldado Švejk), desertó y se incorporó al ejército revolucionario ruso, donde llegó a ser comandante de todas las operaciones en Siberia. De vuelta en Praga, murió de alcoholismo a los cuarenta años.

Títulos:

- Cómo encontré al autor de mi necrológica

- Historia del Partido del Progreso Moderado Dentro de los Límites de la Ley

- *El buen soldado Švejk antes de la guerra*

¡A SUS ÓRDENES!

DE ALBERT LLADÓ

«Escribir es defender la soledad en que se está» afirma María Zambrano.

Quizá no podamos llegar ni a imaginar la íntima soledad en la que se encuentra Jaroslav Hašek cuando, mientras sirve al imperio austrohúngaro, decide dejarse capturar por los rusos y unirse, así, al Ejército Rojo (en ruso le llamarán *Gashek*). Quizá no podamos llegar ni a intuir la enorme soledad del autor de *Las aventuras del buen soldado Švejk* cuando, una vez terminada la guerra, vuelve a Praga y se abandona al alcohol e, igual que su padre, fallece a causa de los estragos de la bebida. Lo que sí podemos hacer es reírnos con los cuentos que nos ofrece este volumen y hacerlo, al mismo tiempo, con la sensación de que estamos entendiendo a la perfección la desolación que deja el campo de batalla. La crueldad no se suele fijar en el color del uniforme.

Hašek, como Kafka, morirá a los 40 años. En su primera etapa como escritor, en la Praga de la pre-guerra, ciudad tolerante y cruce de culturas, el autor puede desarrollar, en el cabaret o en las revistas, su inmenso talento para la parodia. ¿Cómo alguien insumiso e indomesticable acaba siendo uno de los mayores jefes militares bolcheviques? El absurdo que presenciamos en sus relatos tuvo que ver, seguro, con su vida en ambos ejércitos, con el sinsentido de una contienda que, digerida por la sátira, nos hace desternillarnos. La burocracia acumulada, la afirmación por mero hábito, nos desvela lo programables que somos. El espejo es demoledor.

La risa, si se escapa del simple gag, tiene siempre algo de transgresor y de cortocircuito. La máquina perfecta (el buen soldado o el disciplinado trabajador) deja, así, de funcionar como el sistema le exige. La risa, según el pensador Miguel Morey, es mucho más de lo lo que se dice y puede decirse.

«Es el punto de vértigo de la alegría, pero también lo es del dolor», argumenta el filósofo, acudiendo a Bataille.

El hombre es el único animal que ríe. Cuando la guerra le ha robado todo (incluso la voluntad) reír parece la única estrategia posible para conectarse con el mundo. Hoy sabemos que el irónico e intuitivo Hašek que se emborrachaba en ambientes bohemios en sus

años de juventud (de esos años es la primera parte de este libro) llegó, no mucho después, a ordenar diversas ejecuciones. Es este volumen, pues, una suerte de altar al antibelicismo pero, a su vez, constituye la narración de la pérdida de la ingenuidad (veremos cómo el humor casi blanco se transforma en dagas llenas de inquina). El escritor checo es capaz de ir más allá de la caricatura, capa a capa, hasta construir un auténtico arquetipo. Lo hace a partir de técnicas narrativas y recursos dramatúrgicos que, consciente o inconscientemente, han utilizado después muchos de los mejores autores europeos. Traspasa, incluso, el portal de la literatura. Y lo más importante: nos permite estar un poco menos solos. O que lo parezca.

I

«Hašek es le mejor autor cómico universal» ha defendido en alguna ocasión Milan Kundera.

Kundera, a su vez, ha dicho del teatro de Arrabal que es «un mundo fantástico que no se parece a nada conocido o imaginado». Fernando Arrabal y Jaroslav Hašek. Después de leer los cuentos que este libro ofrece la conexión parece más fuerte que nunca. El dramaturgo español estrenó en 1952 (aunque la había escrito cinco años antes) *Pic-Nic*, una pieza que busca, en palabras del propio autor, «evidenciar lo absurdo de la guerra sorda». La propuesta nos presenta a Zapo, un soldado naíf y despistado, que es visitado por sus padres en el frente para disfrutar de un almuerzo al aire libre (pese que están bajo las bombas). Al grupo se le sumará Zepo, un soldado enemigo. Un surrealismo muy personal recorre todo el teatro de Arrabal, quien fundó en 1963, con Alejandro Jodorowsky y Roland Topor, el Grupo Pánico. Si Švejk se acerca a la pantomima por su continuada y compulsiva obediencia («a sus órdenes», repite una y otra vez), Zapo comienza la obra con un fragmento que podría firmar el mismo Hašek:

Diga… Diga… A sus órdenes mi capitán… En efecto, soy el centinela de la cota 47… Sin novedad, mi capitán… Perdone, mi capitán, ¿cuándo comienza otra vez la batalla?.. Y las bombas, ¿cuándo las tiro?.. ¿Pero, por fin, hacia dónde las tiro, hacia atrás o hacia adelante?.. No se ponga usted así conmigo. No lo digo para molestarle…

Capitán, me encuentro muy solo. ¿No podría enviarme un compañero?.. Aunque sea la cabra… (El capitán le riñe.) A sus órdenes… A sus órdenes, mi capitán.

No es de extrañar que los relatos del checo hayan influenciado a un teatro que tenía como principal objetivo romper con el realismo

imperante. La teatralidad recorre la mayoría de los cuentos, donde encontramos diálogos muy picados, rapidísimos, en los que el mecanismo de la sorpresa y el desconcierto son parte del engranaje textual. De hecho, en 1927, el alemán Erwin Piscator, junto a Felix Gasbarra y Leo Lanier, dirigió una versión teatral de *Las aventuras del buen soldado Švejk*. ¿Quién les ayudó a escribir la adaptación? Nada más y nada menos que Bertolt Brecht.

Pero Jaroslav Hašek no sólo lanza un anzuelo al teatro que vendrá después. Sus capítulos (los podríamos llamar escenas y no pasaría absolutamente nada) recuerdan, al mismo tiempo, al *Grand Guignol*, un género teatral de origen francés creado a finales del siglo XIX que, con montajes de corta duración, reflejaban la monstruosidad de su tiempo a través del horror y la farsa. Hoy, más de un siglo después, el dramaturgo catalán Esteve Soler ha rescatado el estilo (desarrollado en París en 1897 por el autor y director Oscar Méténier) para su obra *Contra la democracia*, traducida y representada en todo el mundo.

El escritor checo construye, sin embargo, un personaje que escapa de todos los tiempos. Es un soldado fiel (ridículamente fiel) al emperador austrohúngaro pero su figura, su fuerza alegórica, sortea los *concretos* (el vino de misa o el algodón pólvora) para erigirse como un auténtico símbolo contra cualquier tipo de conflicto armado. Hašek es capaz de cumplir los tres puntos cardinales de cualquier dramaturgia que quiera ser recordada: el misterio, la precisión y la consciencia. Hay misterio porque, aunque intuimos que Švejk acabará salvándose de todas, nunca sabemos por dónde evolucionará la historia. Hay precisión porque cada réplica nos descoloca y nos provoca la risa. Hay consciencia porque el autor no olvida cuál es el motor de su relato.

*

En su excelente libro *La dramaturgia*, Yves Lavandier disecciona seis aplicaciones de la comedia para que realmente funcione. En primer lugar, atenúa la identificación. La ironía dramática provoca un cierto distanciamiento. Nosotros no somos Švejk, no podemos serlo (ya nos gustaría, pero no somos capaces de comprender su lealtad casi burocrática). Y es por eso mismo que el humor nos llega con tanta fuerza. En segundo lugar, la comedia excluye el sufrimiento real (el dolor que nos transmite el personaje trasciende lo meramente físico). La comedia es, nos dice Lavandier, artificial. «La acumulación es un factor de exageración» que sirve para que entendamos no solo una

torpeza individual y aislada, sino una nueva limitación humana. La comedia introduce un desfase. Entre la intención y el resultado siempre hay una suerte de escisión (el soldado quiere servir a su superior y siempre logra lo contrario). La quinta aplicación que señala el guionista y escenógrafo francés es la denuncia como elemento capital. No hace falta decir que, una vez más, Hašek nos está situando cara a cara junto a la barbarie. Y, por último, en la comedia el payaso es sincero. El personaje no se da cuenta de sus despropósitos. Se muestra consternado ante los hechos que podrían parecer predecibles y evidentes. No entiende los motivos de sus calamidades. Nosotros sí. Y por eso reímos.

Jaroslav Hašek cumple, así, con todas las técnicas que luego los grandes cómicos aplicarán en el cine, desde Chaplin a los Hermanos Marx (luego entraremos en detalle en cómo Švejk es y pude ser modelo para algunas de las mejores series televisivas). Somos testigos de cómo se burla de un personaje (confunde un zurrón con un máuser) que tiene obsesiones vanas, escenifica el fracaso, trabaja la exageración y la distancia, y se concentra tanto en el carácter cómo en la situación desde donde crear humor y sátira.

«Serviré al emperador hasta el último aliento» o «A sus órdenes, no me lo creo» son algunas de las frases que, mediante la reiteración, nos presentan, sin necesidad de una descripción detallada, al protagonista. Es de este modo alguien identificable, vivo, de carne y hueso, porque tiene un lenguaje propio, una forma inconfundible de expresarse. Es lo que en teatro y narratología llamamos *estilemas*. Pero hay otros elementos de escritura dramática que, más allá de las estrategias cómicas que ya hemos comentado, aparecen en los cuentos que aquí podemos leer. La *didascalia*, por ejemplo, es la acotación que el dramaturgo suele apuntar en medio (o al margen) de la escena para dar alguna instrucción al director o los actores que representarán la obra. Pero, como estamos ante cuentos breves, los directores y los actores somos nosotros mismos, los lectores, los únicos que podremos interpretar la partitura.

En la segunda parte del libro, cuando el soldado está en cautiverio, si nos fijamos un poco, comprobaremos cómo el autor aparece para intervenir en el texto y hacernos *salir*, por momentos, de la simple acción. Es como si hubiese un letrero luminoso con un apunte histórico, un dato periodístico («las 20.000 víctimas checas que desde el comienzo de la guerra tuvo este tribunal») o, incluso, una reflexión política. No lo dice el personaje, lo dice el escritor herido: «Tras trescientos años de inculcar desde Viena la nación entera con ese lema (¡Cállese!), todavía fuera necesario insistir una vez más de

manera individual». Añade: «Talergof-Zelling pasará a la historia de la antigua Austria como un triste legado igual que las mazmorras Pozzi en la historia de Venecia». Es, sin lugar a dudas, el propio Jaroslav Hašek quien se lamenta: «Su nacionalidad suponía de entrada cierta culpa… Fue lo que les pasó a muchas madres cuyos hijos Austria molía a palos».

El escritor checo llegará a romper la cuarta pared. Es extraordinario comprobar el uso del paréntesis para frenar en seco la acción y dirigirse al público, al lector: «Si alguien cree que exagero, que lea en el almanaque médico de Múnich el capítulo *La guerra y la psicosis de masas*». O simula confesarnos: «El propio Švejk nos aseguró después que era verdad que al amigo loco lo llamaban *Excelencia* y que, hacía unos años, había visto su cara en una revista ilustrada». La relación entre álter ego y ego, entre la voz ficcional y la voz testimonial, se confunde en un juego de matrioskas.

Estamos defendiendo, pues, la enorme teatralidad que desprenden estos relatos del escritor checo. Y no hay nada más teatral que la *anagnórisis*, un recurso narrativo con el que el héroe (aquí hablaríamos de anti-héroe, no hay que olvidar que la guerra le pilla con dolores de reuma) descubre su propia naturaleza. Parece que sólo nosotros, al otro lado de la página, nos damos cuenta de cómo Švejk es humillado por sus superiores. Hasta que el soldado, ahora encerrado, llora:

Yo que iba de buena fe, y va ellos y me zurran, me ofenden y sospechan de mis más puras intenciones. No os imagináis lo que duele…

Es a partir de ese preciso momento cuando el humor, y el ritmo de los relatos, se transforman. El giro es clarísimo. Los primeros cuentos datan de 1912, y aparecen junto a las ilustraciones de Stroff. La segunda parte de este libro se publica originariamente en 1920, cuando Hašek ya ha vuelto de la guerra. El vértigo de la alegría, así, se convierte en vértigo del dolor. Y la teatralidad vuelve a enseñarnos todos sus vértices.

II

Jaroslav Hašek no es simplemente un escritor magistral en el uso de la comedia. Su corta biografía (alimentada por él mismo con múltiples mitos) es tan intensa como ambiciosa. No estamos ante un autor aislado que compone su obra al margen de la comunidad. El checo quiere influir en la sociedad de su tiempo desde muy joven. Con un carácter irreverente, y hastiado de la oficialidad de la época, en 1911 funda el Partido del Progreso Moderado Dentro de los Límites de

la Ley, cuya historia recogió él mismo, y que esta editorial recuperó en forma de libro en 2015. En una época convulsa, donde la lucha por el sufragio universal llena las calles de Praga, Hašek dirige su movimiento desde una taberna (explica que instala el comité ejecutivo en el mesón Kravín de Královské Vinohrady). Muy crítico con la cultura conformista de los socialdemócratas, y con las ambiciones nacionalsocialistas, decide presentar una candidatura independiente «al bullicio electoral». En su primer manifiesto se presenta ante el pueblo checo como un Colón que sin saber muy bien lo que busca encuentra la tierra prometida. «Tampoco nosotros podemos tener la menor idea de qué cosas buenas va a realizar el partido para la humanidad», escribe. El resultado, se burla, es un fracaso absoluto: «Solo treinta y ocho valientes perseveraron en nuestro distrito electoral», combatientes insobornables, fieles a una organización que se presentó a los ciudadanos con el siguiente cartel: «Se requiere muchacho moral para denigrar a los candidatos de la oposición».

La broma iba muy en serio. Hašek parece anticiparse a muchos de los movimientos sociales y políticos que hemos visto en los últimos años, desde auténticos *freaks* con ganas de ridiculizar a unos partidos encorsetados, que son incapaces de dar soluciones simples a un mundo demasiado complejo, hasta organizaciones con voluntad de dar un giro radical al sistema y que han cuajado de verdad. Pensamos, claro, en casos como el Movimiento 5 Estrellas, fundado en 2009 por el cómico italiano Beppe Grillo, que se presenta como una «libre asociación de ciudadanos» y que, abogando por la democracia directa, triunfa en las elecciones generales de febrero de 2013, convirtiéndose en el primer partido del Congreso con 108 diputados, y un 25,5% de los votos. Otro caso paradigmático es el Partido Pirata, que ya tiene representación, entre otros países, en Alemania, Suecia, Islandia, Ucrania y adivinen… República Checa.

El cómico y el *hacker* poniendo en evidencia la necrosis del *statu quo*. Otro caso menos elaborado, pero que de igual manera evidencia un agotamiento de la democracia representativa tal y como la entendíamos hasta ahora, es el CORI, un partido que nace en Reus y que en 2010 se presenta a las elecciones catalanas con su líder, Ariel Santamaria, vestido de Elvis (ya había sido concejal en su ciudad durante cuatro años), y su número dos, la coplista y travesti Carmen de Mairena. ¿Se trata únicamente de una *boutade*? Puede ser. Pero lo cierto es que pone sobre la mesa un problema nada menor. En España, otro cómico, Leo Bassi, creó en 2011 PPLeaks, una web al estilo de Wikileaks que invitaba a los usuarios a denunciar públicamente los casos de corrupción del Partido Popular. Volviendo a Hašek, el escritor explica cómo, cien años antes de todo esto, su partido repartió

entre sus electores trescientos números para el sorteo nacional serbio, además de prometer a todos los votantes un acuario de bolsillo.

Jaroslav Hašek se sirve del humor para crear situaciones. Su partido *moderado* es, de alguna manera, un *happening avant la lettre*. Parece adelantarse a los situacionistas de finales de los años cincuenta. En su manifiesto, aclaran: «Se trata de la realización de un juego superior, más exactamente la provocación a ese juego que constituye la presencia humana.» ¿No es eso lo que hace Hašek con su partido político? Guy Debord, en *La sociedad del espectáculo*, en 1967, va en la misma línea: «En el mundo realmente invertido lo verdadero es un momento de lo falso». El mismo año, Raoul Vaneigem publica el *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*. Algunos de sus fragmentos podrían rebatir justamente lo que el soldado Švejk representa: «Sólo es espontáneo lo que no emana de una obligación interiorizada hasta en el subconsciente, y que, además, escapa al dominio de la abstracción alienante, a la recuperación espectacular. Se entiende que la espontaneidad es una conquista más que algo dado».

La única sumisión posible es la que responde a uno mismo. El *a sus órdenes* en política deberá transformarse, inevitablemente, en *a nuestras órdenes*. O no será realmente política. Hašek nos habla, también, de la libertad.

III

Decimos que Švejk se ha convertido en un arquetipo porque el personaje ha sido capaz de trasmitir al inconsciente colectivo unos rasgos fundamentales de carácter que luego veremos reproducidos en épocas y contextos muy distintos al original. Si antes hemos abordado su capacidad dramatúrgica, y hemos apuntado su comicidad cercana al cine, ahora podemos apuntar cómo algunas de las mejores series británicas de los setenta y ochenta son, en cierta medida, actualizaciones de ese hombre torpe, ofuscado, incompetente e ingenuo que, aún así, siempre encuentra una salida exitosa al caos que, sin saberlo, ha creado.

Uno no podrá leer estos cuentos sin pensar, por ejemplo, en *Fawlty Towers*, la magistral serie de televisión escrita por John Cleese y Connie Booth en la que encontramos al entrañable Manuel, un personaje que interpreta a un camarero de Barcelona (en Cataluña se solía doblar como si fuera mexicano) al que su jefe, Basil, no deja de abroncarle porque todo lo hace mal. Sería capaz, no lo duden, de confundir un máuser con un zurrón. Pero es esa inocencia natural la que nos conmueve y nos interpela. Y la que hace que el caos, por

razones que escapan a la razón, no acabe en una absoluta catástrofe. Algo parecido pasa con *Allo, Allo*, una serie, también de la BBC, que narra la vida en un café francés durante la ocupación alemana. El dueño del establecimiento, René, tendrá que lidiar con los miembros de la Resistencia y los aviadores británicos de la RAF, no siempre tan competentes como sería necesario, para que los nazis no los descubran.

El ejemplo más conocido, y algo más reciente (se estrena en 1990), es el de Mr. Bean, el personaje creado e interpretado por Rowan Atkinson. Cada episodio se articula, en realidad, como un cuento de Hašek. El protagonista se enfrenta a una situación aparentemente sencilla pero que, debido a su incapacidad, se convierte en todo un problema. Como con Švejk, el resto de personajes que coinciden con él acaban desesperados por su forma incomprensible de actuar. Sin embargo, la serie en la que vemos el arquetipo más definido es *Some Mothers Do 'Ave 'Em*, una producción donde Frank Spencer, con una capacidad insólita para crear accidentes de la nada, representa a la perfección lo que se conoce por humor *slapstick*, una especie de subgénero en el que la violencia (una bofetada o una colleja) desemboca en la carcajada y la catarsis del espectador. ¿No nos pasa algo así cuando los superiores del buen soldado le golpean porque ya no saben qué hacer con él? En esa serie de los setenta, que TV3 tradujo como *N'hi ha que neixen estrellats*, hallamos *frases gancho* como recurso cómico. No era algo nuevo. Cuando lean los cuentos del escritor checo escucharán, siempre, un *hop, hop, hop* de fondo.

De todas formas, si consiguiéramos hacer viajar en el tiempo a nuestro querido soldado Švejk, seguramente tendría el rostro de Jacques Clouseau, el detective al que dio vida Peter Sellers en la mayoría de películas de *La Pantera Rosa*. El surrealismo de las conclusiones a las que llega tras un razonamiento sin pies ni cabeza, los efectos de su absoluta impericia, y cómo sobrevive tras el embrollo que únicamente él ha generado, acabarán por trastornar psicológicamente al inspector jefe Dreyfus. El detective, sin pretenderlo, arruina la carrera a su superior como el soldado lo hará en estas páginas (prepárense para reír sin parar) con el alférez Dauerling, quien, desde su estúpido autoritarismo, solo podrá reconocer la derrota:

—Švejk, animal, ya la has vuelto a liar.

EL BUEN SOLDADO ŠVEJK ANTES DE LA GUERRA

ŠVEJK SE ENFRENTA A ITALIA

Švejk llegó a la mili con el corazón alegre. Fue a pasárselo bien y logró dejar boquiabierta a la guarnición de Trento al completo, incluido el comandante superior. Siempre risueño, de trato amable, tal vez por ello pasó la mayor parte del servicio arrestado. Cuando después lo soltaban, respondía cualquier pregunta que le hicieran y con toda la calma del mundo se hacía encerrar de nuevo, satisfecho en su fuero interno de ser el terror de los oficiales de la guarnición. No es que temieran su tosquedad. Muy al contrario, temían su cortesía al responder, su actitud reverente y aquella sonrisa bondadosa que los ponía en un aprieto.

*

Un día llegó una inspección al barracón. Švejk, que estaba sentado en su camastro, sonrió y saludó educadamente:

—Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo. A su servicio, mi superior.

El oficial Walk rechinó los dientes ante la mirada sincera y la sonrisa amistosa de Švejk y con mucho gusto le hubiera puesto bien el gorro en la cabeza para que lo llevara como Dios manda, pero el semblante afectuoso y ardoroso de Švejk lo disuadió de cualquier acto.

El mayor Teller entró también en el barracón. El oficial Walk repasó a la tropa sentada en los camastros y dijo:

—¡Usted, Švejk, traiga un máuser!

Švejk cumplió la orden a conciencia y, en lugar del arma, trajo un zurrón. El mayor Teller miró con rabia las cándidas facciones del rostro de Švejk y preguntó:

—¿Usted no sabe qué es un máuser?

—Con permiso, mayor, no tengo ni idea.

Se lo llevaron a la oficina. Trajeron un fusil y se lo pusieron delante de las narices.

—¿Qué es esto? ¿Cómo se llama?

—A sus órdenes, mi superior, ni idea.

—¡Es un máuser!

—A sus órdenes, no me lo creo.

Lo arrestaron y el carcelero consideró que era su obligación notificarle que era un asno, pero la tropa partió hacia la montaña donde debía efectuarse un arduo entrenamiento mientras Švejk, con la sonrisa en los labios, permanecía tan tranquilo entre rejas.



Como parecía no tener remedio, lo pusieron de sirviente de los voluntarios de un año: ayudaría en el cuartel durante el almuerzo y la

cena.

Así que entonces repartía cubiertos, comida, cerveza y vino, y a veces se sentaba humildemente en la puerta, donde se fumaba un cigarrillo y profería:

—Con permiso, señores, el mayor Walk es buena persona, demasiado incluso —y con una sonrisa echaba el humo del cigarrillo.

*

Llegó otra inspección al cuartel y un oficial nuevo tuvo la mala ocurrencia de preguntarle a Švejk, humildemente sentado en la puerta, a qué compañía pertenecía.

—A sus órdenes, oficial, no tengo ni idea.

—¡Cielos! Pero ¿qué regimiento es ese?

—No tengo ni idea, oficial.

—Hombre, pero ¿cómo se llaman la ciudad y la guarnición?

—No tengo ni idea.



—¿Se puede saber entonces cómo ha llegado usted hasta aquí?

Con una sonrisa deliciosa, mirando con una bondad y amabilidad de otro mundo, respondió:

—A sus órdenes, oficial. Primero nací y después fui a la escuela. Acto seguido completé la formación de aprendiz de carpintero y entonces me llevaron a una taberna donde tuve que desnudarme. Al cabo de dos meses vinieron a por mí unos guardias y me condujeron al cuartel. Allí me examinaron y me dijeron: «Vaya, hombre, pero si usted debería haberse incorporado al servicio militar hace tres semanas. Tendremos que encarcelarlo». Pregunté que por qué, si yo no quería ir a la mili, si ni sabía que era un soldado. Con todo, me encerraron, después me subieron a un tren y me llevaron de un lado a otro hasta que llegué aquí. Para no ofender a nadie, no pregunté de qué regimiento se trataba, qué compañía era esta ni en qué ciudad estábamos y va y, apenas terminada la primera instrucción, me metieron en el calabozo por haberme encendido un cigarrillo, aunque si le digo la verdad no entiendo por qué. Desde entonces me fueron encerrando hiciera lo que hiciera: una vez que si porque había perdido la bayoneta, otra que si por poco no le doy al señor coronel en el campo de tiro… hasta que, al final, aquí donde me ve, sirvo a los señores voluntarios de un año.

El buen soldado Švejk lanzó una mirada infantil y clara al oficial que no supo si reírse o enojarse.

*

Llegó Nochebuena. Los voluntarios de un año adornaron el árbol de Navidad y tras la cena el señor coronel tuvo unas palabras muy emotivas: como todos sabían, Cristo había nacido y él estaba muy contento de los buenos soldados y los buenos soldados debían estarlo también de sí mismos… Y en estas que, en medio de tan solemne discurso, se oyó un caluroso:

—¡Cierto! ¡Así es!

El comentario había sido obra del buen soldado Švejk que, con el rostro resplandeciente, se hallaba medio camuflado entre los voluntarios de un año.

—A ver, los de un año —bramó el señor coronel—, ¿quién ha sido el gritón?

De las filas de voluntarios de un año salió un sonriente Švejk clavando sus ojos en el coronel.

—A sus órdenes, mi coronel. Sirvo a los señores voluntarios de un año y me ha gustado mucho lo que ha tenido a bien decir. ¡Le ha salido tan del alma!

Cuando a medianoche las campanas de Trento convocaban a los fieles, el buen soldado Švejk llevaba ya una hora en el talego. Esta vez permaneció en él una buena temporada. Luego le ciñeron de nuevo la bayoneta y lo destinaron a la sección de ametralladoras.

En la frontera italiana iban a realizarse grandes maniobras y el buen soldado Švejk se preparaba para marchar con el ejército.

Antes de partir, sin embargo, oyó los comentarios de un cadete:

—Imagínese que Italia nos ha declarado la guerra y que marchamos contra los italianos.

—Bien, pues ¡marchémonos! —exclamó Švejk. Le cayeron seis días.

Cuando expiró el plazo, lo mandaron con otros tres presos y un cabo a juntarse con la sección de ametralladoras. Travesaron un valle, continuaron después montaña arriba a caballo y, una vez allí y como cabía esperar, Švejk se extravió en los densos bosques de la frontera italiana.

Se abrió paso entre la maleza buscando en balde a sus compañeros hasta que, a Dios gracias, cruzó la frontera armado hasta los dientes.

Y allí el buen soldado Švejk sobresalió por su valentía. Justamente, la sección de ametralladoras de Milán efectuaba maniobras en la frontera austriaca y una mula con una ametralladora y ocho soldados aparecieron en el llano por el que el buen soldado extendía la vista de manera inquisitiva.

Los soldados italianos se habían metido en la maleza tan tranquilos, sin temor alguno, y entonces dormían. El mulo con la ametralladora pacía de lo más tranquilo y fue alejándose de su sección hasta dar con Švejk que, risueño, observaba al enemigo.

Agarró al animal por la brida y volvió a Austria con la ametralladora italiana sobre el mulo italiano.

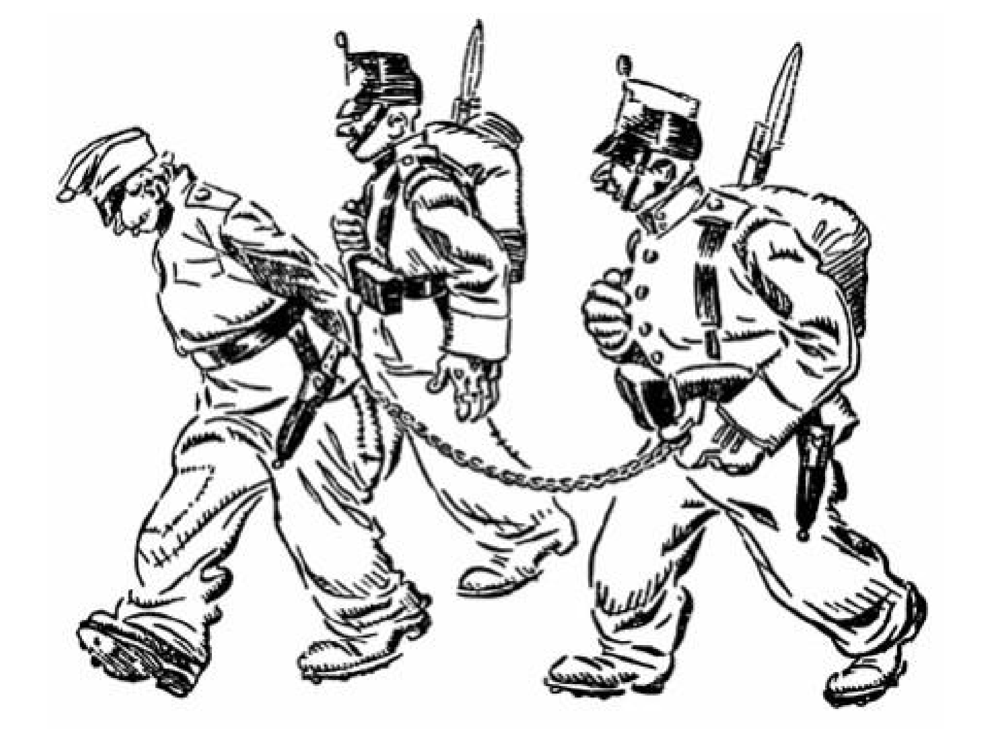
Primero descendió la ladera montañosa por la que había llegado al llano, después deambuló medio día por un bosque con el mulo hasta que al fin, al anochecer, avistó el campamento austriaco.

La guardia no quería dejarlo pasar porque Švejk no se sabía la contraseña del día, así que tuvo que venir un oficial a toda prisa.

Švejk se puso en posición de firmes, saludó y profirió:

—A sus órdenes, mi teniente. ¡Les he quitado un mulo con una ametralladora!

Y aunque entonces supiéramos por fin qué aspecto tenía el último modelo de ametralladora italiana, se llevaron al buen soldado al calabozo de la guarnición.



EL BUEN SOLDADO ŠVEJK PROCURA EL VINO DE MISA

El apostólico vicario castrense doctor Koloman Belopotoczky, obispo de Trento, nombró sacerdote de la guarnición a Augustin Kleinschrodt. Entre un cura corriente, civil, y un eclesiástico militar la diferencia es grande. En el segundo, la religión se funde a la perfección con el soldado, dos castas absolutamente dispares van aquí de la mano. Las diferencias entre ambos tipos son tales como entre el teniente coronel de los dragones que instruye en la academia militar de caballería y el dueño de un hipódromo.

Al clérigo castrense lo paga el Estado, es un funcionario militar con un rango concreto, tiene derecho a llevar sable y a batirse en duelo. El eclesiástico civil recibe asimismo una retribución del Estado, pero si lo que quiere es vivir con desahogo, tendrá que apañárselas para conseguir también algo de dinero de los fieles. Los soldados no tienen por qué saludar al clero normal, sin embargo deben rendir el debido respeto al sacerdote castrense, de lo contrario se los mandará al calabozo. Dios tiene, pues, dos representantes en este mundo: el civil y el castrense.

El civil se ocupa de la agitación política, el castrense confiesa a los soldados y después los encierra, lo que sin duda pretendía el Señor cuando un buen día creó esta tierra pecaminosa y creó luego también

a Augustin Kleinschrodt.

Cada vez que este venerable señor se dejaba ver por las calles de Trento, parecía de lejos el cometa con el que un dios iracundo fuera a castigar la desdichada ciudad.

Era terrible en su magnificencia y corría el rumor de que en Hungría había participado ya en tres duelos y les había cortado la nariz a los contrincantes del cuartel de oficiales que no eran lo suficiente entusiastas en la fe.

Fue transferido a Trento, reduciéndose de ese modo el volumen de infidelidad de la ciudad, en la época en que el buen soldado Švejk acababa de salir de la cárcel de la guarnición y de volver a su compañía para seguir defendiendo la patria.

El padre espiritual de la guarnición militar de Trento buscaba entonces un nuevo asistente y fue personalmente a seleccionarlo entre las tropas.

Qué casualidad que, cuando pasaba por las estancias, su vista se posara en el bondadoso rostro del soldado Švejk y que, con una palmada en el hombro, le dijera:

—¡Vendrás conmigo!

El buen soldado empezó a disculparse, pues no había hecho nada, pero el cabo le dio un empujón y lo guio al despacho.

Allí, tras dar muchos rodeos, el suboficial le comentó al capellán que el buen soldado Švejk era un bribón, pero el oficial Kleinschrodt lo interrumpió con aquello de que un bribón puede, sin embargo, tener un buen corazón y Švejk asintió humildemente con la cabeza. El soldado tenía de veras una mirada sincera y su cara risueña se redondeaba en la comisura de los labios. El pastor espiritual y castrense, ante semejante cabeza de bonachón, no quiso echar siquiera un vistazo a su registro penal.

Para Švejk empezaron buenos tiempos. Bebía a escondidas vino de misa y limpiaba con tanto esmero el caballo de su superior que una vez el padre Kleinschrodt incluso le cantó las alabanzas.

—A sus órdenes, mi señor —contestó el buen soldado Švejk—, hago todo lo posible para que luzca tan hermoso como vos.

Después vinieron los grandes días del campamento militar de

batalla en Castelnuovo, donde debía oficiar una misa de campaña. Para uso eclesiástico, Augustin Kleinschrodt empleaba únicamente vino de misa de la región de la Baja Austria Vöslau. El vino italiano no podía ni olerlo, así que cuando se acabaron las provisiones, llamó al buen soldado Švejk y le dijo:

—Mañana por la mañana irás a la ciudad a buscar vino de la Baja Austria, vino de Vöslau. En el despacho recibirás dinero y traerás una barrica de ocho litros. Nada de entretenerse. Y sobre todo que sea de Vöslau, de la Baja Austria. ¡Retírate!

Al día siguiente le dieron veinte coronas y se le entregó un documento que rezaba «De servicio oficial a por vino» para que luego, a la vuelta, la guardia no le impidiera la entrada al campamento.

El buen soldado Švejk fue a la ciudad. Por el camino se repitió una y otra vez «Vöslau, Baja Austria» lo que asimismo profirió en la estación, de modo que cuarenta y cinco minutos después se dirigía a la Baja Austria en tren y más contento que unas pascuas.

Aquel día el santo transcurso de la misa de campaña se vio empañado por la jarra de vino agrio italiano.

Al atardecer, a Augustin Kleinschrodt ya no le cabía la menor duda de que el buen soldado Švejk era un pillo de mucho cuidado que estaría empinando el codo en algún lugar, desatendiendo de ese modo sus obligaciones militares.

Se le oyó echando pestes por todo el campamento. Sus improperios llegaron hasta los gigantes alpinos cayendo por el valle del Adigio hasta Merano, por donde unas horas antes se había visto a Švejk, risueño como de costumbre y con la conciencia tranquila de estar cumpliendo su cometido como era debido.

El tren pasó por varios valles y túneles y, en cada estación, Švejk preguntaba algo seco:

—¿Vöslau, Baja Austria?

Al fin, la estación de Vöslau y el bondadoso soldado se vieron las caras. Švejk mostró su documento militar «De servicio oficial a por vino» a un hombre que llevaba gorro oficial y con una sonrisa deliciosa le preguntó dónde estaba el cuartel.

El señor del gorro le pidió el salvoconducto. El buen soldado Švejk contestó que no sabía de qué hablaba. Llegaron otros dos

hombres con gorro y le explicaron que el cuartel más cercano quedaba en Korneuburg.

Así que el buen soldado Švejk compró un billete para Korneuburg y continuó su camino.

En Korneuburg había regimiento ferroviario y en el cuartel se sorprendieron mucho cuando por la noche apareció un soldado en el portón y le mostró al guardián su documento «De servicio oficial a por vino».

—¿No lo dejamos mejor para mañana? —preguntó el guardia—. El oficial inspector acaba de acostarse.

De modo que el buen soldado Švejk se tumbó en un catre convencido de hacer por el Estado lo que estaba en sus manos y se durmió satisfecho.

Por la mañana se lo llevaron a la oficina del almacén. Allí mostró una vez más su documento con sello del Campamento de Castelnuovo - RGT 102 Bat 3 y con firma del suboficial contable de servicio.

El desconcertado suboficial que lo atendía lo condujo al despacho del regimiento donde el coronel lo sometió a un interrogatorio.

—A sus órdenes, mi coronel —dijo el buen soldado Švejk—, he venido por orden del venerable padre Augustin Kleinschrodt de Trento. Debo comprar una barrica de ocho litros de vino de misa de Vöslau.

Siguió a ello un consejo. Su cara simplona de buenazo, su sincero comportamiento militar y su documento «De servicio oficial a por vino» debidamente sellado y con firma auténtica daba todo una impresión adversa y hacía el asunto muy confuso.

Debatieron largo y tendido hasta llegar a la conclusión de que el venerable padre Augustin Kleinschrodt debía de haberse vuelto loco y de que no quedaba otra que mandar al buen soldado de vuelta con un salvoconducto.

El suboficial dispuso, pues, un salvoconducto para Švejk. Era un buen hombre y le daban igual unos kilómetros más que unos kilómetros menos. Decidió trazar la ruta por Viena, Graz, Zagreb, Trieste y Trento calculando el viaje en dos días. Además le compraron el billete, le pusieron unas moneditas en el bolsillo y el cocinero, por compasión, le dio tres panes de centeno.

Mientras tanto, en Castelnuovo, el sacerdote de campaña Augustin Kleinschrodt andaba por el campamento rechinando los dientes y repitiendo una y otra vez:

—¡Capturar, atar, fusilar!

Todo apuntaba a que el buen soldado Švejk había desertado, así que menuda sorpresa se llevaron cuando al cuarto día por la noche apareció en la entrada de la zona de campaña con un salvoconducto de Korneuburg y su documento original: «De servicio oficial a por vino».

Se le lanzaron encima de inmediato y, para su consternación, lo encadenaron y se lo llevaron a un barracón en el que permaneció arrestado.

Por la mañana lo condujeron al cuartel de la ciudad.

Al mismo tiempo llegó un comunicado del regimiento ferroviario de Korneuburg en el que se interpelaba al coronel por qué el capellán castrense Augustin Kleinschrodt había mandado al soldado Švejk a Korneuburg a por vino de misa de Vöslau.

Durante el interrogatorio, el soldado Švejk contó con gran franqueza y una sonrisa beata de qué manera habían tenido lugar los hechos. Después se celebró un gran consejo y, al finalizar, el cura oficial Augustin Kleinschrodt fue a visitarlo al calabozo.

—Lo mejor que puedes hacer, pedazo de burro, es dejar que la comisión de superarbitraje te examine, a ver si así nos libramos de ti.

A lo que el buen soldado Švejk, mirándolo con expresión sincera, exclamó:

—¡A sus órdenes, mi señor, declaro que serviré al emperador hasta el último aliento!

EL PROCESO DE SUPERARBITRAJE DEL BUEN SOLDADO ŠVEJK

En todos los ejércitos hay pícaros que no quieren servir. Prefieren acabar como meros civiles inútiles. Los listillos como esos se quejan de que tienen, por ejemplo, insuficiencia cardíaca aunque solo tengan, por decir algo, una apendicitis como mediante autopsia se acaba demostrando. Con esas y otras triquiñuelas quieren librarse de sus obligaciones militares. ¡Ay de ellos! Existe para evitarlo el proceso de

superarbitraje que les va a hacer pasar las ganas. Va uno de esos tipos astutos y se queja de que tiene los pies planos. Bien, pues el médico militar le receta sal de Glauber y una lavativa y, tenga o no tenga los pies planos, el muy granuja echa a correr como si le fuera a estallar la cabeza. Por la mañana, para asegurarse el tiro, además lo meten en el calabozo.

A otro pillo le aqueja un tumor en el estómago. Lo tumban en la mesa de operaciones y le anuncian:

—Le vamos a abrir el estómago sin anestesia alguna.

Apenas lo dicen, al supuesto enfermo ya se le ha pasado el cáncer y corre hacia la base milagrosamente curado.

El proceso de superarbitraje es un gran beneficio para el ejército. A no ser por él, cada segundo un recluta se sentiría enfermo e incapaz de llevar la mochila.

Superarbitraje es una palabra de origen latino. *Super* equivale a «encima», «más», mientras que *arbitrare* equivale a «juzgar», «observar». De modo que superarbitraje significa por encima de la observación.

Bien que lo dijo un médico del Estado Mayor:

—Cuando examino a uno que dice sentirse pachucho, actúo con el convencimiento de que no se debe hablar de «superarbitrare» sino de «superdubitare». Un enfermo así está, por encima de todas las dudas, más sano que un roble. Parto también de este otro principio. Receto quinina y dieta. Al cabo de tres días el enfermo ruega que, por Dios, le dé el alta del hospital. Y si uno de estos comediantes muere entretanto, lo hace con el único propósito de exasperarnos y de librarse de expiar el fraude. Por ello «superdubitare» y no «superarbitrare». Dudar de todos hasta su último aliento.

No es de extrañar, pues, que cuando quisieron superarbitrar a Švejk toda la compañía lo envidiara. El carcelero que le traía el almuerzo al calabozo le soltó:

—¡Qué suerte tienes, pillo! Te van a mandar a casa. Te eximirán en menos que canta un gallo.

Pero el buen soldado Švejk le contestó lo mismo que al cura Augustin Kleinschrodt:

—Imposible. Estoy sano como un roble y quiero servir al emperador hasta el último aliento.

Con una sonrisa dichosa se tumbó en el camastro. El carcelero confió el comentario de Švejk a Müller, el oficial del día, que rechinó los dientes.

—El canalla este se merece una lección —exclamó—, no vaya a pensar que se puede quedar en la mili. Como mínimo tiene que pillar el tifus exantemático, aunque enloquezca.

Mientras tanto el buen soldado Švejk le exponía a su compañero de pelotón, también encarcelado, lo siguiente:

—Serviré al emperador hasta el último aliento. Ahora ya estoy aquí ¿no? Pues aquí me quedo. Si soy soldado tengo que servir al emperador y nadie puede expulsarme del servicio militar ni aunque viniera el general en persona, me diera una patada en el culo y me echara del cuartel. Volvería y le diría: «A sus órdenes, mi general, quiero servir al emperador hasta el último aliento. Regreso a la compañía». Y si aquí no me quieren, me iré a la Marina a servir al emperador al menos en el mar. Y si ni siquiera allí me quisieran y el señor almirante también me diera una patada en el culo, serviría al emperador en el ejército del aire.

Aun así por todo el cuartel campaba el franco convencimiento de que iban a echarlo. El día 3 de junio vinieron con una camilla a buscarlo al calabozo. Tras una férrea resistencia lo ataron con correas y se lo llevaron al hospital de la guarnición. Allí por donde pasaba la camilla, podía oírse su máxima patriótica:



—¡No me dejéis, soldados, quiero servir al emperador!

Lo ingresaron en el departamento de enfermos graves donde el médico del Estado Mayor Jansa lo examinó por encima:

—La has hecho buena, Švejk. Tienes el hígado agrandado y el corazón obeso, tendremos que eximirte del servicio militar.

—A sus órdenes, doctor —contestó Švejk—, ¡si estoy más sano que un roble! Por favor, ¡qué haría el ejército sin mí! Declaro que quiero volver a la compañía y que seguiré al servicio del emperador fiel y honradamente como se espera y corresponde a un buen soldado.

Le recetaron una lavativa y, mientras el enfermero ruteno Bochkovsky se la ponía, en tan delicada situación, el buen soldado Švejk dijo con mucha honra:

—Sin miramientos, hermano, no temí a los italianos y tampoco temo tu lavativa. Los soldados deben ignorar el miedo y servir, ¡no lo olvides!

Después lo sacaron afuera y un soldado con un fusil cargado lo vigiló el tiempo que estuvo en la letrina.

Acto seguido volvieron a tumbarlo en la cama. El enfermero Bochkovsky anduvo a su alrededor lanzando suspiros:

—A ver, hijo de perra, ¿tienes padres?

—Tengo.

—Al parecer no saldrás de aquí, comediante.

El buen soldado Švejk le soltó una colleja.

—¿Comediante yo? Estoy completamente sano y quiero servir al emperador hasta el último aliento.

Lo pusieron en el hielo. Pasó tres días envuelto en compresas heladas y cuando vino el médico del Estado Mayor y dijo: «Bueno, Švejk, al final te mandaremos a casa.», Švejk manifestó:

—A sus órdenes, doctor, sigo vivito y coleando y mi voluntad es servir.

Volvieron a ponerlo en el hielo. Al cabo de dos días tenía que reunirse la comisión de superarbitraje que lo eximiría para siempre de las obligaciones militares.

Un día antes de que tuviera lugar tal reunión, una vez ya redactado su certificado de cese, el buen soldado Švejk desertó.

Tuvo que fugarse para poder seguir al servicio del emperador. Durante quince días no se supo nada de él.

Pero cuál fue la sorpresa cuando transcurrido ese lapso apareció en el portón del cuartel y con su sonrisa de hombre honrado y su cara de pan le anunció al guardia:

—A sus órdenes, vengo a que me encierren. Deserté para poder servir al emperador hasta mi último aliento.

Su deseo se cumplió. Le cayó medio año y, como tras este periodo quería seguir sirviendo, lo trasladaron al arsenal a que cargara los obuses de algodón pólvora.

EL BUEN SOLDADO ŠVEJK APRENDE A MANIPULAR EL ALGODÓN PÓLVORA

Sucedió tal y como dijo el capellán castrense:

—Tú, Švejk, bribón, más que bribón, si quieres servir lo harás entre pólvora. Esperemos que te pruebe.

Fue así como el buen soldado Švejk llegó al arsenal para aprender a manipular el algodón pólvora. Cargaba los obuses. Semejante tarea no es cosa de broma, uno está constantemente con una pierna en los aires y la otra en la tumba.

Con todo, el buen soldado Švejk nada temía. Como soldado honrado que era, vivía satisfecho en medio de la dinamita, la ecrasita y el algodón pólvora y, del barracón en el que trasteaba con tan terrible explosivo, se podía escuchar su canto:

Piamonte, Piamonte, ¿qué clase de señor sois?

El más grande de los portones ha caído detrás de vos,

hop, hop, hop.

El más grande de los portones y los cuatro puentes,

levanta, Piamonte, una avanzadilla más potente

¡hop, hop, hop!

Yo he luchado junto a un regimiento de ulanos,

vos lo habéis repelido detrás del portón encerrado,

hop, hop, hop.

Tras este bello canto que hacía del buen soldado Švejk un león, les llegó el turno a otras conmovedoras canciones sobre las albóndigas grandes como cabezas que el buen soldado Švejk se zampaba con indescriptible placer.

Y de ese modo vivía felizmente rodeado de algodón pólvora y más solo que la una en uno de los barracones del arsenal.

Y allí se presentó un buen día una inspección que iba de barracón en barracón asegurándose de que todo estuviera en orden.

Por el nubarrón de humo de tabaco que salía de la pipa de Švejk, la inspección comprobó nada más llegar que se hallaba frente a un soldado raso de lo más intrépido.

Švejk se levantó al ver a sus superiores y, acatando el reglamento, se sacó la pipa de la boca y la dejó lo más cerca posible para que

quedara a mano, es decir en el barril de acero de algodón pólvora. Hizo el saludo militar y profirió:

—A sus órdenes, no hay nada nuevo y está todo en orden.

Hay momentos en la vida en los que la presencia de ánimo juega un gran papel.

El más listo del grupo fue el coronel. Del algodón pólvora salían anillos de humo de tabaco así que dijo:

—¡Siga fumando, Švejk!

Eran palabras sabias, pues, sin duda, es mejor una pipa encendida en la boca que reposando en el algodón pólvora. Švejk se puso en posición de firmes y respondió:

—Como ordene, mi coronel.

Era un soldado obediente.

—¡Y ahora, Švejk, venga al puesto de guardia!



—A sus órdenes, mi coronel, me es del todo imposible. Según el reglamento debo permanecer aquí hasta las seis, cuando vendrán a

relevarme. ¡Aquí siempre tiene que haber alguien para evitar posibles desgracias!

La inspección desapareció y corrió hacia el puesto de guardia desde donde mandaron una patrulla a buscarlo.

La patrulla fue a regañadientes pero, con todo, fue.

Al llegar al barracón en el que el buen soldado Švejk servía con la pipa encendida en medio del algodón pólvora del emperador, el cabo exclamó:

—Švejk, bribón, tira la pipa por la ventana y haz el favor de salir.

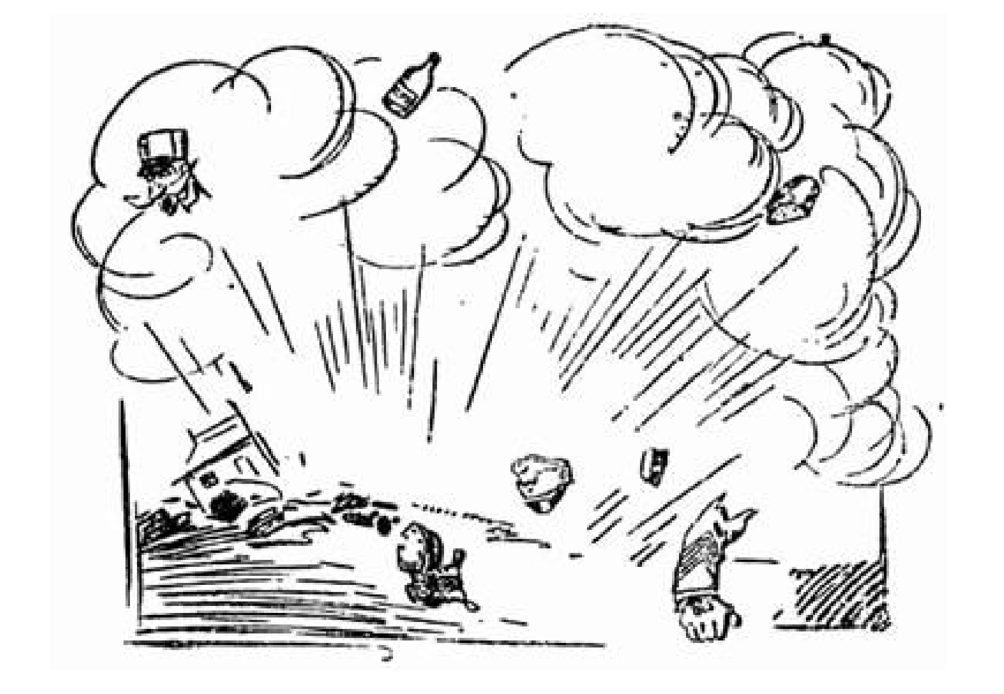
—No pienso hacerlo. El coronel me ha dado la orden de seguir fumando, así que mi deber es fumar hasta dejar el pellejo.

—¡Que salgas, animal!

—A sus órdenes, mi superior, no pienso hacerlo. Son solo las cuatro y hasta las seis no pueden sustituirme. Hasta entonces mi deber es permanecer junto al algodón pólvora y evitar posibles desgracias. No se preocupen que me ando con *cuidad…*

No llegó a pronunciar la «o» final. Tal vez hayan leído algo sobre una gran tragedia en un arsenal por la que Austria decretó duelo nacional.

Pues bien, barracón tras barracón fueron saltando por los aires hasta volar, en tres cuartos de segundo, el arsenal completo.



Todo empezó donde el buen soldado Švejk aprendía a manipular el algodón pólvora. A modo de túmulo, fueron amontonándose allí tablones, listones y armaduras de hierro, llegadas de todas partes y más, para rendir un último homenaje al valiente Švejk que nada temía.

Los que hacían trincheras trabajaron tres días en los vestigios juntando cabezas, torsos, brazos y piernas para que, en el Juicio Final, el bueno de Nuestro Señor reconociera fácilmente los distintos rangos y pudiera premiarlos conforme a ello.

Fue un auténtico rompecabezas. Retiraron tablones y hierros hasta que al tercer día por la noche, cuando ya se abrían paso entre los escombros, oyeron una agradable voz:

El más grande de los portones y los cuatro puentes, levanta, Piamonte, una avanzadilla más potente.

Hop, hop, hop.

Excavaron hacia la voz a la luz de las antorchas.

Yo he luchado junto a un regimiento de ulanos,

vos lo habéis repelido detrás del portón encerrado.

Hop, hop, hop.

Y a la luz de las antorchas descubrieron una especie de cueva compuesta de hierros y tablones amontonados y, en un rincón, al buen soldado Švejk.

—A sus órdenes, no hay nada nuevo y está todo en orden —dijo tras hacer el saludo y sacarse la pipa de la boca.

Lo rescataron de aquel infierno y, por segunda vez, el buen soldado Švejk comunicó frente al oficial:

—A sus órdenes, declaro que está todo en orden y ruego que me releven pues hace ya un rato que dieron las seis. Ruego asimismo que me entreguen la saldada por el tiempo que he pasado enterrado.



De todo el arsenal, el intrépido soldado fue el único que sobrevivió a la catástrofe.

Aquella noche, en el cuartel, se celebró con los círculos militares una pequeña fiesta en su honor. La cara de pan del buen soldado Švejk resplandecía de júbilo mientras bebía como un cosaco rodeado de oficiales.

Al día siguiente recibió la soldada de tres días, como si los hubiera pasado en la guerra, y al cabo de tres semanas fue nombrado cabo en su compañía y recibió una gran medalla de guerra.

Cuando, adornado con ella y las estrellitas entró en el cuartel de Trento, se encontró con el oficial Knobloch. Al ver el temido rostro de bonachón del buen soldado Švejk, el oficial se estremeció y soltó:

—¡La que has armado, granuja!

Como respuesta, Švejk profirió con una sonrisa:

—A sus órdenes, oficial, he aprendido a manipular el algodón pólvora.

Y como unas castañuelas entró en el patio a ver si encontraba a su compañía.

Aquel día, el oficial de servicio leyó a las tropas un mensaje del Ministerio del Ejército sobre el régimen de la sección de aeroplanos de las fuerzas armadas con el llamamiento de que se inscribiera quien quisiera.

El buen soldado Švejk salió de la fila.

—A sus órdenes, yo ya he volado por los aires y sé de qué va esto —anunció al oficial—. Mi voluntad es servir al emperador también en el aire.

De modo que una semana después, el buen soldado Švejk se dirigía a la sección de aeroplanos donde, como verán a continuación, procedió con no menos luces que en el arsenal.

DE SERVICIO EN LA SECCIÓN DE AEROPLANOS

Austria tenía tres zepelines, dieciocho globos y cinco aeroplanos. Este era el poderío de Austria en el aire. Mandaron al buen soldado Švejk a servir en los aeroplanos para que con su presencia honrara y adornara esa nueva sección del ejército. Al principio, en el aeropuerto militar se pasó los días arrastrando los aeroplanos de los hangares y lavando las piezas metálicas con aguarrás y cal de Viena.

Es decir, que en las fuerzas aéreas empezó sirviendo desde abajo. Y del mismo modo que en Trento limpiaba con celo el caballo del capellán, trabajaba entonces con gran placer en los aeroplanos. Cepillaba las superficies como si almohazara corceles y, con el rango de cabo, acompañaba a las guardias a vigilar los hangares con las siguientes instrucciones:

—Volar es imprescindible por lo que, si alguien quiere robar un aeroplano, disparad sea quien sea.

Al cabo de dos semanas ya era pasajero. Como verán es un ascenso de lo más peligroso.

Hacía de carga y volaba con los oficiales. Con todo, el buen soldado Švejk nada temía. Volaba risueño por los aires y, con humildad y respeto, miraba al oficial que pilotaba el avión y hacía el saludo militar cada vez que avistaba delante de él a un rango superior moviéndose despacio por el aeropuerto.

Y cuando alguna vez se estrellaban y hacían añicos el aeroplano, el buen soldado Švejk siempre era el primeo en salir del artefacto en ruinas y, al tiempo que ayudaba al oficial a ponerse en pie, anunciaba:

—A sus órdenes, oficial. Hemos caído pero estamos sanos y salvos.

La suya era una grata compañía. Un día volaba con el oficial Herzig y, cuando se hallaban a 826 metros de altura, el motor dejó de funcionar.

—A sus órdenes, oficial. Lo informo de que nos hemos quedado sin gasolina —se oyó por detrás la agradable voz de Švejk—. Olvidé llenar el depósito.

E inmediatamente después:

—A sus órdenes, oficial. Lo informo de que caemos al Danubio.

Y cuando al cabo de poco sus cabezas emergieron de las removidas y verdes aguas del Danubio, nadando hacia la orilla detrás del oficial, el buen soldado Švejk todavía añadió:

—A sus órdenes, oficial. Le anuncio que hoy hemos batido un récord de altura.

*

Sucedió antes de la demostración de las fuerzas aéreas en el aeropuerto de Wiener Neustadt. Estaban examinando los aeroplanos, probando los motores y realizando los últimos preparativos para el vuelo.

El teniente Herzig pensaba volar con Švejk en el biplano Wright al que se le había instalado un aparato Morrisson con el que podía despegar verticalmente.

Había presentes representantes militares de las potencias extranjeras.



El mayor rumano Gregorescu se interesó mucho por el aeroplano de Herzig, llegando a tomar asiento en su interior y a examinar las palancas y timones.

Cuando el teniente dio la orden, el buen soldado Švejk puso el motor en marcha. La hélice empezó a girar. Švejk, sentado al lado del mayor rumano, arreglaba con gran interés el cable de alambre que comunicaba con el timón trasero de altura y procedió con tanta destreza que sin querer derribó el gorro de la cabeza del mayor. El

teniente Herzig se enfureció:

—Švejk, pedazo de burro, váyase al infierno.

—A sus órdenes, mi teniente —exclamó Švejk asiendo el timón de altura y las palancas del aparato Morrisson. El aeroplano despegó, las detonaciones regulares del excelentísimo motor se oyeron desde lejos.

20, 100, 300, 450 metros de altura en dirección suroeste hacia los blancos Alpes a una velocidad de 150 km por hora.

El pobre mayor rumano logró recobrarse cuando ya sobrevolaban un glaciar a tal altura que podían distinguir con claridad las maravillas de la naturaleza allá abajo: los campos nevados y los abismos que parecían observarlo a él con severidad y de un modo aterrador.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó tartamudeando de miedo.

—Volamos según lo ordenado —respondió respetuosamente el buen soldado Švejk—. El teniente ordenó que me fuera al infierno; allá vamos, pues.

—¿Dónde dice que aterrizaremos? —preguntó castañeteando los dientes el curioso Gregorescu.

—A sus órdenes, mayor, no tengo ni idea. Volamos según lo ordenado y yo solo sé coger altura, hacia abajo no tengo experiencia. Con el señor teniente nunca la hemos necesitado: cuando estábamos arriba siempre nos hemos caído, así sin más.



El indicador de altura marcaba los 1.860 metros. El mayor se sujetaba con espasmos a las barras y gemía en rumano «¡Dios, dios!» mientras el buen soldado Švejk, mostrando toda su habilidad en los timones, cantaba por encima de los Alpes:

El anillo que me diste, no me lo pondré.

Y ¿por qué no? ¡Jolín!

Voy a cargar con él en combate mi fusil.

El mayor rezó en voz alta y blasfemó como un carretero mientras que por el aire puro y helado continuaba oyéndose la voz del buen soldado Švejk:

El pañuelo que me diste, no me lo pondré.

Jolín y ¿por qué no?

Voy a envolver con él en combate el mosquetón.

Jolín y ¿por qué no?

Debajo de ellos empezaron a cruzarse relámpagos, una tormenta montaba en cólera.

El mayor miraba hacia delante con los ojos como platos y con voz ronca preguntó:

—Pero ¿cuándo se va a terminar esto?

—Caeremos de un momento a otro— respondió risueño el buen soldado Švejk—. Al menos con el señor teniente siempre hemos acabado así.

Se hallaban en algún lugar sobre Suiza y se dirigían al sur.

—Con permiso, mayor, ha de tener un poco de paciencia —profirió el buen soldado Švejk—. Cuando se acabe la gasolina, nos caeremos sí o sí.

—¿Dónde estamos?

—Sobrevolamos, con permiso, una masa acuosa. Mucha agua hay aquí, diría que vamos a caer al mar.

El mayor Gregorescu se desmayó empotrando su panza entre las barras, de manera que quedó firmemente encajonado en la estructura de hierro.

El buen soldado Švejk seguía con su canto sobre el mar Mediterráneo:

El que quiera ser fuerte,

que coma albóndigas de harina,

once, doce y hasta trece.

En la guerra no perece

el que se llena la barriga

con albóndigas de harina

del tamaño de los peces…

Y venga a cantar sobre la enorme superficie de agua a una altura de mil metros:

Por la Puerta de la Pólvora hoy marcha Grenewil

a buen paso y en el hombro sujetando su fusil…

Tras su desvanecimiento, el mayor volvió en sí con la brisa marina. Miró las terribles profundidades, examinó el mar, volvió a exclamar «¡Dios, dios!» y se desmayó de nuevo.

Pasó la noche y seguían volando. De repente, el buen soldado Švejk sacudió al mayor diciéndole afablemente:

—A sus órdenes, mayor. Le anuncio que descendemos, si bien en estilo libre.

Planeando, el aeroplano que se había quedado sin gasolina, cayó en un palmeral africano cerca de Trípoli.

El buen soldado Švejk ayudó al mayor a salir del aeroplano, se puso en posición de firmes y dijo:

—A sus órdenes, mayor. Lo informo de que está todo en orden.

Al sobrevolar los Alpes, el sur de Europa, el mar Mediterráneo y llegar hasta África, el buen soldado Švejk batió un nuevo récord mundial.

El mayor, que veía solo palmeras a su alrededor, le soltó un par de collejas a Švejk. El buen soldado las recibió con una sonrisa, después de todo él había cumplido con sus obligaciones. ¿O acaso el teniente Herzig no le había dicho que se fuera al infierno?

Lo que sucedió luego es difícil de decir, pues la situación no debió de ser nada agradable para el Ministerio del Ejército. Lo más seguro es que negara que un aeroplano austriaco hubiera caído en Trípoli ya que, de ser cierto, nos encontraríamos en un buen enredo de alcance internacional.

EL BUEN SOLDADO ŠVEJK EN CAUTIVERIO

¡La que has armado, mi buen soldado Švejk!

En el *Národní politika* y en otros boletines oficiales ha aparecido tu nombre junto a unos cuantos artículos de la ley penal. Los que te conocemos, hemos leído con asombro:

El Juzgado Penal de Praga en tanto que Audiencia Provincial Imperial y Real, sección IV, ha expedido la orden de confiscar todos los bienes de Josef Švejk, zapatero, con última residencia en Královské Vinohrady, por deserción, traición y delito contra las Fuerzas Armadas del Estado según los artículos 183-194, núm. 1.334, lit. c, y artículo 327 del código penal militar.

Pero, ¿cómo te has visto envuelto en esto, tú que de veras querías servir al emperador hasta dejarte el pellejo?

I

El buen soldado Švejk sufría de reumatismo, razón por la que podríamos titular este capítulo «Guerra y reumatismo». El conflicto bélico estalló sorprendiendo a Švejk y su glorioso pasado en la cama. Los viejos pantalones militares de gala colgaban en el armario junto al gorro que llevaba inscrito «Por los intereses judíos» en una placa bien pulida y que su vecino solía tomar prestado para asistir a fiestas de disfraces y otros bailes.

Parece que el buen soldado Švejk arrinconó el uniforme antes de tiempo. Para entonces había abierto una pequeña zapatería en Vinohrady, donde vivía por la gracia de Dios y donde, una vez al año sin falta, se le abotagaban los pies.

Era imposible que los que entraban en la tienda para cambiar las suelas de los zapatos no se fijaran en el tremendamente llamativo retrato de Francisco José de la pared, justo enfrente de la puerta.

El comandante en jefe allí colgado sonreía como un memo a todos sus clientes. Allí se hallaba aquel por el que Švejk había querido servir hasta dejarse el pellejo y aquel por el que había acabado frente a la comisión de superarbitraje. Y es que los superiores militares no acababan de ver claro que alguien estuviera bien de la cabeza y quisiera, al mismo tiempo, hacer algo parecido por el emperador.

En la oficina del regimiento, bajo el número 16.112 se escondía el

acta relativa al desarrollo y resolución del proceso de superarbitraje al que sometieron al buen soldado Švejk.

Su lealtad al emperador aparecía descrita allí como psicosis, según palabras literales del médico del Estado Mayor. El mismo que, cuando le tocaba el turno a Švejk, dijo al instructor:

—Llame al idiota ese.

El buen soldado Švejk insistió en que no se iría de la mili y en que quería seguir sirviendo, pero fue todo inútil. Le mostraron una extraña protuberancia en la parte inferior de la cavidad craneal y, cuando el mayor de la comisión le dijo: «Es usted un idiota redomado. Lo que le gustaría es acabar en el Estado Mayor General, ¿verdad?», Švejk respondió como siempre con bondad: «Si cree, mayor, que allí iba a ser yo de utilidad…».

Por esta declaración le cayeron ocho días de prisión celular. Durante tres días se olvidaron de traerle comida y, cuando finalmente expiró el plazo, lo llevaron a la oficina del regimiento, le entregaron una hoja blanca según la cual quedaba exento del servicio militar por idiotez, dos soldados lo llevaron de vuelta arriba para que recogiera sus cosas y lo echaron del cuartel.

En la puerta principal, Švejk soltó el maletín y gritó:

—¡No quiero irme de la mili! ¡Quiero servir al emperador hasta el final!

Los guardias que lo acompañaban respondieron a tan nobles palabras propinándole un puñetazo en el costillar y, con la ayuda de unos cuantos mirones del cuartel, lo sacaron a empujones.

Se encontró de repente en el adoquinado civil de la calle. ¿De verdad ya no volvería a escuchar nunca cómo los cobres ensayaban el *Dios Salve* en el patio del cuartel? ¿De verdad que durante la instrucción ya nunca le clavarían el puño en el vientre al tiempo que le decían: «¡Mírame a los ojos, pedazo de burro! ¡Mírame de una vez a los ojos o te haré picadillo!»? Y ¿de verdad que el teniente mayor Wagenknecht ya nunca le diría: «¡Cerdo checo hijo de perra con morro de lobo marino rojiblanco!». ¿De veras aquellos maravillosos tiempos se iban para siempre?

El buen soldado Švejk volvió con firmeza sus pasos hacia el edifico gris y sombrío del cuartel construido por el emperador José II quien, tiempo atrás, se rio de que los dragones de Liechtenstein

quisieran salvar la nación con el catolicismo mientras que él lo que quería era la ayuda de dichos dragones para llevar a cabo una feliz germanización de la nación checa. En el patio de armas de los edificios del cuartel, los soldados checos corrían por un pasillo de varas y azotes por el simple hecho de haber hablado checo. También, allí mismo, los cabos alemanes trataban una y otra vez de instruir las testarudas cabezas checas con algunas maravillas de la lengua alemana como *execírreglama*[1], *nieder*[2], *kehrt euch Trottl*[3] y cosas por el estilo.

Cerraba la estampilla la gran águila austriaca negriamarilla extendiendo sus alas sobre el portón del cuartel. Bajo su cola metálica había un nido de gorriones.

Fueron muchos los casos de maltrato a los reclutas que partieron de aquel cuartel hacia el mundo y llegaron de vuelta por interpelación. Mientras las demandas desaparecían en la oficina del ministerio, los gorriones continuaban ensuciando el muro con tanta gracia que parecía obra del águila austriaca. El buen soldado Švejk volvió resuelto al abrigo del águila.

En la mili no hay tiempo para negociaciones. En el cuartel, le preguntaron solo por educación qué deseaba un civil con un papel blanco y cuando les dijo que quería servir al emperador hasta dejarse el pellejo, lo pusieron de nuevo de patitas en la calle.

Es un fenómeno de lo más habitual que un policía de guardia ronde por las cercanías de un cuartel. En parte es por obligación y en parte porque el pasado lo ata al lugar. Allí le inculcaron el sentido de lealtad hacia el Estado, allí aprendió a hablar un alemán macarrónico y fue allí donde algo austriaco, en lugar del fósforo, acabó envolviendo y definitivamente cubriendo la materia gris de su cerebro.

—Yo quiero seguir sirviendo —gritó Švejk cuando el guardia lo levantó del suelo por las solapas—. ¡Quiero servir al emperador!

—No grite, hombre, o voy a tener que arrestarlo —le explicó el guardia.

—Yo quiero…

—Déjese de proclamas, para qué vamos a discutir. ¡Lo detengo en nombre de la ley!

Una vez en el puesto de guardia, el buen soldado rompió para más seguridad una silla y el camastro de la celda de aislamiento en la que lo habían encerrado. Después ya sí, para Švejk los días transcurrieron con tranquilidad en el silencio de los cuatro muros pelados del Juzgado Penal Provincial, adonde lo transfirieron por varios delitos.

La fiscalía del Estado trató de hacer de Švejk un delincuente político. Para empezar, expusieron que había gritado algo sobre el emperador en relación con el servicio militar obligatorio («Yo quiero seguir al servicio del emperador»), con lo que había provocado una aglomeración y concentración de gente. El policía de guardia había tenido que intervenir. Quizás el acusado había tratado de dar un sentido contrario, es decir, serio, a tales exclamaciones y provocar la risa general de los espectadores, por lo que Švejk habría cometido un delito contra el orden y la paz pública. La fiscalía del Estado consideraba que Švejk había actuado con premeditación. La acusación rezaba: «Es obvio que se opuso al policía de guardia, lo que supone de por sí un atentado contra la autoridad. Y delito de daños de bienes ajenos por el mobiliario destrozado de la celda de aislamiento». La administración valoró el catre de madera en 240 coronas, suma que casi daría para comprar una cama de caoba.

Hablaron, sin embargo, los médicos forenses, quienes retomaron el veredicto de la comisión médica militar que eximió a Švejk del servicio militar. Durante dos largas horas discutieron sobre si Švejk era un tonto redomado, si estaba solo algo tarado o si era completamente normal.

El doctor Slavík defendió la opinión de que a uno se le puede abotagar la mente de repente y de que, mientras esto pasa, puede no ser consciente de sus actos.

—Tras largos años de praxis forense puedo hablar por experiencia propia —observó.

Después, del mesón Brejšká, trajeron el desayuno para los médicos y, entre chuletas, concluyeron que se trataba de un caso grave de enfermedad mental crónica.

El doctor Slavík quería añadir algo pero luego se lo repensó, pidió una copa de vino y firmó el informe judicial médico.

Extraemos de allí solo un pasaje en el que se habla del emperador:

Los médicos forenses son de la opinión que, cuando el acusado Švejk declaró a gritos que quería servir al emperador hasta dejarse el pellejo, actuó con el juicio debilitado, puesto que los médicos forenses consideran que las personas con la mente desarrollada con normalidad se libran de buena gana de hacer el servicio militar. El afecto que Švejk siente por el emperador es una anomalía que solo su bajo coeficiente intelectual puede explicar.

Švejk fue puesto en libertad. Como exsoldado, pasaba el tiempo en una pequeña taberna que quedaba justo enfrente del cuartel del que lo habían expulsado. Tarde por la noche, los últimos viandantes veían una figura misteriosa que se acercaba con sigilo al cuartel, gritaba «¡Quiero servir al emperador hasta dejar el pellejo!», echaba a correr y finalmente desaparecía por una calle oscura.

Era el que en otro tiempo había sido el buen soldado Švejk. En invierno, una vez lo encontraron por la mañana tumbado en la acera al lado del cuartel. Junto a él, había una botella vacía con una etiqueta de *Licor diabólico* del emperador y Švejk, que yacía en la nieve, cantaba rebosando valor lo que de lejos parecía una llamada de socorro y a ratos el grito de guerra de los Indios Sioux:

Allá en la Batalla de Solferino

corrió la sangre a borbotones

y a golpe de hacha repentino

se despachó carne a montones.

Cuadrilla dieciocho hop, hop, hop,

no temas la escasez.

Te traerán monedas en un carro,

monedas en un carro y provisiones a caballo…

—Díganme qué regimiento es capaz de esto —bramó Švejk revolcándose con deleite en la nieve de la acera en el silencio matutino del vecindario. Su reumatismo data de entonces.

La guerra, pues, sorprendió a Švejk en la cama tras cuatro años de vida civil. En los últimos tiempos, Austria, Estado político si no gracioso, sí al menos bien curioso, se había ido preparando sin prisas pero sin pausas para su perdición. Austria no anhelaba otra cosa que volverse prescindible. El único papel que las aspiraciones austriacas conseguían imaginar para sí era el de gallina desplumada que, cuchillo en mano, persigue al cocinero por el patio.

Y el buen soldado Švejk tenía reuma. Austria declaró la guerra olvidando que con las bayonetas se puede hacer muchas cosas pero no sentarse en ellas. Por suerte Austria contaba con el buen soldado Švejk.

Cuando corrió la voz sobre la movilización, el aprendiz Bohuslav justo estaba embadurnando los pies de Švejk con ungüento negro.

—Serbios, serbios —gruñó Švejk entre dientes.

Al anochecer, su vecino el maestro paragüero Bílek fue a verlos.

—Ya me ha llegado —gritó desde la puerta mostrando una hoja —. Antes de veinticuatro horas debo estar en el regimiento. ¡Malditos canallas!

Bílek empezó entonces a cascar como tantos y tantos otros. Llamó al emperador «viejo urdidor», «alimaña que no vale ni las balas». A

Švejk, con aquella palabrería estrepitosa, se le contraían dolorosamente todos los nervios de los dedos gordos y se le retorcían los pies. Suspiró:

—Por todos los Santos, pero ¡qué dices! ¡Ay, qué tirón! ¡Qué dolor! ¡Si yo marché de Trento al Vale di Calogno, cincuenta kilómetros a cuarenta grados de temperatura y hasta una altura de dos mil quinientos metros! ¡Si el emperador es un gran hombre! Pero por Dios, ¡qué tirón! Es como tener los pies atrapados por unas pinzas ardientes.

Bílek, sin embargo, prosiguió con su programa: el emperador, el viejo Procházka

[4]

era un malvado. En Sarajevo le habían cortado el cuello al heredero del trono, vale, pero, ¿por qué se metió? Por su culpa a él lo separaban de su mujer e hijos y tendría que disparar contra los serbios. Y ¿qué iba él a disparar? ¿Por quién, a santo de qué y con qué fin? Los serbios no le habían hecho nada. ¿Acaso era él amigo del bocazas de Guillermo? ¿Quién le aseguraba que al final aquel viejo rufián no le ordenaría disparar contra su propio padre? Švejk no escuchaba porque los dolores del reuma le recorrían todo el cuerpo. El reuma empujaba hasta lo más hondo al emperador y por un instante su lealtad se extinguió. Mientras tanto, en algún lugar lejano, una nueva carnicería se cernía sobre Austria.

Al día siguiente, antes incluso de que el doctor Groš, empapado de cobardía, pudiera comunicar al gobernador sus más leales sentimientos con motivo de la declaración de guerra, el buen soldado Švejk ofició otra manifestación de lealtad ante una gran afluencia de público.

En una de esas sillas de ruedas con las que los enfermeros llevan a los pacientes afectados por problemas de desecación del disco espinal, que tomaron prestada de Stoupa, se hizo llevar por las calles de la ciudad real por el aprendiz Bohuslav. Con las muletas en las manos gritaba en medio del alboroto:

—¡A Belgrado, a Belgrado!

La gente se reía, se sumaba al tropel y en el Museo un judío que exclamó «¡Viva!» recibió el primer tortazo. En la esquina de la calle Kralovská la muchedumbre zurró a tres estudiantes alemanes y la comitiva, al canto de «No vamos a moler, no vamos a moler», llegó

hasta la calle Vodičková, donde el buen soldado Švejk se incorporó dolorido en la silla de ruedas.

—Una vez más ¡a Belgrado, a Belgrado! —exclamó agitando las muletas de un lado a otro.

Y en esas que irrumpió la Policía, montada y a pie. Al cabo de cinco minutos, Švejk sentado en la silla de ruedas y el aprendiz eran los únicos civiles en un mar de policías uniformados. Precisamente junto a su silla se encontraban el comisario de policía Klíma y el inspector de la Policía montada Klaus.

—Buena caza —saludó Klíma.

—Buena caza —contestó Klaus.

—Levántese —le pidió a Švejk otro inspector de Policía barbudo.

—No puedo, tengo reuma, de veras soy…

—Cállese —dijo el comisario Klíma—. Ya lo hemos entendido. ¡Sáquenlo de la silla!

Cuatro guardias se le abalanzaron mientras otros seis policías a caballo y doce a pie arrastraban por la calle Vodičková al aprendiz Bohuslav, quien bramaba a pulmón abierto:

—¡Maestro, maestro, yo acompaño a estos señores!

Entretanto, los cuatro guardias trataban de poner de pie al reumático con un fervor de funcionario fuera de lo común y Švejk apretaba los dientes de dolor.

—No puedo…

—Hagan el favor de poner a este comediante de nuevo en la silla —fue la nueva orden, ejecutada a la velocidad de un rayo aunque rompiendo con ello la parte trasera del abrigo de Švejk, el forro del chaleco y desgarrándole la solapa, que quedó en la mano de uno de los guardias.

Dos policías empujaron entonces la silla desde atrás con la preciada presa, unos veinte se apostaron a su lado sombríamente y, a ambos lados, victoriosos, avanzaron a caballo en número de ocho.

El cortejo se dirigió a la jefatura de Policía con las plumas de gallo danzando y los caballos relinchando. El buen soldado Švejk

sonrió con toda la buena fe del mundo. Sentía que sus piernas se volvían algo más ligeras. Podía mover los dedos dentro de las botas sin que le dolieran. Švejk se hallaba frente a un gran misterio: a medida que se acercaba a la jefatura de Policía, su reumatismo perdía fuerza paulatinamente. Al encontrarse cara a cara con todo el aparato policial, el reumatismo se esfumó por completo, y cuando finalmente el portón de la jefatura de la calle Bartolomějská se cerró detrás de ellos, el buen soldado Švejk intentó levantarse de la silla. Fue considerado una nueva provocación.

—Llévenselo arriba —ordenó el comisario Klíma. En menos que canta un gallo, Švejk hacía su entrada en el departamento de investigación de la Policía estatal de Praga.

Así acabó su manifestación.

II

Para la Policía estatal, el estallido de la guerra significó la reanimación de las salas de la jefatura de Policía. No paraban de llegar detenidos que encerraban en las celdas de aislamiento. Por el patio dominado por la vieja torre del museo policial, deambulaba gente que, todavía el día anterior, se había acostado con total tranquilidad, gente que, en los albores de esos grandísimos tiempos, lo que hacía en sus hogares era darle vueltas a lo que habría de comer al día siguiente. Por la noche habían ido a buscarlos resolviéndose, de este modo, la cuestión del menú. Tendrían sopa de pobre en puchero metálico o, lo que es lo mismo, chicharrón desesperado flotando en aguas sucias. De momento los habían echado al patio al que daban las ventanas enrejadas de sus nuevas moradas para que fueran abriendo el apetito, y no solo de sopa sino también de penitencia. Cuando los redactores de los periódicos de Praga iban a la jefatura de Policía en busca de noticias sobre piernas rotas, perros atropellados y buhardillas desvalijadas tenían que pasar por delante de esas ventanas por las que se veía al grupo de prisioneros deambulando sombríamente por el patio.

Para los periodistas checos, ese panorama devendría una especie de calentamiento en los primeros tiempos de guerra.

Más adelante muchos de ellos también caminarían cabizbajos y contarían los pasos en el mismo patio, mientras otros tantos los observarían desde las ventanas enrejadas del edificio.

Švejk se encontró en un sucio colchón de paja en compañía de un

elenco tan curioso como variado. Un viejo tabernero estaba contando que al estallar el conflicto se le había acercado un huésped, le pidió una jarra de cerveza y encendió la pianola para que sonara el himno *Hej, Slované*. Después entró un policía de guardia, escuchó un rato, se fue, el cliente también se fue y por la mañana se presentaron en la taberna unos detectives para detenerlo a él. Encerraron también a una de las camareras, una que precisamente no estaba de servicio el día del himno, pero qué más daba. Entonces se la encontraba todos los días en el momento en que los arrestados de un sexo relevaban a los del otro en sus caminatas por el patio. La camarera lo llamaba «gato viejo» y se hacía traer comidas de la taberna a cuenta de él.

En el colchón de paja de enfrente se sentaba un joven larguirucho y flaco con una corbata negra y el pelo largo. Era un optimista puro. Hablaba todo el rato de la libertad y, según decía, esperaba que el guardia del pasillo le trajera cigarrillos de un momento a otro. Se ve que la mañana anterior le había entregado la última corona que le quedaba con el encargo de que se los comprara.

Un señor de mediana edad muy bien vestido ponía cara pensativa. Sin saber cómo, el día antes, en la calle Panská, se había metido en un buen lío delante del edificio del periódico en lengua alemana *Prager Tagblatt*. Y acabó detenido. ¡Él, que era consejero de gobernación! Se les desmayó de la rabieta que pilló, así que tuvieron que llevarlo a la jefatura de policía dentro de un baúl. Luego le encontraron unas piedras en el bolsillo. Todavía no lo habían interrogado. Creían que quería romper las ventanas del *Prager Tagblatt*, él, que era consejero de gobernación, que aparte del boletín oficial no leía otro periódico que el *Prager Tagblatt*, que tenía una alemana por esposa…

Švejk oyó también unos cuantos tacos y un hombrecito menudo saltó al catre gritando por la ventana enrejada:

—¡Asesinos!

—De verdad, señores, —profirió un individuo de aspecto descuidado en la puerta—, yo… digamos que soy un ladrón, me sorprendieron en el piso del comerciante Horníček con las manos en la masa. Sí, me pillaron con dinero en un bolsillo y una ganzúa en el otro, el piso patas arriba… He perdido, señores. A fin de cuentas es justo. Pero ustedes, Dios mío, ¿por qué?

El joven de la corbata negra se puso a hablar de nuevo de la libertad llamando a la puerta de la celda con cara de despreocupación máxima. Había dejado atrás un pasado variopinto. En sus años mozos

se había visto envuelto en un caso antimilitarista y había escrito para la revista *Mladé proudy* dos columnas contra el gobierno vienés y su explotación de las almas checas. Fue confiscada.

A ojos del aparato austriaco, el amor a la patria fue siempre una circunstancia agravante, un delito, y entonces con la guerra había llegado el momento de que Austria metiera entre rejas a los ofendidos y humillados patriotas. Es lo que le pasó al muchacho de la corbata negra.

Estaban apiñados como en una lata de sardinas. Formaban grupos y en uno hablaba un joven profesor suplente de Vinohrady, arrestado el día anterior por exclamar en un café: «¡Viva Serbia!».

No hablaba de política pues allí entre rejas le parecía un agravio. Contaba una anécdota del ambiente estudiantil del instituto.

En todo aquel rato Švejk no observó entre la gente allí presente ni el más mínimo indicio de remordimiento ni la más mínima señal de que a alguien lo afligiera recordar los «delitos» de los que la Policía los culpaba.

Un joven funcionario de la Agencia Tributaria se reía a carcajadas. Había sido arrestado hacía dos días en el consulado alemán de la plaza Havlíčková por reírse. ¡Mira que organizar enfrente del consulado alemán una manifestación de estudiantes alemanes, mozos judíos y unas cuantas mujeres de la asociación de maestras «lehrerinnenverein» en la plaza que lleva con orgullo el nombre de Karel Havlíček!

5

Díganme si no era para troncharse y si no valía la pena hacer una observación ante la muchedumbre. ¡El consulado alemán! ¿Había peor afrenta a la memoria de Havlíček? Bastaba con compararlo, por ejemplo, con su: «Eh, vosotros, rudos germanos, no nos contéis como hermanos, lo que habéis desmenuzado, lo juntáis con vuestras manos».

El joven funcionario estaba de buen humor, como si se alegrara de que lo hubieran extraído del convencionalismo y la languidez de la oficina.

De la celda de aislamiento vecina se oía cantar. Era como en los tiempos de efervescencia política, como en la época de Omladina

6

. Y en un pleno extraordinario del Ayuntamiento, el alcalde Groš, la mayor vergüenza de Praga en trescientos años de gemir bajo dominación habsburga, olvidando que el Ayuntamiento está repleto de recuerdos de la historia checa que contradicen los disparates que soltaba, hablaba del emperador como de un verdadero amigo de los polacos. En aquel momento los trenes llevaban ya reservistas a los campos de batalla serbios. Los reservistas checos iban a luchar contra los serbios pero en los vagones que los transportaba escribían: «¡Gloria a los serbios!».

El patio de armas de la jefatura de policía volvía a retumbar con el estribillo: «¡Y era con júbilo que derribaban esta Austria putrefacta!». Automóviles verdes con el poético nombre de «Furgón policial» salían con frecuencia del patio llevándose a mujeres y hombres al tribunal militar del barrio del Castillo.

Švejk se cubrió el rostro, rompió a llorar exclamando como el filósofo Chatrian:

—Yo iba de buena fe, y va y ellos me zurran, me ofenden y sospechan de mis más puras intenciones. No os podéis imaginar lo que duele. Dejadme llorar en silencio, mis lágrimas prueban mi honradez. Pienso en los infelices que me persiguen.

—¡Muy bonito! —dijo el joven de la corbata negra—. Ellos nos dan y usted los compadece.

Švejk les expuso su caso y su gloria militar. Les explicó que quiso servir al emperador hasta dejarse en tal empresa el pellejo y también que la comisión militar lo declaró idiota.

El consejero de gobernación arrestado observó, confundiéndose, que al profeta Jeremías lo habían aserrado en dos. Entonces lo llamaron para ser interrogado. Al cabo de media hora vino un guardia a la celda de aislamiento y le entregó a Švejk una cajetilla del consejero con cien cigarrillos Memphis. Había escrito: «Puesto en libertad».

Los Memphis reanimaron un poco a Švejk. Los compartió con los arrestados, el único que no aceptó ni uno solo fue el de la corbata negra.

—De todos modos era un traidor —dijo para justificar su comportamiento—. Esperaré a que me traigan los cigarrillos que he pagado yo mismo.

Tarde al anochecer se llevaron a Švejk para interrogarlo, pues su caso era de extraordinaria importancia.

Cuando ya no se hallaba presente, sus compañeros de celda estuvieron de acuerdo en que aquello no podía acabar bien.

III

Para interrogar a Švejk, lo llevaron directamente al despacho de los comisarios Klíma y Slavíček del departamento de Policía estatal. Desde que estalló la guerra hasta el encontronazo con Švejk, esos dos representantes del aparato policial estatal habían investigado cientos de casos de denuncias y efectuado multitud de registros domiciliarios llevándose a los hombres hacia la calle Bartolomějská aunque fuera a media cena familiar. Es interesante que el departamento de la Policía estatal de Praga se estableciera precisamente en una calle que con su nombre recuerda la Matanza de la noche de San Bartolomé.

Sobre la mesa del comisario Klíma colgaba, como por casualidad, un cuadro del ministro austriaco Beust, quien en su día dijo: «Hay que aplastar a los checos contra la pared». Y Chum, Klíma y Slavíček, malvado triunvirato sobre la Praga de las cien torres, hegemonía alemano-cruzada en uniforme de policía austriaco, se guiaban por las palabras del difunto Beust: hacían cuanto estaba en sus manos para aplastar a los checos contra la pared.

El gobierno de Viena había dado al aparato policial de Praga total *carte blanche*: «Haz lo que quieras y te plazca, ¡siempre y cuando acabes con los checos!».

Allí llevaron a cabo interrogatorios vejatorios, allí contemplaron las lágrimas de las mujeres cuyos maridos Austria mandaba al matadero, allí escucharon la opinión de la gente humilde y la de los inteligentes, allí advirtieron cómo los checos sentían la guerra. Todo estaba registrado en montones de expedientes que se apilaban por todas partes y que transportaban en grandes paquetes al tribunal militar del barrio del Castillo.

La habitación estaba impregnada de maldiciones, insultos y violencia. Sin embargo, a los dos comisarios, Klíma y Slavíček, se los veía de lo más sonrientes, se frotaban las manos, hablaban con ironía y por su aspecto se diría que, lo de torturar a la nación, les sentaba de maravilla. Quien los veía por primera vez se llevaba la impresión de que se trataba de afables provincianos, de personajes secundarios de comedia.

En los registros domiciliarios, mientras el comisario Klíma detenía al marido, el comisario Slavíček charlaba con la esposa sobre los cuadros de la pared y los levantaba un poco, examinaba las partituras del piano, con una entrañable naturalidad de viejo amigo de la familia, revolvía las sábanas de la cama de matrimonio y, sin perder la sonrisa, hurgaba por los tocadores acompañando su proceder con chistes varios.

Esa forzada amabilidad se esfumaba de un plumazo apenas entraban en casa, es decir en el departamento de la calle Bartoloměјská. Sus despachos eran salas venecianas de tortura con un toque de tribunal de la Inquisición de la vieja Sevilla. Allí ya no se andaban con rodeos, las palabras más suaves eran «¡Cállese!».

Como si tras trescientos años de inculcar desde Viena a la nación entera con ese lema todavía fuera necesario insistir una vez más de manera individual.

Es natural que todos los que eran conducidos allí quisieran decir algo. Švejk estaba de un humor parecido cuando, entre dos guardias, se encontró cara a cara con los grandes inquisidores Klíma y Slavíček.

—¡Cállese! —dijo el comisario, y desde algún rincón del despacho, a modo de eco, se oyó «¡Cállese!».

—¡Cállese! —repitieron los dos guardias a media voz.

Los ojos bondadosos de Švejk se clavaron con tanta inocencia en el comisario Klíma que este tuvo que ponerse a hojear los montones de papeles de la mesa para contener la rabia.

—¿Es usted Josef Švejk, zapatero de Kralovské Vinohrady?

Una paz celestial se extendió por el rostro de Švejk. El conocido «¡Cállese!» de la mili lo había transportado en el tiempo. Se colocó la mano en la cabeza como si rindiera honores y sus inocentes ojos azules…

—Usted no es idiota, no —retomó enseguida la palabra el comisario Klíma blandiendo un documento—. Es un auténtico bribón, un canalla, un bellaco. Lo mejor que se puede hacer con los tipos como usted es fusilarlos, ¡traidor! A ver, ¿dónde está su reuma? Ha provocado una aglomeración, ha impelido directa e indirectamente contra la campaña militar y se ha hecho llevar en una silla de ruedas por la calle como si fuera un tullido mientras gritaba «¡A Belgrado, a Belgrado!». A los ojos de la muchedumbre reunida el tullido debió de

parecer Austria.

«Mire estas declaraciones de los testigos —continuó—. Aquí ve, por ejemplo, la declaración del inspector superior de la Policía montada, el oficial Klaus, que vio en su exceso una afrentosa alegoría de la monarquía austriaca. Cállese, ya sabemos qué pensaba…

Los bondadosos ojos azules de Švejk se clavaron en la cara del comisario Klíma.

—A sus órdenes —dijo el viejo soldado—, pensaba que…

—No se avergüence —dijo el comisario Slavíček—, haga el favor de dejar de mirar como un idiota y suéltelo ya: pensaba que la broma le saldría bien. Pues mire por dónde se ha equivocado usted de medio a medio, que para algo están los tribunales militares. Usted se ha sublevado y estamos en guerra. No me diga que no se lo esperaba.

—A sus órdenes —dijo Švejk—, no me esperaba que estallara la guerra. Yo tengo reuma pero, aun así quiero servir al emperador hasta dejar el pellejo.

Y he aquí de nuevo tan noble frase. Por desgracia, en la guerra, las manifestaciones como esta son asunto delicado pues son tiempos en los que la policía tiene tanto trabajo que es fácil que, con el ajetreo, se cometa un error y en el informe las palabras «emperador» y «dejar el pellejo» acaben trocadas. Es lo que pasó en este caso. Es una equivocación común, de fácil explicación. La administración contaba con la posibilidad de que se llegara a producir semejante infortunio, de modo que en los documentos que acompañaron a Švejk al tribunal militar del barrio del Castillo aparecía: «Entre otras cosas, durante el interrogatorio, Švejk manifestó que aun cuando su cuerpo sufre de reumatismo, antes que servir al emperador, prefiere despellejarlo».

Como digo, es una mera confusión producida por el exceso de trabajo del funcionariado que cumple con sus obligaciones para con el Estado y que, con estas palabras, trataba de ofrecer un retrato fiel de la mentalidad del pueblo checo.

(Por si a alguien le interesa, sepan que Klíma y Slavíček viven enfrente del parque Riegrový con vistas a dos fresnos. Son árboles sanos con fuertes ramas. El cuello del comisario Klíma tiene 40 centímetros, el del comisario Slavíček, 42.)

IV

Supongo que todo el mundo sabe ya que Havlíček caracterizaba los Tribunales Militares diciendo «Es macho». Las veinte mil víctimas checas que desde el comienzo de la guerra tuvo este tribunal bien podrían suscribir la cita. Si contamos una media de cinco años de cárcel por cabeza, obtenemos la contundente suma de cien mil años de prisión para el pueblo checo. Fue lo nunca visto. En todas las familias había al menos un miembro al que o lo mandaban a las bayonetas y a la lluvia de granadas, o lo encerraban en el calabozo. Los Tribunales Militares austriacos se justificaban remitiendo a las circunstancias extraordinarias, al tiempo que sembraban un campo de minas de artículos de guerra alrededor de los ciudadanos checos. Entre ellos, los más graciosos eran los artículos 14 y 15 de alta traición y agravio a Su Majestad. Según recuerdo, entre otros que los transgredieron se hallaba, por ejemplo, un jardinero del centro de sordomudos de Malá Strana acusado, en la Iglesia de Santo Tomás, de cantar el himno imperial con poco entusiasmo y de tomar apuntes.

En los otros diecinueve artículos, la espada de Damocles se cernía constantemente sobre los checos. Uno llegaba a Praga del campo, encontraba alojamiento en un hotel, hablaba mientras soñaba y ya temía por si durmiendo no habría cometido un delito contra el orden y por si no habría alterado la paz pública. O iba a comprar el periódico y se detenía frente a los telegramas colgados de la redacción, enviados desde la Agencia de Información Imperial y Real, se le acercaba un hombrecillo que decía «¿Cómo va?», recibía respuesta y ya se veía en la Avenida Ferdinandova camino de la jefatura de Policía y de allí al Castillo. Si entretanto se formaba un corro, existía para ello el artículo de guerra relativo a levantamientos y motines.

Nadie podía estar seguro de que el filantrópico aparato no lo observara. En los cafés, quioscos, restaurantes y tiendas siempre había un judío, o una judía, un alemán u otros delatores leales al acecho.

Mandabas a la sirvienta y se demoraba en volver. Ya tenías a la pobre María en el Tribunal Militar.

Las sesiones del tribunal se desarrollaban de la siguiente manera: llevaban al acusado o acusada bajo bayoneta para que lo interrogara el auditor. Llamaban a los testigos. Si un testigo declaraba a favor del acusado, por norma general también se lo arrestaba. Si acababan encerrados todos los testigos, el auto interlocutorio se daba por finalizado y, por orden del comandante, se reunía el tribunal formado por un auditor, un soldado, un cabo, un cabo mayor, un formador instructor, un teniente, un capitán y un oficial del Estado Mayor.

El llamado soldado raso desempeñaba siempre el papel más lastimoso. Sabía que tenía que votar culpable. La mili es la mili y, aunque con los demás hubiera hecho el juramento de juzgar únicamente en base al derecho y siempre con la mejor voluntad, lo que veía enfrente cuando le tocaba votar era la garrucha.

El cabo, el rango más desdichado del ejército, contrariamente a lo que por el nombre pudiera parecer, no gozaba de libertad alguna y mucho menos para declarar contra una acusación. Por su parte, los cabos mayores hacían siempre lo que hacía el instructor y el instructor consideraba que todos los civiles acusados eran unos canallas. El teniente, frente a «aquella maldita pandilla de checos», no podía decir «No, no es culpable». Lo mismo juzgaban el capitán y el oficial del Estado Mayor. Se había llegado a un punto en el que mandar al pueblo checo a la horca o al calabozo era así de fácil y hermoso.

Todo juez tiene derecho a preguntar pero no había nadie que preguntara al acusado. Se formulaban preguntas solo al auditor quien, muy gráficamente, demostraba que el acusado era el mayor bellaco del mundo: que si había estado en la asociación Sokol, que si leía la revista nacionalista *Samostatnost*… El auditor exponía su *volens informativum* describiendo con gran claridad, resumiendo el carácter de los hechos y sin olvidarse de mencionar todos los agravantes, por ejemplo, que tiempo atrás el acusado había trabajado en una escuela checa allí donde los checos eran minoría y absolutamente todos los motivos por los que creía que era culpable. Al final el auditor anunciaba qué pena debía caer sobre el acusado.

Terminado el interlocutorio, se procedía a la votación sobre culpabilidad, recogiendo los votos desde el rango más bajo hasta la presidencia, a la que correspondían dos votos, y finalmente el del auditor.

El acusado solía ser condenado por los nueve votos. Esta era la primera regla básica de los juicios militares, es lo que se entendía por verdadera disciplina militar. Todos y cada uno de los miembros del jurado escribían como respuesta a la pregunta de si el acusado era culpable: *Ja*, es decir “sí” en alemán.

Para asegurar que, aunque fuera por casualidad, no se transgrediera la disciplina militar, por lo general, cuando el tribunal juzgaba a un checo, el jurado era todo alemán, desde el soldado raso hasta el oficial del Estado Mayor.

Así no había la más mínima duda sobre la cuestión, como si un

consejo de perros decidiera la suerte de un pobre gato fatigado.

En Austria el proceso de los juicios militares era, a ser posible, corto y rígido.

En algunos casos al acusado le daba tiempo a leer que dos compañías lo escoltarían al cadalso.

Que un checo fuera totalmente inocente se explicaba solo por las circunstancias atenuantes. Su nacionalidad suponía de entrada cierta culpa, de manera que, en el mejor de los casos, le caían dieciocho meses. Fue lo que les pasó a muchas madres cuyos hijos Austria molía a palos. Acompañadas por las burlas de los auditores, a menudo expresaron su inocente egoísmo en palabras, cosa que la administración se tomó como una nueva violación de artículos terribles.

Las mujeres, dobladas bajo los pesares de esta vida, fueron igualmente víctimas de la política austriaca de exterminio, como también lo fueron los jóvenes de los que, en aquel ambiente empañado por las lágrimas, se apoderaba el espíritu de protesta.

Las sesiones del Tribunal Militar eran todo un circo. A un encuadernador de Smíchov al que juzgaron por colgar un cartel de «Aprendan ruso» en el restaurante *El ángel*, le dijo el auditor:

—Le han caído diez años de trabajos forzados para que pueda estudiar ruso tranquilamente.

Era un auditor muy gracioso que divertía siempre al cuartel de alemanes al completo. Aquel día los entretuvo contando cómo habían condenado a una bruja checa a cinco años.

Condujeron a Švejk frente al auditor para que este lo interrogara. De pie, con un soldado y una bayoneta a cada lado, parecía despertar la conciencia de lo que lo rodeaba con sus bondadosos ojos azules errando por toda la estancia: la del auditor, la del acta, la del armario del rincón y la de los soldados escolta.

Se encontraba en el estado de exaltación del mártir, del bondadoso y satisfecho mártir. Diríase que su mirada vagaba por el lejano y desconocido mundo de la mística.

Una paz celestial se extendió por su rostro y se sintió como si, en los tiempos de la mili, el entonces ya fallecido comandante Kábr le hubiera dicho:

—Vos no lloráis, tampoco renegáis sin cesar de la justicia. Si sois inocente ya se verá. De momento tenéis cinco días de intensivo para que veáis, Švejk, que os comprendo y que no soy ningún monstruo.

El auditor sonrió al ver a Švejk y se lio un cigarrillo. Švejk estaba bastante animado. Creía que su martirio se terminaría enseguida y que reconocerían su conducta como buena y su manifestación como una gran hazaña.

—¿Así que usted es el reumático? —dijo el auditor sin abandonar la sonrisa.

—Sí, soy el reumático —respondió Švejk—. A su servicio —añadió y sonrió también.

—Vaya, vaya. Así que usted se lo pasó en grande en la plaza Vaclavské. ¿Qué dice, Švejk, se estaba bien allí?

El auditor sonrió de nuevo con tanta amabilidad que Švejk se iluminó, recordó con ánimo satisfecho como lo llevaron en la silla, como tal y como cual y respondió:

—A su servicio, sí lo pasamos bien.

El auditor empezó a escribir dibujando alguna que otra sonrisilla en su rostro. Volvió a mirar a Švejk.

—Así que se divirtieron.

—Sí, nos divertimos. Muy divertido fue.

—Pues firme aquí.

Švejk cogió la pluma y firmó «Josef Švejk» poniendo gran esmero en cada trazo.

—Puede irse.

Švejk se detuvo en la puerta. El gracioso auditor se liaba otro cigarrillo.

—Solo le ruego, mi teniente, que se acabe todo esto de una vez —dijo Švejk.

Se sentía liberado y, cuando los compañeros de celda le preguntaron cómo había ido, dijo:

—¡Cómo iba a ir! Todo está en perfecto orden. El señor teniente es una buenísima persona.

—Buena persona —repitió riéndose uno de los compañeros.

—Sí, muy buena persona —insistió Švejk con una sonrisa cándida.

Junto a la ventana, en el sucio revoque, un compañero rascaba con un trozo de cristal sus iniciales M. Z. debajo de una horca.

Švejk estaba de buen humor, se rio de aquello con los demás y juzgó que no había de qué preocuparse, todo estaba bien. Lástima que no cesaran ni los pasos pesados ni los gritos bruscos de los rangos al cambiar la guardia en el corredor. Aun así, se durmió plácidamente. Por la mañana lo despertó un fuerte griterío que penetraba por las ventanas que daban al gran patio. Era la forma que tenían los encarcelados de dar la bienvenida a un nuevo día de sufrimientos. Por una ventana del segundo piso, oyó la voz del aprendiz Bohuslav que exclamaba:

—Maestro, maestro, ya estoy aquí también. Voy a testificar.

—Buen día, Bohuslav —gritó Švejk para arriba.

La escena se repitió a lo largo de una semana. Švejk pasaba las horas sentado en el catre y comía con aparente gusto la sopa sucia del caldero y el pan raro que les daban. Al principio había tenido sus dudas, pero desde el momento en que lo habían interrogado y había visto la sonrisa del auditor, no solo su completa inocencia estaba clara como el agua sino también su confianza en que todo saldría bien.

Su mente iba dejando atrás el tribunal militar del barrio del Castillo para acercarse volando a la pequeña tienda de Vinohrady, se deslizaba por el cuadro de Francisco José y buscaba, debajo de la vieja cama, un par de conejillos de Indias. A Švejk le encantaba criar conejillos de Indias. La suerte que corrían sus mascotas era entonces su única preocupación. Podía verlos, uno blanco, y el otro negro y amarillo con su morrito de cerdo levantado buscando en el colchón. Eso era lo que ocupaba su pensamiento: su completa inocencia y convencimiento sobre el final feliz del pleito y la muerte de los desamparados conejillos de Indias.

Había también un viudo que encontró un convoy de reservistas cuando iba un día a trabajar y, al ver llorar a las mujeres que acompañaban a sus esposos en su último trayecto, recordó que él también había tenido una esposa que lo había amado mucho. De

repente sintió pena por aquellas mujeres. Tanta pena que exclamó:

—¡Tírenlas!

En aquel instante le pareció que era así de sencillo. Los soldados tiraban los fusiles, las bayonetas y adiós a la guerra. Las mujeres no llorarían más… Aquel hombre tenía en casa dos hijitas.

Sentado al lado de Švejk, conversaban los dos: Švejk de los conejillos de Indias y el viudo de sus hijas. ¿Quién les daría de comer? En Chequia había miles de conejillos humanos como aquellos y un puño de acero les machacaba las cabecitas.

V

Mientras Švejk estuvo arrestado, el ejército ruso tomó Leópolis y rodeó Przemyśl. Abajo, en Serbia, las cosas tampoco pintaban demasiado bien para las fuerzas armadas austriacas. En Praga la gente se alegraba y en Moravia se iban preparando ya para hornear las tartas cuando llegaran los cosacos.

El Tribunal Militar no daba abasto a juzgar las decenas y decenas de ciudadanos que tenía pendientes y el caso de Švejk no avanzaba.

Él, sin embargo, estaba completamente tranquilo. Por las mañanas se levantaba y lo primero que hacía era preguntar por la ranura de la puerta al soldado de guardia cuándo iban a soltarlo. Por lo general, la respuesta era: «Cállese». Se acostumbró a ello como a algo necesario, comprensible por sí mismo, y volviendo de la puerta con la cara iluminada, decía siempre con mucha expresividad: «Soy totalmente inocente». Lo hacía con majestuosidad y patetismo, paladeando las delicias de la palabra «inocente».

Por fin llegó su día. Lo llevaron abajo en presencia de los ocho miembros del tribunal militar: el auditor y los rangos varios hasta el oficial del Estado Mayor. Cuando llegó, sintió que estaba totalmente a salvo. Miró al jurado con gratitud y la pregunta del auditor de si no tenía nada que objetar contra los miembros del tribunal causó en él una agradable impresión.

Švejk, algo emocionado, dijo con melancolía:

—A su servicio, Dios me libre. ¡Cómo iba a tener yo algo que objetar!

Anotaron pues que no objetaba nada y el auditor ordenó que se lo

llevaran al corredor.

De la sala del tribunal le llegaba la voz melodiosa del auditor. Švejk ni siquiera escuchaba, no trató de entender qué era tanta palabrería. Miraba afuera por la ventana enrejada, a la calle que le deparaba el paisaje habitual de las viejas callejuelas del barrio del Castillo. Las sirvientas y las señoras volvían a casa con la compra, un muchacho silbaba enérgicamente *Cuando fui a Vršovice a la romería*.

El auditor siguió hablando y exponiendo sus ideas formadoras. El *votum informativum* entraba en el marco de las querellas comunes, las paredes lo habían oído ya incontables veces. Demostró que el espíritu de rebelión llevaba presente en Švejk mucho tiempo; se extendió en que, en los albores del conflicto bélico, Švejk trató de ridiculizar la guerra colocando las operaciones militares de Austria bajo una luz mezquina. Enumeró tantos artículos que el soldado raso, el cabo y el cabo mayor se estremecieron horrorizados. Al final declaró la pena que el acusado debía cumplir y pidió que se pasara a la votación sobre culpabilidad. Escribieron el veredicto y firmaron. Trajeron al acusado. Hicieron el saludo militar y los oficiales desenvainaron el sable.

Era todo tan imponente como en los desfiles militares. Švejk miró con inocencia al jurado y sonrió confiadamente. El auditor leyó. Empezó solemnemente con el nombre de Su Majestad entrelazando frases como «Švejk es culpable de…» y terminó con el número ocho. ¡Ocho años!

Švejk no entendía qué pasaba. Preguntó como si no pudiera creerse lo que oía:

—Tengo que irme a casa. ¿Puedo marcharme?

—Sí —dijo el gracioso auditor encendiendo un cigarrillo—, dentro de ocho años.

—¡Soy inocente! —exclamó Švejk.

—Tiene treinta días para retractarse, ¿o lo acepta?

Švejk no veía nada más que uniformes. La voz del auditor ya no sonaba igual de alegre. Era brusca, severa.

—¿Lo acepta? —volvió a increparlo el auditor. Švejk se acordó de un mayor con el que tuvo que verse las caras años atrás. Aquella vez fue inculpado por fumar en el almacén. La verdad es que cuando llegó la inspección, justo se entretenía recogiendo los restos de cigarrillos

tirados y tenía una colilla de hacía días en la mano. Cuando el mayor le impuso treinta más de propina, le preguntó con un tono rígido que no admitía réplica: «¿Está bien así?». Švejk respondió: «A sus órdenes, mayor, así está perfecto».

—¿Lo acepta? —repitió una vez más el auditor.

Švejk empapado y rebosante de la vieja disciplina militar austriaca, se puso en firmes y dijo medio en alemán medio en checo:

—A sus órdenes, lo acepto.

Al volver a su celda, se dejó caer en el catre y empezó a berrear:

—¡Soy inocente, soy inocente!

Y no crean, ponía mucho empeño en ello. Alargaba «*ceeenteee…*» cuánto podía, deleitándose. «Soy inocente» gritaba y el otro muro del patio propagaba el eco al infinito.

Al cabo de dos días se lo llevaron con otros condenados a Estiria, a la cárcel militar de Talergof-Zelling.

En Viena hubo una pequeña confusión con su convoy. Como en Benešov habían añadido su vagón a los del tren militar que llevaba soldados al frente serbio, las señoras alemanas les lanzaron flores gritando con voces silbantes:

—¡Abajo los serbios!

Desde un vagón medio abierto, Švejk bramó entre tanta gloria:

—¡Soy inocente!

VI

En la cárcel militar de Talergof-Zellingu, la mayoría eran civiles. Durante la guerra, a los soldados se los fusila normalmente de inmediato tras la sentencia del tribunal de campo, así que los civiles tenían preferencia y ventaja para perecer poco a poco entre rejas.

Talergof-Zelling pasará a la historia de la antigua Austria como un triste legado igual que las mazmorras Pozzi en la historia de Venecia.

En Talergof-Zelling nunca faltaban alemanes que escupieran en los convoyes que llegaban llenos de rusos de Galitzia o de serbios de Bačka y Bosnia y Herzegovina para internarlos en la cárcel militar y,

por poco sensato que fuera el espectador de tal espectáculo, seguro se sonrojaría al ver las procesiones de mujeres y niños torturados y escupidos a los que el gobierno culpaba de querer perjudicar Austria.

El sol brilla allí con claridad y alrededor hay montañas, verdor, cautivadora hermosura que parece sacada de un paisaje pintado en el Dorado. Es un lugar en el que se podría, con razón, fundar un sanatorio.

De hecho, en ese profundo valle había ya un sanatorio, aunque eso sí, protegido por un sistema de ventanas con rejas, por un muro bajo las ventanas y por alambradas detrás del muro. Se tenían que curar allí los soñadores que le pedían justicia a la bazofia miserable a la que llamaban Austria. Los tratamientos médicos que ofrecía eran el tifus exantemático, la fiebre tifoidea, el pan rancio de harina de maíz y un poco de agua sucia salada con dos judías.

Junto a los desgraciados miembros de nacionalidad no alemana internados en Talergof-Zelling, había un ala reservada exclusivamente a los condenados checos doblegados por el sable. A la entrada de la recepción de la cárcel una gran águila austriaca extendía las alas sin compasión como si quisiera ensombrecer más aún las derrotadas y pisoteadas víctimas.

A los presos les parecía que aquello era el fin. Sin embargo fuera, lejos de allí, lejos al norte de Viena, las chispas que durante siglos habían humeado en la ceniza y que los artículos de todo tipo no habían logrado sofocar ardían más y más.

Las primeras llamas empezaban a roer la corona austriaca. Ni la misma Austria se imaginaba que el monstruo que entonces despertaba acabaría arrancando de cuajo las raíces del estado dual. Los checos cumplieron su cometido histórico en la lucha por la libertad. La bandera de la resistencia, erguida con firmeza, grabaría con la espada su estrofa en el inmenso canto de los tiempos. Por las noches, los bosques de las laderas alpinas que rodeaban Talergof-Zelling susurraban sobre esos acontecimientos a los presos que miraban por las ventanas.

En el pasillo junto a la recepción, vi que un preso había escrito «No os tenemos miedo».

Uno de los presos atacó a un general que examinaba insaciablemente el recinto. Le clavó en el abdomen una cuchara afilada que no necesitaba, pues la comida que les daban era más bien

escasa.

—¿Qué precio tiene para nosotros la vida? Al menos antes de irnos nos vengaremos de nuestros enemigos —exclamó el atacante.

Mas en los periódicos no salió nada porque una cuchara afilada en la barriga de un general austriaco pegaba más bien poco al lado de las manifestaciones de lealtad con las que la Agencia de Información Imperial y Real inundaba las redacciones.

Švejk continuaba sin salir de su asombro cuando recibió de manera definitiva su número y uniforme de preso y le fue asignado un colchón sucio en una de las habitaciones. No entendía cómo había acabado allí. Andaba entre los compañeros de celda cabizbajo y diciéndose una y otra vez.

—De verdad que no estás loco, lo recuerdas todo perfectamente.

Se apoderó de él un profundo abatimiento. No reparaba en quien lo rodeaba, los tristes días que pasaba entre los muros pelados transcurrían para él sin esperanza y sin fin. A veces conversaba con un anciano de cerca de Hradec Králové, condenado a cuatro años por haberse presentado con un fajo de heno cuando hacían el inventario de cereales y habérselo tirado a los pies del comisario con las siguientes palabras:

—Esto llévenselo también, que al emperador no le falte de comer.

El viejecito se interesaba vivamente por las historias de sus compañeros de celda, se sabía de memoria las desventuras que los habían llevado hasta allí y les ofrecía consuelo. ¿Cuánto tiempo iban a pasar en la cárcel? Uno o dos años, después vendrían los rusos. Podía verlo con sus ojos. Mientras charlaba agitaba la venganza, ¡qué bonito sería encerrar a algunos de los torturadores!

Pero Švejk seguía en su catre murmurando:

—Y pensar que soy completamente inocente… Lo recuerdo todo perfectamente.

Tras una de aquellas charlas, Švejk soñó que el emperador iba a su encuentro. Se le acercaba y le decía: «Aféitame, Švejk, con estas patillas parezco un orangután de la casa de fieras de Schönbrunn». Švejk empezaba a temblar y a sudar de arriba abajo. El emperador se sacaba jabón y una navaja de afeitar del bolsillo del abrigo y se lo entregaba todo, así que Švejk se ponía manos a la obra. Una vez

enjabonado, cogía con devoción la navaja entre los dedos y con manos temblorosas lo afeitaba. Entonces se abría la puerta y aparecía el auditor del tribunal del barrio del Castillo. Švejk se asustaba, la navaja penetraba y el emperador decía: «Por el amor de Dios, Švejk, ¿qué hace?». Švejk sujetaba entre las manos la nariz cortada del emperador.

Todavía dormido pegó un grito terrible, se despertó, despertó a los demás y, a la pregunta de por qué no guardaba silencio por la noche, respondió con voz horrorizada:

—Le he cortado la nariz al emperador.

Desde aquel instante, el emperador, el comandante en jefe del ejército empezó a aparecérsele no solo en sueños, sino también de día. Su cara salía de los desconchados revoques de las paredes y un día, cuando pescaba la segunda judía de la sopa, le pareció que le recordaba su cabeza. A veces hablaba con sus alucinaciones: «Soy completamente inocente, su excelencia. Lo recuerdo todo».

Una vez que la judía que había estado examinado con detenimiento acabó por el suelo, dijo agachándose bajo la mesa y suplicante:

—No se enfade, su excelencia.

Se veía que Švejk no estaba bien. Un día vino el intendente de la cárcel a inspeccionar las celdas. Cuando los presos se hallaban frente a él, Švejk abandonó la fila de repente, hizo el saludo militar y con los ojos raramente desorbitados profirió:

—A sus órdenes, mi capitán, quiero servir al emperador hasta dejarme el pellejo.

El intendente de la cárcel le pidió que lo repitiera y se fue. Al cabo de media hora, se presentaron dos ordenanzas con una camilla provista de correas y hebillas, venían a buscar a Švejk. Con ellos iba también un joven médico militar que empujó a los ordenanzas hacia Švejk con una camisa de fuerza. Se la pusieron por si acaso y se lo llevaron escaleras abajo. Cruzaron el patio del campo hacia el hospital penitenciario. A Švejk le salía espuma por la boca y desde la espuma llegaba hasta todos los ángulos del patio:

—Ampárenos, Señor…

Al día siguiente se llevaron a Švejk a Viena para que lo examinaran en una clínica psiquiátrica.

VII

En la guerra se da siempre un alto porcentaje de enfermedades mentales. Lo llevan en sí mismas las atrocidades varias, el miedo de uno frente a la muerte, los temores por la familia que se ha dejado atrás y un sinfín de causas relativas al arte bélico.

Especialmente en Austria, las enfermedades mentales aumentaron durante la guerra de manera espectacular, pues había muchos que en su sano juicio no entendían a santo de qué deberían sacrificar su vida por el imperio. Y aquello se desprendía de la historia, del trato dispensado a los soldados checos en los cuarteles y en el campo de batalla… En pocas palabras, se desprendía de la maldita relación entre los países checos y la monarquía austrohúngara. De verdad que era para volverse loco. Švejk fue a parar al departamento 9. Había allí varios de los llamados comediantes. Uno de ellos, un viejo reincidente, estaba bajo sospecha de haber perdido la chaveta con el único fin de escaquearse del servicio militar.

Una granada lo había lanzado al tejado de su choza. Desde entonces trataba sin descanso de elevarse por los aires, se pasaba el día saltando y una y otra vez cayendo al suelo entre maldiciones espantosas.

El estallido de una granada había enterrado a otro sospechoso en un sótano, donde permaneció cuatro días. Imitaba todo el rato que se soterraba, no paraba de escarbar el suelo. Otro joven en uniforme militar andaba por el corredor cantando *La guardia a la orilla del Rin* y al rato gritando «*Ratatata, bum, bum*».

Si se tuviera que juzgar con objetividad aquella retahíla de gritos y manifestaciones, llegaríamos todos a una misma conclusión: que la propia Austria era un gran manicomio.

En un rincón del pasillo había, por ejemplo, un hombre sentado, un cabo que gritaba que era el archiduque Bedřich y que dentro de un mes estaría en Moscú.

Lo habían encerrado para que lo examinaran pero no podemos olvidar que el mismo archiduque Bedřich se expresó del mismo modo una vez y no le pasó absolutamente nada, sufrió tan solo un poco de descrédito.

También el emperador Carlos, siendo todavía príncipe, declaró en un banquete que allanaría toda Rusia.

O tomemos el caso del emperador Guillermo. Hoy en día cualquier chiquillo sabe que el emperador sufre de mengua cerebral. En los círculos de la corte, no obstante, toman sus patrañas y sus planes disparatados por genialidad. También la declaración de guerra del fallecido Francisco José I la explica un trastorno mental. Cuando se le hizo la autopsia a este viejo estúpido, se detectó una supuración en el cerebro o *atrophia cerebrisenilis*. En su caso no era otra cosa que el cretinismo hereditario que sufren todos los descendientes de los Habsburgo. Carlos I, en su más temprana juventud, padeció hidrocefalia y recibió tratamiento en Abenberg, en el instituto de hidroterapia del doctor Guggenbühl, en la comuna suiza de Interlaken.

Y de aquellos señores situados en lo alto la debilidad mental descendía como por una escalera. Los ministros austriacos, en lugar de estar encerrados en algún manicomio famoso, pongamos por ejemplo en el monasterio Eberbach de Nassau, regían la suerte del imperio; los generales a los que no les habrían venido mal las duchas frías de la comunidad de chiflados de Antdorf, planificaban la guerra consolándose unos a otros con aquello de que una de las reglas marciales fundamentales es que alguien tiene que perder.

La demencia en la que Austria se movía y vivía era patente; terminaba finalmente con un agente de policía de una región cerrada que, con sonrisa idiota, observaba cómo una cuadrilla de locos alemanes vaciaba violentamente una escuela checa y quemaba los inocentes marcos de las ventanas al grito de «Ruge un clamor…»

La reflexión sobre la cantidad de locos que había en nuestra época en Austria podría dar lugar a un voluminoso libro. Aunque este no es mi propósito. Que cada uno se haga su propio juicio. Nosotros recogeremos simples migajas, casos puntuales y, cuando volvamos a casa, implantaremos un nuevo sistema terapéutico. Empezaremos bien arriba hasta llegar al exgobernador del distrito comarcal y, a todos esos amigos del pueblo checo, les recetaremos lo que ya propuso tiempo ha el doctor Thomayer, *flagellum*, es decir un par de azotes. Y les sacudiremos el abriguito con tanta meticulosidad que los príncipes podrán ponerse al servicio de la Iglesia como cardenales.

En la clínica de Viena de reconocimiento de enfermos mentales estaba instaurado el método curativo del doctor Bernardin. Consistía, fundamentalmente y a ser posible, en dar a los pacientes la oportunidad de tranquilizarse.

Tenía lugar de la siguiente forma: se los desnudaba por completo y se los metía en una celda de aislamiento sin calefacción donde solo

había cuatro paredes peladas, forradas de algodón para que el paciente que se tranquilizaba no se abriera la cabeza. La celda no disponía de ningún tipo de equipamiento. A fin de que el paciente se calmara, más si todavía cabía, en el plazo de cuarenta y ocho horas no se le proporcionaba nada de comer ni de beber. Pasadas las cuarenta y ocho horas, lo sacaban y lo introducían en una bañera de agua fría y le masajeaban la columna. Después se le daba una ducha caliente y, si seguía dando muestras de inquietud, lo encerraban de nuevo en la celda de aislamiento forrada.

El método calmante tuvo efectos beneficiosos en Švejk. Cuando, tras la ducha caliente volvieron a encerrarlo otras cuarenta y ocho horas más, cobró, por decirlo de algún modo, cierta tranquilidad de ánimo y vio claro que sería bueno subordinarse a los superiores. Una segunda ducha caliente y Švejk quedó completamente convencido de que todo lo que le ocurría estaba en perfecto orden y que así tenía que ser. Al salir de la bañera, dijo:

—Lo sé, lo sé, si es que estamos en guerra.

Lo alimentaron con repollo chamuscado y con patatas viejas medio congeladas, lo que lo acabó de sosegar del todo. Al día siguiente le realizaron una minuciosa exploración del estado mental según el método del doctor Bernardin.

Un auxiliar joven y aplicado, con uniforme de médico militar porque en la Austria de la época los manicomios se dejaban bajo supervisión militar, le formuló una serie de preguntas siguiendo el método del citado psiquiatra con el que, dicho sea de paso, se trastocó él mismo. El grado de aberración mental se determinaba en función de las respuestas.

—¿Cree usted que nació?

—Como manden —contestó Švejk—, la guerra es la guerra.

Con lo que propiamente quería decir: «Si prefiere que diga que no he nacido, estoy dispuesto a hacerlo».

—¿Recuerda a sus padres? ¿Tuvo usted padres?

Švejk se lo quedó mirando.

—Con permiso, estamos en tiempos de guerra pero, si no tiene nada en contra, tuve.

—¿Tiene hermanos? ¿Hermanas?

—No tengo —dijo Švejk—. Pero si hubiera que tenerlos…

El auxiliar anotó las respuestas con diligencia y continuó preguntando:

—¿Me puede explicar por qué el sol sale y se pone?

Švejk se estremeció.

—Con permiso, yo no tengo nada que ver con ello.

—Está bien. ¿Ha oído algo de América?

Švejk sintió un poco de bochorno. Aquello parecía otro interrogatorio.

—No he oído nada, si se me permite —respondió con voz firme.

—¿No sabe cómo se llama el presidente de la república negra de la isla de Santo Domingo?

Aquí quedó anonadado. Le vinieron a la mente todas las conversaciones de los compañeros de celda de la jefatura de Policía de Praga, de la prisión preventiva del juzgado militar del barrio del Castillo y de la cárcel militar de Talergof-Zelling y pensó: a mí no me vais a embrollar. Sin tapujos ni miedo, declaró:

—Con permiso, reconozco únicamente como único gobernador al más gentil de los emperadores, Francisco José I. Tres hurras por él.

Se lo llevaron de vuelta al corredor. Allí Švejk intentó explicar a los pacientes cómo le había ido el interrogatorio. No le hicieron mucho caso, cada uno pasaba el rato a su manera.

De vez en cuando el que cantaba *La guardia a la orilla del Rin* gritaba su «*Ratatata, bum, bum*», el presunto comediante reservista saltaba por los aires y el otro volvía a sepultarse junto a la puerta, mientras les gritaba a los enfermeros que había que resistir.

Švejk no pudo dar su opinión hasta la noche cuando estaba ya en su lecho. Parecía, al fin, que todo había enmudecido, se incorporó en el camastro y gritó:

—Reconozco únicamente como único gobernador al emperador Francisco José I. ¡Tres hurras por él!

No había transcurrido ni una semana cuando se lo llevaron. Pasaría otra temporadita en el manicomio de Hall, donde asimismo estaba encerrado Franz Rypatschek, concejal municipal del distrito 6 de Viena al que la guardia había detenido una noche al encontrarlo, totalmente desnudo y pintado con barniz, en el castillo imperial. Cuando cayó Belgrado, Franz Rypatschek se pintó de negro y amarillo en un arrebato y salió a rendir homenaje en nombre del distrito 6.

VIII

Grandes tiempos, grandes nervios. El proceso espiritual que se apoderó de los oficiales de Austria es tal vez solo comparable con el movimiento de los flageladores o con la gran y masiva psicosis de los tiempos de las Cruzadas.

De Austria a la guerra y con uniformes grises vimos arrastrar a chiquillos apenas salidos de la escuela, que recordaban las filas de niños que durante las Cruzadas medievales partieron para conquistar Jerusalén. Esta vez los mandaban contra los rusos.

En el manicomio de Hall había, aunque de forma no oficial, un departamento especial para los alemanes de las tierras alpinas y para los habitantes de las otras regiones germanas. Quizás alguno de vosotros haya visto alguna vez a los austriacos en plena manifestación nacionalista con sus arranques de furia, con sus bramidos proferidos hasta quedar roncos y en los que la psicosis alcanza también el aparato locomotor. La multitud saltaba, gritaba el himno *Viva tu corona victoriosa*. Tenía los ojos desorbitados y sus alucinaciones sensoriales alcanzaban la cima al grito de «¡Abajo los rusos!». No hay que extrañarse de que tanta rabia fuera el mejor caldo de cultivo para manías políticas y de que constantemente llegaran refuerzos a Hall.

Era una especie de movilización de la locura, una psicosis colectiva que llenaba los tristes edificios del hospital psiquiátrico.

En Austria los eclesiásticos rezaban por el imperio como lo hace el buen párroco por su pupilo díscolo que, viéndolo trepar por una verja para robar manzanas y rasgarse los pantalones, ruega para que el Señor le conserve, al menos, el chaleco.

Era el imperio de los simios. Las cabezas de los hombres de Estado estaban llenas de planes que se realizaban y ejecutaban a la hora del desayuno, los jueces eran todos muy astutos… y entretanto los manicomios rebosaban.

Unos enloquecían por necesidad, para quedar bien delante del

gobierno. En Hall asistieron a un peletero de Trutnov, un alemán que había falsificado letras de cambio por valor de 200.000 coronas con la intención de abonar la suma sonsacada al préstamo de guerra austriaco. Una alemana de la asociación de maestras de Brno se enfundó una buena mañana el uniforme militar y, frente a los escaparates de la calle Františkova, agitó el sable pidiendo a gritos que Dios castigara a Inglaterra.

Hall contaba con chiflados políticos de lo más variado como, por ejemplo, el presidente de la asociación de veteranos de guerra de Ustí nad Labem que se había colgado a pelo en el cuerpo varias decenas de medallas, y el granjero de Chomutov que cosió cuatro bueyes y dos vacas a la bandera negriamarilla y los mandó con una carta entusiasta a la jefatura del distrito, o la esposa del alcalde del distrito de Česká Lípa, una alemana grandota que quería quemar una guardería checa. Estos eran casos típicos. (Si alguien cree que exagero, que lea en el almanaque médico de Múnich el capítulo *La guerra y la psicosis de masas*.)

En Hall, Švejk sintió cierta tranquilidad de espíritu. Juzgó que él no podía ser solo una diminuta unidad del imperio, los acontecimientos que se acumulaban en su cabeza apuntaban claramente a que tenía un papel relevante. Su autoestima subió mucho, sobre todo cuando un señor demente empezó, al poco de haber llegado, a llamarlo mayor. El señor se presentó como general Potiorek, anduvo con Švejk por el jardín y, mostrándole un macizo de dientes de león en flor, dijo:

—Tome este regimiento y ocupe con él Bosnia y Herzegovina.

Señaló entonces un cerezo marchito antes de proseguir a gritos:

—¡Maldita sea, nos rodean! Tenemos que lanzar un par de granadas —se puso de puntillas y escupió en dirección al cerezo.

Švejk recordó los viejos tiempos de la mili y se comportó muy respetuosamente.

—Esto es ataque de montaña —le explicaba el señor loco—, y cuando escupo así, significa que abrimos fuego en el campo. Ahora le sumamos la artillería de la fortaleza.

Escupía a toda pastilla y daba las órdenes de «Atención, marchando, en marcha» a su espalda.

—¡Hemos ganado! —le gritó—. Lo felicito, mayor, ha mantenido

las posiciones con valor.

A Švejk le gustaba pasear con él, hizo de nuevo toda la instrucción. Daban órdenes a los dientes de león, derribaban con una rama las cabecitas de las margaritas…

Un día, durante el paseo, su amigo chalado le dijo con un halo de misterio:

—¿Sabe, mayor, que estamos cercados? He averiguado que enfrente hay dos divisiones. Deberíamos intentar atacar. Prepare a su regimiento. Empezaremos enseguida.

Realizó un intento de trepar por el muro. Como Švejk era más ágil, se subió antes que su amigo.

Fue la última vez que se vieron pues los enfermeros encerraron al «general Potiorek» en un departamento y a Švejk en otro por intento de fuga. No tuvieron compasión con ellos. Cuando llegó el momento de tener que encajar un puñetazo bajo las costillas, Švejk solicitó que lo juzgara un tribunal de guerra.

Parece que el ambiente que lo rodeaba empezaba a surtir efecto. Durante el almuerzo, el «señor general» se las ingenió para hacer llegar hasta Švejk con la ayuda de otro loco una carta con el siguiente contenido:

El Ministerio de Marina ha recibido la orden de preparase para acoger de un momento a otro a 300.000 hombres de Asia. Convoco a todos los reservistas a las armas. 60.000 soldados marchan hacia el noreste. Los zapadores excavan puestos para la artillería.

Encontré esta nota en el cuaderno de Švejk. (El propio Švejk nos aseguró después que era verdad que al amigo loco lo llamaban «Excelencia» y que, hacía unos años, había visto su cara en una revista ilustrada. Le mostré algunas fotos de comandantes austriacos y reconoció, en Potiorek, al teniente general von Begg.)

A Švejk le costaba conversar con el resto de locos, medio hablaba solo con el señor Toms, jefe de estudios de la escuela alemana de Lovosice.

IX

La estancia en el manicomio le reportó a Švejk una gran cantidad de experiencias nuevas relativas a las más variadas cuestiones de la

política interior austriaca. En este sentido, fue otro paciente, Hugo Werder, el *Tirolés*, antaño bodeguero en una vinatería subterránea de la Humoldskirchenstrasse de Viena, quien le hizo las veces de mentor y guía espiritual. Hasta que estalló la guerra, Hugo Werder repartió cuartos de vino malísimo y bofes al vinagre a los clientes, compensando la mala calidad del producto con su traje de tirolés, con sus delgadas rodillas al aire, los calcetines verdes estirados, el chaleco también verde con botones blancos de hueso, el sombrerito típico de la región con una flor de las nieves alpina aplastada y los dientes de gamuza.

Cuando los regimientos austriacos empezaron a batirse con los serbios y los rusos y encajaron las primeras derrotas, llegó la hora de que Hugo Werder fuera a echar una mano. Le pusieron el uniforme y el muy desgraciado, antes de partir, se deslizó a la bodega en la que hasta entonces había estado de empleado. Bebió vino con tanto celo que salió a la calle ya con los primeros síntomas de delirium tremens. Intentó cantar el *Dios salvepero* se embrolló con palabras del himno prusiano *Viva tu corona victoriosa* terminando todas las estrofas con alaridos y gorgoritos a la tirolesa: «Austria, noble hogar, con la bandera en su lugar, *holdriyá, holdriyá, dro, yujalio*». En la segunda y la tercera calle, el delirium tremens de Hugo Werder fue subiendo de tono hasta que finalmente, en la plaza de la estatua de Tegetthoff, se manifestó en todo su esplendor.

Allí los sentimientos de lealtad y patriotismo del tirolés sufrieron una afrenta. Le pareció que, en un momento histórico de tanta trascendencia para Austria, era una terrible falta de consideración para con el viejo almirante austriaco Tegetthoff dejarlo en el pedestal todo velludo y con aquella barba nada cultivada. Desenvainó la bayoneta y se puso a trepar por la estatua gritando «Hay que afeitar a Tegetthoff».

A la muchedumbre que iba concentrándose, le pidió también a gritos que le dieran jabón, que antes de afeitarlo, debía primero enjabonarlo. No lo logró. Tegetthoff sigue a día de hoy en su pedestal vienés con la barba alborotada, descuidada y sin arreglar, vigilando con fiereza a uno y otro lado a ver si el ejército italiano se dirige ya a Mödling. En cambio, el entusiasta y patriota tirolés acabó en el manicomio.

Una vez allí, se presentó a Švejk como barón Bumerkirchen, mariscal de campo del fallecido archiduque Ferdinando d'Este. Es digno de atención que tuviera las mismas opiniones políticas que el verdadero mariscal de campo del archiduque y que expusiera sin cesar

la necesidad de crear la «Gran Austria», de absorber a Serbia, Montenegro, de dirigirse desde allí y a través de Constantinopla al Asia Menor y de proseguir con Alemania hasta llegar al Golfo Pérsico y al Lejano Oriente.

Es interesante que, cuando son el emperador Guillermo y su secuaz, el emperador austriaco Carlos I, quienes tienen tales opiniones, a esto se le llama política imperialista, y cuando es un pobre chiflado tirolés, entonces consideramos que son burradas. Pensándolo bien, sería mejor encerrar a Guillermo y a Carlos I en el manicomio y dejar que Hugo Werder, bodeguero tirolés, ejecutara la política imperialista. Seguro que de ese modo nos ahorraríamos el coste de unos cuántos millones de vidas humanas.

Mas la historia nos enseña que a los locos menores no se les ha reservado ningún puesto en sus páginas. Allí solo aparecen perfectos rufianes, grandes ladrones, pirómanos desmedidos y mayúsculos asesinos que, cuantos más muertos tienen en su cuenta, tanto mayores son sus títulos de príncipes, reyes y emperadores. Sí, están allí los Atilas, los Tamerlanes, los Guillermos y los Habsburgos que hasta hoy exigen víctimas. Y seguirán haciéndolo a menos que fallezcan de muerte natural o aparezca un hombre sensato que acabe con esto de una vez por todas.

En la Austria de la época en la que se inscribe el caso de Švejk no se produjo ni una cosa ni la otra. Francisco José necesitaba víctimas nuevas para bañarse en su vejez en sangre inocente. El Ministerio de Guerra contaba los ciudadanos aptos para el combate, es decir para sucumbir en nombre de Austria, y al doctor Emil Berger, general y médico jefe del Estado Mayor, se le ocurrió que por los manicomios de Austria deambulaba mucho material humano y que, si la gente completamente cuerda y normal no se oponía a dejarse partir la crisma por el emperador, cabía esperar que los levemente enajenados tampoco tuvieran nada que objetar.

En el *Wiener Allgemeine Zeitung* apareció un artículo de lo más bello en el que se mentalizaba a la población de la obligación próxima de completar las ralas filas de las fuerzas armadas austriacas. El autor era el propio doctor Emil Berger que, en el artículo *Tratamientos para la psicosis*, manifestó sin reservas que mucha gente con trastornos mentales y nerviosismo agudo había recobrado algo de fuerza y cordura con el alboroto de la guerra. El jaleo imperante aparecía descrito como el mejor de los calmantes. Al parecer, para muchos, los cañonazos y las explosiones de las granadas resultaban especialmente placenteros porque, con ellos, olvidaban sus visiones obsesivas.

El doctor Berger no estaba del todo en lo cierto. Una vez incorporaron como simple infante del ejército a un entusiasta austriaco que había sido encerrado en el manicomio porque tenía la manía obsesiva de presentarse como mariscal Hindenburg y le sentó fatal. Jamás pudo aceptar tan tremenda degradación.

Pero en conjunto el doctor tenía razón. ¿Por qué los locos no podrían ir a salvar Austria? De todas formas, lo mejor fue lo que dijo el comandante Komplex del 88° regimiento:

—Soldados, vuestro deber es entregaros al emperador como los locos se entregan al fuego.

Así que, al cabo de poco, la comisión militar empezó a examinar los sanatorios psiquiátricos. Con ese fin se utilizó un criterio bien curioso. Tendían los brazos a los llamados locos silenciosos, máquinas sombrías que permanecían de pie o sentadas allí donde lo ordenaba el vigilante, gente con el intelecto atrofiado, con trastornos hereditarios, idiotas menores y otros…

Sin embargo parecía que, desde el punto de vista militar, se debiera dar preferencia a los que más arañaban y mordían pues a primera vista se diría que de ellos estaban llamados a salir los mejores soldados austriacos. Pero son cuestiones delicadas. Una persona así muerde también al vigilante, e imagínense si, de repente, durante el desfile, mordiera al mayor.

Opciones había. Se seleccionó con algo más de prudencia que durante los reclutamientos ordinarios aunque, según noticias oficiales (aparecidas en los periódicos de Praga del 2 de mayo de 1915), en total, en los sanatorios psiquiátricos de Austria se reconocieron como restablecidos y aptos para las armas a 22.678 pacientes. Las últimas palabras demuestran que no hay nada para lo que, oficialmente, no se pueda encontrar justificación.

Prueba, asimismo, el profundo patriotismo de Austria. De la noche a la mañana, 22.678 personas con enfermedades mentales recuperaban el sentido común para dejarse matar en nombre del emperador.

Cuando durante el examen que la comisión militar especial llevó a cabo en los tristes centros le llegó el turno a Švejk y le dijeron «Dese la vuelta, apto para el servicio militar», Švejk se dirigió a ellos de la siguiente manera:

—Esto sí que no. Una vez, ya hace años, cuando querían

eximirme del servicio militar, tuve que desertar para poder seguir al servicio del emperador hasta mi último aliento. Me encerraron, me recolocaron en el arsenal y luego me mandaron de nuevo frente a la comisión de superarbitraje por idiota. Aquella vez les dije: «Voy a servir al emperador hasta dejarme el pellejo». Soy un soldado, ¿no? Pues si lo soy, nadie tiene derecho a expulsarme de la mili, aunque viniera el general, me diera una patada en el culo y me echara del cuartel. Volvería y les diría: «A sus órdenes, mi general, quiero servir al emperador hasta el último aliento y por eso vuelvo a la compañía. Y si no me quieren, ingresaré en la Marina para servir al emperador, al menos en el mar. Y si allí tampoco me quisieran y el almirante también me echara, serviría al emperador desde el aire». Esto es lo que dije entonces pero ellos me calificaron de burro y me licenciaron de la mili por idiotez. Después, cuando estalló la guerra, me manifesté a favor de Austria y por ello me cayeron varios años. A continuación me echaron de la cárcel y me encerraron en el manicomio por cantar el himno austriaco y ahora va y ustedes me declaran de nuevo apto para la guerra. Díganme si no es para volverse loco.

Dadas las circunstancias, la declaración del buen soldado Švejk no tenía posibilidades de cambiar nada.

Con gran regocijo y tras varios años, vuelvo a usar las palabras «buen soldado Švejk». Después de tantos martirios, se hallaba otra vez en el cuerpo de las fuerzas armadas austriacas. Hizo la jura de bandera con los demás que daban palmadas de alegría porque iban a recibir el uniforme militar y el gorro con las iniciales «F.J.I.» y fusilitos e iban a disparar a los rusos, a los serbios y a todo aquello que sus superiores les señalaran.

No se extrañen, ¡estaban locos!

Incorporaron a Švejk en el 91º regimiento de infantería de České Budějovice, transferido a Bruck an der Leitha. Antes de partir, o bien por equivocación o bien a fin de rematar su curación, el médico del centro le recetó una lavativa. Un vigilante se la ponía al buen soldado Švejk cuando este, con mucha honra, le dijo:

—Por mí no se preocupe, voy a combatir. Los cañones no me asustan y tampoco temo su lavativa. ¡Un soldado austriaco no puede temer nada!

¡Qué bello artículo podría salir de esto en el Boletín militar de Streffleur: Las Fuerzas Armadas Imperiales y Reales y las lavativas!

X

Es verdad que habían pasado un montón de años desde que esposaron al buen soldado Švejk por última vez. Pero, bueno, tampoco hacía tanto como para no recordar con claridad aquellos tiempos de la mili y compararlos con la moderna instrucción de entonces. ¿Dónde se habían quedado los días idílicos en los que iba a por vino de misa para el cura de la guarnición de Trento Augustin Kleinschrodt, cuando también lo reprendían pero siempre con cariño? El capellán castrense no lo había llamado nunca de otro modo que «tú, golfo misericordioso», cosa que a Švejk solo podía llenarlo de regocijo.

Švejk observó que, durante aquellos años, los conocimientos zoológicos de los rangos y oficiales austriacos se habían ampliado.

El primer día en el barracón del campamento militar de Bruck an der Leitha le pareció que todos los superiores que andaban ceñudos con los novatos restablecidos —de los que se debía sacar nuevo material bélico y preparar un bocado con una mínima conciencia militar para las fauces del cañón— tenían que o bien haber estudiado ciencias naturales o el voluminoso libro editado en la imprenta Kočí *Las fuentes de la prosperidad agrícola*. El cabo Althof, responsable de la sección y del polvoriento barracón en el que Švejk tenía su catre, lo bautizó como «cabra de Engadina» ya la misma mañana de su llegada, cuando apenas había tenido tiempo de dividir a los nuevos reclutas; el cabo Müller, un maestro alemán de Kašperské Hory, lo llamó «mofeta checa» y el instructor Sondernummer, «rana bovina» y «res porcina» añadiendo también que lo curtiría. Lo dijo con tales conocimientos de especialista que parecía que en toda la vida no hubiera hecho otra cosa que disecar animales de todo tipo.

Es interesante que los oficiales militares trataran de inculcar, al mismo tiempo, el amor por el idioma alemán y su divulgación entre los reclutas checos con métodos de lo más curioso, como cuando los nativos africanos se preparan para despellejar un antílope inocente o examinan los muslos de los misioneros que se van a zampar.

Lo dicho no concernía para nada a los alemanes. Cuando el instructor Sondernummer profería en alemán algo como «cuadrilla de cerdas», siempre añadía con loable celeridad «checas», probablemente para no ofender a los alemanes y para que tampoco se pudiera asociar con ellos mismos. Al hacerlo, los oficiales alemanes entornaban los ojos como un pobre perro que se traga con gula una seta bañada en aceite y se le atraganta en la tráquea.

Cuando el campamento de Bruck an der Leitha se preparaba para dar las buenas noches, Švejk escuchó por primera vez una conversación agradable entre el cabo Müller y el cabo Althof relativa al método a seguir en la instrucción de los reclutas. De la conversación le llamaron la atención expresiones como «un par de hostias». Švejk se alegró enseguida de que la unidad alemana hiciera aguas, pero se equivocaba. En realidad hablaban solo de los reclutas.

—Si uno de esos cerdos checos no aprende a ponerse más derecho que una vela ni con treinta «¡a tierra!» —explicaba el caporal Althof—, no basta con soltarle un par de hostias, mejor métele un buen puñetazo en la barriga, con la otra mano le calas el gorro hasta las orejas y le ordenas «¡media vuelta!». Cuando se gire le das una patada en el culo y ya verás como anda y qué gracia le hace al alférez Dauerling.

Švejk se estremeció en su cama al oír «Dauerling» porque lo que hasta el momento había escuchado de los reclutas más viejos sobre el oficial era algo parecido a lo que, estando a solas, se contarán las desamparadas abuelas de los rancheros de la frontera de México sobre algún célebre bandido.

Dauerling tenía fama de caníbal, de antropófago de las islas australianas que devoraba a los miembros de los otros pueblos que caían en sus garras. Su trayectoria vital era magnífica. Al poco de haber nacido, el aya se cayó cuando lo llevaba en brazos y el pequeño Konrád Dauerling se dio tal cabezazo que todavía entonces se apreciaba en su cráneo una especie de llanura como si un cometa se hubiera estrellado contra el polo norte. Todos tenían sus dudas sobre él; solo su padre, que era coronel, dijo que aquello no iba a suponer de ningún modo un impedimento, puesto que, como era obvio, Konrád se inclinaría también por la vocación militar.

Tras una terrible lucha con los cuatro primeros cursos de secundaria en clases particulares, durante las cuales uno de los maestros encaneció prematuramente y el segundo trató de saltar de la torre de San Esteban de Viena, el joven Dauerling llegó a la escuela de cadetes de Hainburgo. En esas escuelas nunca se dio importancia a la educación ni a la competencia, es algo que no conviene a la gran mayoría de oficiales austriacos en activo. Se consideró siempre que el ideal militar era jugar a soldaditos. La educación actúa como refinamiento del alma y lo que Austria necesitaba era un cuerpo de oficiales bien tosco, por lo que nunca tuvieron en cuenta el punto de vista de las ciencias.

El cadete Dauerling no destacó ni en las asignaturas que todos, mal que bien, dominan. También allí las secuelas del coscorrón sufrido a temprana edad se dejaron notar.

En los exámenes, sus respuestas mostraban siempre el mismo espíritu y se consideraban dignas de pasar a la historia por su profunda estupidez y por malinterpretar los enunciados hasta el punto que los profesores lo llamaban «nuestro valiente idiota». Su simpleza deslumbraba tanto que la mayor esperanza era que en un par de decenios entrara en la Academia Militar Teresiana.

Por desgracia estalló la guerra y nombraron alférez a todos los cadetes jovencitos de tercer curso, de manera que Dauerling se coló en la lista de ascendidos de Hainburgo y fue adscrito al 91º regimiento de infantería de Bruck an der Leitha… ¡para que echara una mano en la instrucción de las tropas!

Del manual marcial *Instrucción o educación*, Dauerling había leído tiempo atrás solo aquello de que con los soldados hay que tener mano dura: en la instrucción, cuanto más terror, tanto más éxito.

Y en su trabajo tenía éxito casi sin excepción. Los reclutas de los diversos pelotones se declaraban enfermos para no tener que escuchar sus bramidos, lo que sin embargo muy pronto dejó de funcionar. Al que decía estar enfermo, le caían tres días de intensivo, que es un invento del propio diablo. Significaba que lo apremiarían todo el día por el campo de entrenamiento como a los demás soldados y que después, por la noche, encima, lo encerrarían.

Así que en su compañía no había enfermos; los compañeros enfermos iban al calabozo.

Dauerling mantenía en el campo de entrenamiento un tono amistoso y espontáneo que empezaba con la palabra «cerda» y terminaba con un cruce algo estrafalario, «perro porcino».

Al mismo tiempo era muy liberal. Concedía a los soldados el derecho a decidir. Les decía:

—¿Qué quieres, elefante, que te rompa la nariz o tres días de intensivo?

Si alguien escogía el intensivo recibía además un par de golpes en el cartílago nasal.

—Tú, gallina —continuaba Dauerling—, ¿temes por tu nariz?

¿Qué harás entonces cuando se ponga en marcha la artillería pesada?

¿Se comportaba igual con los checos? Si alguien se preguntara esto, no podría sino admirar su candidez. Trataba de ese modo precisamente solo a los checos, que representaban el sesenta por ciento de su compañía.

Conocida es su cita pronunciada tras ponerle un ojo morado al recluta Houser:

—¡Bah! Para qué tanto cuento si igualmente los checos tienen que diñarla.

No dijo nada nuevo. En aquella oración cabía toda la política militar de Austria: aniquilar a los checos.

—Los checos tienen que palmarla de todos modos —dijo también el mariscal de campo Conrad von Hötzendorf a principios de enero de 1916 delante de la 8ª división de infantería de Innsbruck.

XI

El recurso favorito de Dauerling y el que causaba más impresión era convocar a menudo a los soldados checos a una reunión conjunta para exponerles la misión bélica de Austria. Durante la reunión, sin embargo, les explicaba con una pequeña pero minuciosa selección de detalles los principios generales de la administración del ejército desde la garrucha hasta la horca y los fusilamientos, así como también lo agradecido que debía estar el pueblo checo.

—Yo ya sé que sois unos canallas —empezaba siempre—, y que es necesario sacaros de la cabeza vuestra insensatez checa. Su Majestad, nuestro más misericordioso emperador y comandante en jefe, Francisco José I, solo habla en alemán, de lo que se desprende que el alemán es la lengua dominante. Si no fuera por el alemán, golfos, no podríais ni tiraros al suelo, pues *nieder* significará siempre *nieder*, aunque os hicieran pedacitos, pandilla de cazurros. Y no penséis que en el pasado esto fuera de otro modo. En Roma, en la época de mayor esplendor, existía el servicio militar obligatorio de los diecisiete a los sesenta, entonces los ciudadanos servían treinta años en el campo de batalla en lugar de revolcarse como cerdos en los campos de concentración. Ya entonces la lengua de las fuerzas armadas era el alemán y vuestro Žižka sin el alemán tampoco habría llegado a ninguna parte. Lo que aprendió, lo aprendió del reglamento de servicio alemán y de la instrucción de tiro alemana. Así que recordad que, si os machaco, es para que dejéis de hablar ese maldito

galimatías. Al que se atreva a responder en vuestro estúpido idioma, se le aplicará la garrucha y si alguien tuviera algo que objetar, a este se lo fusilará y colgará por deslealtad, pero antes le reviento la boca de oreja a oreja. Y ahora decidme, ¿por qué os decía todo esto?

La mirada de Dauerling sobrevoló los rostros estupefactos de los reclutas hasta detenerse en la cara de Švejk que, risueño como de costumbre cual inocente retoño de siete meses, miraba cómo más allá del patio de armas un caballo de la sección húngara de ametralladoras se inquietaba, con qué gracia una bandada de cornejas sobrevolaba la hermosa y vieja arboleda que llevaba a Királyhida y con qué apremio se apuraban las nubes blancas por el cielo azul.

—A ver ¿por qué os digo todo esto? ¿Por qué me esfuerzo? —bramó Dauerling delante de las narices de Švejk.

Este, estorbado de su ensoñación, se hallaba lejos de saber qué respuesta era la más conveniente. Se lamió varias veces la comisura de los labios con bochorno. Finalmente miró como un trozo de pan a Dauerling y pronunció en un tono conciliador, entregado:

—A sus órdenes, alférez, de todos modos los checos tienen que palmarla.

Dauerling se quedó plantado y boquiabierto enfrente de él. Los allí presentes veían que se les venía encima la de padre y muy señor mío así que el gallina de Říha le preguntó por lo bajini a Švejk:

—¿A dónde tengo que escribir?

Švejk miró otra vez cómo se les inquietaba el caballo a los soldados húngaros de las ametralladoras. Observaba la escena por encima del alférez, que era bajito. Aquella tranquilidad suya acabó de rematar a Dauerling.

—Mañana te presentarás a la comandancia con un informe —dijo con voz no tan violenta— y, de momento, ¡quedas arrestado!

El cabo Althof acompañó con gran complacencia a Švejk hasta la guardia para entregárselo al carcelero Reinelt, un viejo bonachón, que les traía cerveza y cigarrillos a los presos, claro que pagando ellos y en la siguiente proporción: ¿dinero para dos litros?, entonces un litro para el arrestado y un litro para Reinelt.

Por el camino el cabo Althof lo sermoneó. Švejk, ya plantado en el puesto de guardia, se divirtió todavía un buen rato recordando varios de los delitos y transgresiones que se había permitido en tan pocos segundos.

Althof le explicó que había cometido delitos de transgresión de la

subordinación, de insurrección, de irrespetuosidad, de omisión de las obligaciones del buen soldado, de alteración del orden y la disciplina y de absoluto desprecio por el código de conducta en el servicio, por lo que acabaría perdiendo el derecho al respeto de sus iguales y en compañía de una cuerda, por si continuaba por el mismo camino. Aderezó el discurso con toda una retahíla de términos populares de *Las fuentes de la prosperidad agrícola*.

El carcelero Reinelt le preguntó si tenía para cerveza. Como respondió que no, lo encerró en el cuartelillo, donde había ya un húngaro.

El compañero de celda lo llamó insistentemente «amigo mío» en húngaro, estrategia con la que trataba de sacarle cigarrillos.

El buen soldado Švejk se tumbó en el catre y se durmió con el sueño de los justos, con la confianza de que el hecho de estar en guerra explicaba que pasaran cosas tan extrañas y con la tranquilidad de que no se les puede plantar cara ni al destino ni a las órdenes. Si tenía que ir a la comandancia, pues con mucho gusto y afecto. Sobre este punto no había nada que rebatir, y mucho menos al buen soldado Švejk, que había aprendido que una orden era una entidad sagrada igual que aprendían los africanos cuando los misioneros los sometían a una descarga eléctrica y les decían que se trataba de Dios nuestro señor. Desde entonces, los negros creían en Dios tanto como Švejk en la fuerza de los mandatos.

Aquella noche Dauerling hizo balance de todo el día pues era una especie de segundo Tito y, si un día no encerraba a nadie en el calabozo o no mandaba a alguien con un informe a la comandancia, exclamaba como aquel: «¡He perdido un día!». Tras charlar con el cadete Biegler, su compañero más leal, llegó a la conclusión de que con Švejk se había excedido un poco porque aquello llegaría al mayor Wenzl.

Frente al mayor, Biegler y Dauerling temblaban del mismo modo que la tropa lo hacía bajo su mando.

El mayor Wenzl no era ninguna celebridad militar especial, pero temía los conflictos nacionalistas. Su esposa era checa y tiempo atrás, cuando todavía servía como comandante en Kutná Hora, salió una vez en los periódicos porque en el hotel Hašek, en plena borrachera, llamó «chusma checa» al camarero, y eso a pesar de que él mismo no hablaba ni en privado ni en público de otro modo que en checo.

En aquella época corrían tiempos tan idílicos que el caso llegó a interpelarse en el Congreso de los Diputados. Aunque la causa se acabó archivando, desde entonces el mayor temía cualquier manifestación pública. No hace falta decir que además de la interpelación, en casa tuvo que vérselas también con su mujer.

Ese buen hombre disfrutaba de lo lindo vejando y mortificando a los cadetes y alféreces jovenzuelos y abominaba que se molestara a un superior por minucias. Si se hacía, que fuera por algo grande, como cuando, por ejemplo, en České Budějovice uno fumó junto a los almacenes de pólvora, u otro que de noche se subió al muro de los cuarteles de Mariánské Lázně y se quedó dormido allí arriba entre el cielo y la tierra, o la vez que en el campo de tiro uno disparó a propósito contra un soporte en lugar de a la diana, o uno que llegando tarde dejó que unos delincuentes desconocidos se le llevaran las botas del erario, o el que se fue de juerga dos días con la guardia que lo había arrestado la noche anterior por no tener permiso y acabó pagando la cuenta de todos, u otro que antes del desfile militar no le había sacado brillo a un botón, y similares.

En estos casos se ponía la máscara de tirano de Siracusa, pero de otro modo prefería cargar «una trivialidad aquí y allá», como decía, sobre las espaldas de los oficiales más jóvenes.

¡Y qué bien se le daba desarmar a los cadetes! Con mis propios ojos vi cómo, durante la charla que mantuvieron, el cadete Biegler se echó a llorar y cómo el mayor Wenzl dándole palmaditas en el hombro le decía:

—Cálmese, váyase tranquilo a casa con su mamá y que le dé una cucharadita de sal inglesa, se la bebe con un vasito de agua y verá qué bien le sienta. Le sacará de la cabeza la idea de mandar por nimiedades a la gente arriba y abajo con informes.

Eso explica la decisión que Dauerling tomó a la mañana siguiente. Hizo llamar al cabo Althof y le dijo:

—El maldito Švejk no irá a ninguna parte. Suéltelo inmediatamente. ¿Que cómo? ¡No tengo por qué darle explicaciones, cacho burro! Y ahora ¡retírese!

Cuando Althof fue con el documento a la oficina del puesto de guardia para sacar a Švejk a la luz divina, este declaró que estaba legítimamente arrestado hasta que lo presentaran frente al mayor y que no podía irse ni asistir a la instrucción del día.

Althof y el carcelero lo arrancaron sin problemas del puesto de guardia y una vez afuera el cabo informó a Švejk que tenía mucho que agradecer a la bondad de Dauerling: quedaba en libertad y ya no hacía falta que se presentara en la comandancia.

Švejk lo miró con sus cándidos ojos azules.

—Ya es bonito ya, pero yo iré de todos modos con mi informe a ver al mayor. Sé qué es lo correcto y lo que corresponde a un buen soldado. Por eso soy soldado, ¿no? Para que me manden frente a mis superiores. Es una orden y hay que cumplirla. Si hoy el señor alférez se lo ha repensado y quiere hacer la vista gorda, lo siento pero las cosas no funcionan así. Yo soy soldado y si he hecho algo mal, se me tiene que penalizar.

El instructor Sondernummer le anunció esta vez ya categóricamente que no iría a ninguna parte puesto que así lo deseaba el señor alférez.

Se repitió la conmovedora mirada de los ojos azules del buen soldado.

—Señor instructor —respondió con dignidad Švejk—, a mí se me ordenó ayer que debía presentarme con un informe frente al mayor y eso es lo que haré. Tengo que hacerlo, pues soy un soldado. No hay nada que pueda impedírmelo ni detenerme, conozco mis obligaciones.

Sondernummer no daba crédito a lo que veía: la expresión helada del rostro de Švejk, aquella santa paz, aquella entrega y al mismo tiempo la espiritualidad que solo puede observarse en las imágenes de los mártires de las iglesias.

Así miraba san Lorenzo tan tranquilo a ver si el aceite en el que iban a freírlo estaba ya bien calentito, y con la misma serenidad mira solo Santa Catalina en el templo votivo de Jihlava, cuya imagen representa cómo le arrancan la dentadura, o el pobre cristiano de otra imagen sobre el que está sentado un tigre parecido a un gato de angora goloso y al que rodean los espectadores paganos del circo romano.

El instructor Sondermummer fue con la respuesta de Švejk al despacho de la 11ª compañía para entregársela a Dauerling, quien redactaba un mandato relativo al orden durante la hora del rancho sudando la gota gorda con los giros estilísticos. Precisamente estaba dando vueltas a la idea de escribir al final que la tropa no pensara que «rancho» significaba rancho del lejano oeste, de donde por otro lado

parecían haber salido todos, cuando llegó Sondernummer a anunciar que Švejk rechazaba su generosidad e insistía en presentarse con el informe a la comandancia.

Enfrente de Dauerling surgió el retrato del mayor Wenzl.

—¡Llamadlo! —bramó. Y en un espejito de bolsillo se aseguró de que ponía cara de máxima severidad.

El buen soldado Švejk entró tan pancho como si hubiera ido al despacho a buscar unas botas nuevas.

—Con permiso —empezó irónicamente Dauerling—, he oído que está decidido a presentarse frente a los superiores.

Pero no fue capaz de continuar en aquel tono. Abrió los ojos como platos y cogiéndolo por los botones de la camisa volvió al estilo habitual de sus conversaciones con la tropa:

—Tú, pata de elefante y tiburón, en mi vida he visto una alimaña igual, me oyes, animal, yo te enseñaré a ir con un informe a ver los superiores. Te meteré en el calabozo, te voy a despedazar, lombriz, para que sepas lo que es ir a ver a los superiores. Dime que me equivoco, maldito, di «¡A sus órdenes, no me presentaré en la comandancia, no tengo ninguna intención de hacerlo!».

Mientras gritaba todo esto agitaba el puño en las narices de Švejk como si participara en un torneo regular de boxeo.

Mas el buen soldado Švejk no perdió el ánimo. Permaneció firme ante tan dura prueba.

—¡A sus órdenes, señor alférez, me presentaré en la comandancia!

—Le advierto, Švejk, que si sigue en sus trece acabará muy mal. Está violando el principio de subordinación y le recuerdo que estamos en guerra.

—A sus órdenes, señor alférez, sé que estamos en guerra y si he violado el principio de subordinación, que los superiores me castiguen como merezco. Como soldado que soy acepto las sanciones de mis superiores.

—¡Švejk, pedazo de animal, usted no irá a ninguna parte!

Pero el buen soldado Švejk, meneando la cabeza y lleno de

entusiasmo, fe, y santa vehemencia, repitió:

—A sus órdenes, alférez, me presentaré a la comandancia obedeciendo la orden de ayer.

Dauerling, agotado, se sentó en el camastro del instructor y contable Wagner y, desesperanzado, profirió a media voz:

—Sondernummer, hágale entrar en razón. Se lo pagaré con cerveza.

El instructor Sondernummer se dispuso a convencer a Švejk. Sus palabras habrían doblegado a una piedra. Empezó diciendo que Švejk debía tomar consciencia de su situación y de la necesidad de subordinarse. Rebelándose no conseguiría nada, solo causaría más violencia. Tenía que considerar bien las consecuencias de su comportamiento. No pudo aguantarse y entretanto lo llamó cerdo pero, consciente de que estaba negociando, enseguida le dio unas palmaditas en el hombro a la vez que añadía:

—Pero si usted es un buen hombre.

Bajo los galones de instructor, Sondernummer llevaba escondido un verdadero talento de predicador. Si de vez en cuando hablara de aquel modo con la tropa, los hombres se golpearían el pecho estremecidos por el llanto, pero el buen soldado Švejk resistió la sarta de frases hermosas y salió invicto, sereno e impasible de aquella tentación retórica.

—¡A sus órdenes, señor alférez! Me presentaré a la comandancia.

Dauerling se levantó de un salto del camastro y empezó a correr por el pequeño despacho. Parecía que bailara, si bien con algo menos de gracia que Salomé cuando ansiaba la cabeza de San Juan, pero bailaba. Tal vez aquello fuera una representación inconsciente del estar fuera de sí.

Finalmente, se detuvo, espiró con pesadez, pestañeó como si quisiera atrapar al vuelo una ocurrencia redentora, miró a Švejk y dijo con voz decidida:

—No se presentará a la comandancia, Švejk. No puede hacerlo porque allí no tiene nada que hacer. Usted ya no pertenece en absoluto a la tropa porque desde ahora es mi asistente.

Dauerling se secó el sudor de la frente.

—¡A sus órdenes, señor alférez! —dijo Švejk pasado un ratito en el que rápidamente puso orden en su cabeza—. No iré a ninguna parte, puesto que desde ahora soy su asistente y no pertenezco a la tropa.

Estaba claro como el agua que un asistente no podía presentarse con un informe a la comandancia. Švejk no conocía ningún caso similar y tampoco nada parecido había sucedido desde los inicios mismos del ejército austriaco.

Tampoco preguntó qué haría el hasta entonces sirviente de Dauerling, Kreibich, que fue inmediatamente alistado a la tropa. Volvía a tratarse de una orden y Švejk la acató con serenidad y obediencia marcial.

Mas pronto estuvo al corriente de cómo se tomó el asunto Kreibich. Cuando lo informaron de que se le acababa el chollo, Kreibich dio saltos de alegría y en la cantina compró cincuenta puros para Švejk y lo invitó a tomar vino en la principesca bodega subterránea de Harrach de Királyhida. Al separase, Kreibich se echó a llorar, lo llamó «mi salvador» y le recomendó pegarse un tiro.

Así que Švejk empezó como asistente de Dauerling en circunstancias extraordinarias. Los hechos muestran el destacado papel que los asistentes de los oficiales austriacos han jugado en la historia de la monarquía en general y muy especialmente en los tiempos de debilidad, cuando la vieja máxima austriaca *divide et impera* empezaba poco a poco a hacer efectiva su primera parte, es decir, la división de Austria.

XII

El boletín militar vienés de Streffleur publicó el libro *Obligaciones del servicio de los oficiales imperiales y reales*. No sé qué otro libro podría causarme mayor y más claro regocijo que este escrito por un comandante austriaco justo de verdad. Es un libro que me llena de alegría. El pensador austriaco se acerca en él al ideal del buen asistente, si bien tomando distancia y considerando las condiciones reales de su tarea. Pongo énfasis en el hecho de que, pese a algunos pasajes puramente evangelizadores, en general no habla un mero idealista delirante sino un estricto comandante austriaco al que, al parecer, una vez el asistente engulló media ración de panceta con guisantes cuando se la traía de la cocina de oficiales. Se aprecia, no obstante, la lucidez del hombre que se hace cargo de las circunstancias. Son palabras fuertes y varoniles con las que deja clara

su convicción en la influencia real que ejercerá su expresión.

En sí mismo, el intercambio de ideas no está falto de provecho y alumbra con extraordinaria claridad la contribución de los asistentes de los oficiales en una labor eficaz en beneficio de las llamadas «potencias centrales», como oficialmente se autodenominaban los turcos, los alemanes, los austriacos y los búlgaros.

El asistente de oficial aparece en él descrito como un individuo estrechamente vinculado a la suerte de su señor, que atiende todos sus quehaceres por pequeños que sean, como, por ejemplo, buscar piojos en la camisa cuando están en el frente o entregar cartas amorosas cuando se hallan en la retaguardia.

El conjunto da una sensación como de diez mandamientos, empezando por el lustrado del calzado y llegando a meterle en la cabeza a uno que un ciudadano austriaco no debe ser goloso, no debe fumarse los cigarrillos de su señor ni servirse de sus provisiones y que por nada del mundo debe tomar sus bienes como algo común.

Este abismo social en la relación siempre tan estrecha entre el asistente y su señor está descrito con gracia y acierto.

El libro viene a ser, pues, una especie de vademécum para los asistentes de los oficiales donde encontrarán todo lo que tienen que hacer y que tal vez por sí solos no se les ocurriría.

Aunque en la vida real las cosas son un poco distintas. En Austria el asistente de oficial fue siempre apreciado y valorado por parte de los hombres de las tropas de la compañía, por lo que coloquialmente lo llamaban «criadito», «mozuelo», «lacayo» y cosas así.

A él se dirigían, con los asuntos íntimos del oficio, todos los rangos sin distinción, desde el cabo hasta el instructor contable de la tropa, además de individuos que, frente a los peligros de la guerra, ansiaban ponerse a cubierto detrás de las calderas de la cocina de campaña, de la intendencia y de otras instalaciones salvadoras. Mantener amistad con el asistente de un oficial significaba tener contactos. Por lo general del pecho de los criaditos, mozuelos y lacayos colgaban a modo de adorno medallas al valor conquistadas en el campo de batalla al cambiar a sus señores y ponerles ropa interior limpia en un cobijo seguro bajo el estruendo atronador de los cañones y el estallido de granadas.

Por supuesto estaban regordetes. En el campo se zampaban las provisiones a cuerpo de rey y sin problemas, mientras que a los

compañeros se los ataba por comerse una lata, y recibían su ración de la cocina de los oficiales mientras la tropa pasaba hambre unos cuantos pasos más allá en las trincheras.

Eran groseros, rudos, estaban por encima de los demás, buenos solo para ser carne de cañón y de las balas. Fumaban cigarrillos de las provisiones de sus señores, no trabajaban en las trincheras y, con el equipaje de los oficiales, se resguardaban en los búnkeres a cierta distancia del peligro de primera línea. Pero en muchos casos todo eso era solo fachada, una triste fama pues al mismo tiempo ejercían de pararrayos en el que recaían todos los reveses sufridos, toda la mala suerte y los malentendidos de sus señores. Y aquí intervienen ya los personajes históricos que conformaron a este curioso grupo.

El general Potiorek zurraba de lo lindo a su asistente cada vez que el ejército austriaco retrocedía. Cuando en Kragujevac los austriacos recibieron una buena paliza, el general le arrancó los dos dientes de delante. Al entrar en Belgrado, con la euforia, hizo que se los pusieran postizos pero se los extrajo de nuevo junto con otro sano, cuando los austriacos tuvieron que huir de la ciudad.

Dentro de muchos años, el asistente de Potiorek mirará un día los campos de batalla de Serbia y todos los lugares de las derrotas austriacas y, presionándose la mejilla con la palma de la mano, les dirá a sus nietos:

—Aquí me cayeron dos, aquí recibí una pero de las buenas, aquí tres, aquí me dio una patada.

Aparte de los señores de la talla del general Potiorek, los oficiales austriacos menores también encontraban siempre motivos para martirizar a sus asistentes.

Cada vez que el mayor Wenzl reprendía a Dauerling, este lo pagaba con el asistente Kreibich, que llegó a hacer de pararrayos también en los asuntos personales. Una derrota a las cartas, un bistec seco, un préstamo malogrado y otros contratiempos menores bastaban para hacer de Kreibich un mártir. Mas el buen soldado Švejk pensó en lo que su antaño señor, el capellán castrense de la guarnición de Trento Augustin Kleinschrodt, le decía a fin de inculcarle un respeto infinito hacia los superiores en la época en que lo asistía.

—Tú, mentecato, tú vas a escuchar y a callar porque si nosotros somos jefes militares es por la gracia de Dios.

La primera vez que limpió las botas de Dauerling las cogió en las

manos con terror sacro. Dauerling le parecía un intermediario entre él y Dios nuestro señor. Tenía esa misma sensación inexplicable de pavor sagrado que sufrían los antiguos indios que veneraban las boas por orden de sus sacerdotes caciques.

Se acordó también de las palabras que el capellán castrense Kleinschrodt le había dedicado en otra ocasión.

—Tú, mentecato, tú vas a obedecer porque en el cuerpo militar debe imperar la rigidez.

Aquello revestía a Švejk de santidad y ennoblecía sus actos, cosa que las maldiciones de Dauerling trataban inútilmente de derribar. Al contrario, los reniegos de su señor guiaban al buen soldado por las sendas del misticismo. El primer día que Švejk trajo el almuerzo, sirvió la sopa con tal cara de iluminación y espiritualidad que Dauerling dejó de comer y dijo:

—Claro, ya que estás, también te la podrías comer.

—A sus órdenes, señor alférez —respondió Švejk con mansedumbre. Iba unida a tal resignación frente al destino que Dauerling empezó a comer a toda prisa y con glotonería, como la gata que está junto al platito y ve que se acerca el gato voraz.

Tras la comida llegó el cadete Biegler y se dispuso a beber coñac con Dauerling al tiempo que hacía política: como los alemanes habían fundado Austria, había que poner la cultura alemana delante de las narices de las otras naciones de la monarquía.

Švejk sirvió el coñac, puntal importante de la psicología política alemana. Luego, Dauerling escribió una carta y se la entregó a Švejk con la orden de entregarla al remitente pasara lo que pasara y de esperar contestación. La dirección rezaba: Királyhida, Pozsony utca 13, Etelka Kákonyi.

Švejk fue. Si le hubieran ordenado ir al fin del mundo, se habría ido con la misma tranquilidad de espíritu y una vez allí habría esperado igualmente su contestación.

Sin embargo, quedaba bastante más cerca. En Bruck se cruzaba el Leitha y uno se hallaba ya en Hungría detrás de las columnas rojas, verdes y blancas. Si bien hasta allí llegaba el tufo de las grandes fábricas imperiales de conservas de Bruck an der Leitha, que hacía presentir a los húngaros que al otro lado del río algo andaba pudriéndose, se mezclaba con la peste de los cerdos húngaros a los

que se empujaba detrás del ferrocarril a unos corrales y de allí se los transportaba al frente junto a soldados de infantería, húsares y húsares rojos.

Királyhida era además una ciudad polvorienta. Sus habitantes no sabían si eran alemanes o húngaros. Las muchachas de la ciudad se dedicaban a flirtear con los oficiales del campamento militar del Bruck. Como en toda Hungría, la prostitución florecía también allí. Había tan solo dos monumentos: los vestigios de una refinería de azúcar y la casa de trato *La mazorca de maíz* a la que, durante las grandes maniobras militares de 1908, el archiduque Esteban rindió honores con su visita. Švejk encontró bastante bien la calle Pozsony número 13. En el pasillo, una sirvienta húngara le pellizcó la mejilla indicándole que la señora Etelka Kákonyi vivía en la primera planta. Švejk entró en el piso. Me sirvo a propósito de un estilo enjuto para ilustrar que el buen soldado actuó con decisión.

Entregó la carta. La señorita que cogió la carta era regordeta y de ojos negros y sonrió graciosamente a Švejk que permaneció de pie, bien derecho, tranquilo y prudente.

Se abrió la puerta y entró un señor. Miró de arriba abajo y con severidad a Švejk, cogió la carta de las manos de la asustada señora y empezó a leerla él mismo. Silabeaba muy alto porque el alemán se le resistía un poco. Después habló en húngaro, con lo que parecía que insultara, y preguntó de dónde era Švejk. Al oír que Švejk era checo hizo varias muecas, puso las manos en alto y en un alemán macarrónico soltó que había que hacer orden, que no podía ser que los austriacos pensaran que si tenía una esposa era para que cada oficial austriaco tuviera una cita con ella en el parque del conde Harrach, «paraíso de los borrachos». Manifestó a grito limpio que los húngaros estaban ya hasta la coronilla: se habían llevado todo el maíz a Viena, se les habían comido las piaras y le habían vaciado de bellotas los bosques de los montes de Bakon para hacer café.

Soltó todavía muchas más lindezas sobre las relaciones mutuas entre Transleitania y Cisleitania y habló y habló. La señorita regordeta entretanto sonreía y de vez en cuando murmuraba algo en húngaro.

Švejk esperó. Pasada media hora, una vez que el señor Kákonyi dejó de hablar para coger aliento, aprovechó para decir con vehemencia:

—¡Tengo la orden de traer contestación!

Bien, pues el señor Kákonyi continuó. Volvió a analizar lo que significaba la monarquía dual entre húngaros y austriacos, maldijo la madre de Švejk y la de Dauerling, dijo «Ya me los conozco ya a sus austriacos» y prosiguió con el tema. Al que fuera detrás de su mujer, lo tiraría escaleras abajo.

Švejk, consciente de que tenía una orden de su superior militar, respondió dignamente:

—¡Tengo la orden de traer contestación!

El señor Kákonyi pasó a la acción. Se valió de un agarre no permitido en los combates de lucha libre que provoca tanto la intervención del árbitro como un enorme griterío y pitidos en las gradas: es decir, cogió a Švejk por el cuello. Era más alto y a primera vista más fuerte así que logró empujarlo escaleras abajo y de allí a la calle.

Pero una vez fuera la situación cambió. Justo pasaban dos soldados del 91º regimiento de infantería que presenciaron como un civil oprimía a un compañero. Oyeron además que Švejk decía en checo «¿Qué empujas? ¿A quién empujas?» y, como eran checos, de repente la situación estuvo clara: un civil húngaro zurraba a un compatriota.

Atacaron a Kákonyi por los dos lados, lo pegaron a un escaparate y se pusieron manos a la obra como cuando un cardador trata de lavar y batir la grasa de la lana de las ovejas.

No es de extrañar que tan interesante escena llamara la atención de los transeúntes. Un húngaro que se acercó recibió, cortesía de uno de los soldados, un puñetazo en la nariz. El escaparate pasó a mejor vida, se lo llevó por delante el señor Kákonyi cayendo por un momento sobre distintos artículos de papelería y, mientras que los espectadores aumentaban y civiles y soldados se enzarzaban en una batalla campal, el señor Kákonyi atravesó a toda prisa la tienda, corrió al patio y saltó la cerca de detrás. En la valla le quedó un trozo de abrigo ondeando al viento como si se despidiera de él.

Entretanto alguien corrió a llamar al campamento militar del Bruck para que enviaran a la unidad de emergencia. Los húngaros sufrieron la derrota definitiva antes de que esta llegara y eso que los habían ayudado unos cuantos húsares que, todo hay que decirlo, se esfumaron en el momento más crítico. Los civiles se habían ido dispersando y los vencedores se habían retirado ya, de manera que la

unidad de emergencia solo encontró el rastro de la pelea: sombreros esparcidos por el suelo, botones descosidos y trocitos de cristal del escaparate reventado. Por el camino trasero y a través del terraplén de las vías, el buen soldado Švejk se dirigía al barracón de los oficiales del campamento con la cabeza bien alta.

En la mano sujetaba el cuello de la camisa del señor Kákonyi. Fue al encuentro de Dauerling, hizo el saludo militar y dijo:

—¡A sus órdenes, señor alférez! Entregué la carta y aquí tiene la contestación.

Dejó sobre la mesa el cuello de la camisa del señor Kákonyi desgarrado por la parte del agujerito del botón, de modo que ya a simple vista quedaba bien claro que, fuera quien fuera su dueño, no lo había entregado a voluntad. Švejk expuso objetivamente todo lo ocurrido como aquel que se halla en su pleno derecho.

—A sus órdenes, señor alférez, no he esperado a la unidad de emergencia.

Dauerling reflexionó un momento y dijo:

—Švejk, animal, ya la has vuelto a liar.

—Actué bajo sus órdenes, alférez.

Dauerling se sentó en la cama. Ante sus ojos apareció el mayor Wenzl, los oficiales generales, los comandantes y Dios sabe quién más.

—Sé que esto acabará en escándalo —dijo Dauerling meneando la cabeza con angustia—. No tengo palabras para reprenderte.

—A sus órdenes, cumplí con mi obligación.

Al cabo de tres días, en el *Pesti Hírlap* apareció la siguiente noticia:

ESTRAGOS DE LOS SOLDADOS CHECOS EN HUNGRÍA.

Los húngaros ya sabíamos que los checos pretenden acabar con nosotros y que, en tiempos tan críticos para la corona, cometen actos de traición no solo en Chequia sino también en el frente. Los checos consideran a los húngaros sus peores enemigos y, cuando transfieren los

regimientos checos a Hungría, la población queda expuesta a sus estragos. Nos llegan noticias de un desmán de los soldados checos en Királyhida, donde apalearon a numerosos ciudadanos húngaros y destrozaron varios escaparates de la ciudad. El alférez Dauerling, conocido chovinista checo que, en los momentos más difíciles para la monarquía austrohúngara, en lugar de combatir en el frente incita sistemáticamente contra los húngaros y en los ratos libres se dedica a seducir señoras casadas del distrito de Királyhida, instigó a los soldados checos contra los húngaros. Talpra a Magyar! *¡Levantaos húngaros! En esta gigantesca lucha contra los checos nos mantendremos en estrecha y sincera fraternidad, sin temer el sacrificio. Esperamos que la administración militar competente investigue el asunto como es debido y que los culpables reciban una pena severa para que de una vez se les pasen las ganas de mortificar a la inocente población húngara*. Talpra a Magyar!

El mismo día el *Diario de Sopron* publicó el siguiente artículo:

Los traidores de los checos empiezan a desenmascararse. Las noticias que nos llegan de Királyhida son la mejor prueba de que los checos de la guarnición trasladada al cercano campamento del Bruck tienen la intención de exterminar a la población húngara. Lo que empezó como una aventura corriente por la que un ciudadano de Királyhida, amenazado en sus derechos conyugales, les paró los pies a los soldados checos del regimiento, acabó con el ataque de estos sobre la población indefensa. Esta pluma se resiste a describir las violaciones perpetradas, actos bárbaros sin una sombra de santidad. Los checos saquearon la ciudad y se fueron. Nos comunican que al frente de toda la operación se halla un conocido propagador paneslavista, el oficial Dauerling. La población húngara de Királyhida está dispuesta a ir a la una para frustrar los intentos de los checos de poner trabas al desarrollo libre de la ciudad. Los checos son aquí los únicos responsables de todo. Nosotros, húngaros, exclamamos con el poeta Petőfi: «Esta es nuestra patria, esta es nuestra tierra» y los checos traidores aquí no tienen nada que hacer.

El *Pozsonyi Napló* escribía:

Tragedia en Királyhida (noticia telegrafiada). Anteayer una compañía de reclutas checos, 91º regimiento de infantería del campamento militar de Bruck an der Leitha, bajo el mando de un conocido propagador del acercamiento entre checos y eslovacos, irrumpió cantando el himno «Hej, Slované» en la ciudad húngara fronteriza de Királyhida y causó derramamiento de sangre en calle Pozsony. Bandidos checos se llevaron género de la papelería del señor Gyuly Kákonyi, al que clavaron bayonetas. La esposa del dueño de la tienda, que acudió corriendo, fue también atacada en el lugar así como la criatura de dos años del

desgraciado matrimonio. Húsares impelieron checos a la fuga. Campamento rodeado por el ejército.

Dos días después de que salieran estas monadas, Dauerling volvía de la oficina del regimiento a casa muy abatido. Llevaba en las manos los ejemplares del *Pesti Hírlap*, del *Diario de Sopron* y del *Pozsony Napló* y la traducción de tan interesantes artículos facilitada en la oficina de las «brigadas verdes».

Parecía un hombre que fuera a despedirse de este mundo, dispuesto a condonarlo todo y a suplicar el perdón de los demás. Mostró las tres hojas a Švejk agitándolas al aire y balbuceó:

—¡Estoy perdido!

Se dejó caer en la cama mas enseguida se incorporó, miró con desconcierto a su alrededor y volvió a salir del barracón. En la puerta susurró una vez más:

—Estoy perdido.

El asunto era de veras muy triste. A la comandancia del regimiento llegó, de la brigada, un sólido informe con anexos sobre los terribles sucesos de Királyhida. El mayor Wenzl, que investigaba el caso, se pasó toda la tarde interrogando a Dauerling, comentó algo de enviarlo con un batallón de repuesto al frente y le impuso la pena de arresto. Al atardecer fue a examinar el lugar de los hechos y, cuando volvió al cuartel, dijo que no se podía negar que la señora Kákonyi era una dama muy hermosa y que se merecía algo más que ese par de burros, es decir, que el marido y Dauerling.

Aquello permitía inferir que la situación de Dauerling empezaba a mejorar. Al día siguiente el alférez ya había recuperado el humor: puso como un trapo a Švejk y le lanzó una bota.

Al cabo de tres días, en el *Pesti Hírlap*, el *Diario de Sopron* y el *Pozsony Napló* apareció el siguiente informe oficial de la comandancia del 91º regimiento de infantería:

La comandancia del 91º regimiento de infantería Imperial y Real, antes en České Budějovice, actualmente en Bruck an der Leitha, desmiente que los miembros de dicho regimiento perturbaran el orden en Királyhida bajo el mando del alférez Dauerling.

Es todo una pura invención de un canalla y se tomarán medidas judiciales contra los propagadores y autores del falso informe. La verdad es

que un civil dispensó un trato ultrajante al asistente de un oficial y que, con derecho, fue penado al instante por su comportamiento, es decir, por haberse lanzado contra un miembro de nuestro valiente ejército con ruda violencia.

Comandante del 97º

regimiento de infantería Imperial y Real,

Coronel Schlager.

Simultáneamente apareció en los mismos periódicos un comunicado que el cadete Biegler estilizó para Dauerling.

El comunicado rezaba:

No es verdad que yo, Dauerling, alférez del 91º regimiento de infantería Imperial y Real sea un nacionalista checo y un conocido agitador paneslavista sino que la verdad es que siempre me he sentido únicamente alemán y que, como alemán, he procedido siempre.

Y por eso ya de buen humor le dijo aquel día a Švejk:

—Escuche, Švejk, es usted un cerdo sinvergüenza checo.

XIII

—Escuche, Švejk, ¿no sabe de ningún perro? —preguntó una mañana Dauerling revolcándose con pereza en la cama del campamento.

Švejk se puso en posición de firmes y guardó silencio. Como la palabra «perro» salía muy a menudo de la boca de Dauerling, creyó que se trataba de una nueva forma de insulto acabada de salir del horno.

Dauerling empezó a ponerse nervioso:

—¿De verdad no sabe de ningún perro bonito? Quiero tener un perro —repitió con el tono zalamero del niño pequeño que ansía un juguete nuevo.

—¡A sus órdenes! Por aquí corren muchos perros, grandes y pequeños —respondió Švejk—. No hace mucho dos perros carniceros atacaron la cocina de la 5ª compañía.

—No me refiero a perros de esos, me gustaría uno bonito: un *fox terrier* o un *bulldog*. Sí, quiero un perro bonito. Búsqueme uno.

Švejk saludó y desapareció. Se fue a la ciudad. Por el camino encontró muchos perros bonitos a los que habló en checo y en alemán y, aunque los tentó con carantoñas, ninguno se mostró dispuesto a acompañarlo.

Al otro lado del puente que cruzaba el Leitha, vino a su encuentro un perro enjuto con el hocico peludo, tan feo que los demás perros que merodeaban junto al puente y alrededor de las fábricas de conservas lo evitaban. Fue el primer logro de Švejk. El perro lo siguió hasta el otro lado del puente. Sin embargo, tras cruzar el río, el tufillo que salía de la cocina de un restaurante lo agarró por los orificios nasales y lo arrastró hacia ella. Tuvo que salir por patas con un terrible chillido y cojeando. Se perdió en un callejón cerca del río.

Švejk volvía a estar solo. Llegó al paseo. Vio de nuevo muchos ejemplares de perro bonitos pero la mayoría iban atados y, cuando no, miraban con desdén su «¡Ven aquí!» y continuaban fielmente junto a sus dueños.

Švejk entró en el restaurante *La flor azul*, se sentó en la barra, se hizo servir una cerveza (entonces en Austria todavía había cerveza) y entabló conversación con un soldado que llevaba en la manga el brazal rojo con el que cantaba a los cuatro vientos que era miembro del cuerpo de élite del ejército austriaco, es decir, asistente de oficial.

El colega de Švejk era húngaro y llevaba ya unos vasitos de licor de ciruelas, así que estaba de buenas, de un humor universal. Hablaba con Švejk una mezcla de húngaro, alemán, eslovaco y croata.

Švejk le confió su cometido y se quejó de no saber de dónde sacarlo.

—Lo tendrás que robar —le soltó con decisión el húngaro—, de otro modo te quedarás sin perro. Ve al barrio señorial de la carretera que va a Wiener Neustadt. Allí los jardines están llenos de perros.

A Švejk le pareció que el húngaro tenía toda la razón del mundo. Por los verdes jardines del bello barrio señorial, habitado por oficiales superiores y suministradores de material bélico, corrían perros de los tipos más variados.

Švejk encontró en una villa un bóxer grande y le acarició la cabeza. El bóxer lo miró, lo olfateó y, meneando con gesto amistoso el

resto de rabo cortado, lo acompañó camino del río hasta el parque.

Švejk le hablaba en checo y en alemán y el bóxer, como si comprendiera, correteaba a su lado, se alejaba un poco, volvía y ponía cara de tan buenos amigos que al llegar al frondoso parque, entre los matorrales, se procedió al acto.

Jurídicamente a esto se le llama «sustracción», en la práctica se efectuó de la siguiente forma: Švejk se sacó el cinturón y se lo puso alrededor del cuello, el bóxer se resistió, entornó los ojos como una fiera, Švejk tensó el cinturón, el bóxer sacó la lengua y se dijo que, frente al estrangulamiento, no le quedaba más remedio que seguir con la mayor ligereza posible a Švejk.

A ratos lanzaba una mirada triste hacia atrás, al barrio señorial, donde quedaba su juventud y miraba a Švejk con reproche, como queriendo decir: «¿Adónde me llevas? ¿Qué es lo que pretendes de mí? ¿Acaso quieres comerme?»

Švejk hablaba con él con amabilidad y dulzura. Le prometió el oro y el moro: que si costillas de la cocina, que si huesos…

Así que lo arrastró hasta Dauerling, al que se le iluminó la cara. El aspecto desconsolado del bóxer no le molestó en absoluto. Preguntó cómo se llamaba. Švejk se encogió de hombros:

—Por el camino yo lo he llamado Balabán.

—Tú, cacho burro, a un perro así hay que ponerle un nombre distinguido. Esperaremos a que venga Biegler, este sí que es listo, algo se le ocurrirá.

Cuando llegó Biegler, Dauerling le mostró el perro que yacía tristemente en la cama y gimoteaba de pena en su nueva servidumbre. Dauerling estuvo a punto de darle una patada pero Biegler observó que no era ningún soldado y que, de todos los animales, en lo que se refería a las cualidades espirituales, el perro ocupaba el nivel superior, para que el hombre hiciera de él su amigo.

Biegler aprovechó la ocasión y soltó una charla con la que describió las cualidades de los perros insistiendo, repetidamente y con mucho énfasis, en que no se podía tratar a los perros como a los soldados de infantería austriacos. El perro se merecía ser respetado y querido, el perro nunca pecaría contra el reglamento. Por desgracia, había mucha gente que maltrataba y zurraba a los perros por chorradas y luego ni ellos mismos sabrían decir por qué la habían

tomado con el pobre animal.

—¿Por qué crees, Švejk, que lo hacen?

Švejk se lo pensó un buen rato hasta que al fin respondió:

—Pues porque el bicho no se merecerá otra cosa que una paliza.

Se le tiraron los dos encima, le echaron tal bronca que el bóxer empezó a gruñirle. Švejk por ello rectificó y llamó «monada de cachorrito, guapetón, chiquitín» a aquella bestia de bóxer adulto.

Al final Biegler propuso ponerle el nombre de Billy, contra lo que Dauerling protestó por ser un nombre inglés, puesto que si en aquellos tiempos no podía ni pedirse un bistec en el restaurante por su nombre inglés, su perro tampoco podía llamarse Billy. Sería mejor bautizarlo Hindenburg. Aquello consiguió sacar a Biegler de sus casillas. Lo calificó de agravio monumental a los alemanes y bramó:

—¡Retráctate!

Así que Dauerling manifestó que sabía que era un estúpido y que se le había escapado sin querer de lo tonto que era. Siguió todavía un largo debate sobre cómo debía llamarse. Al final resolvieron ponerle un nombre neutral, de entre los que Zanzíbar fue el que más les gustó.

Biegler también observó que habría que bañar al perro porque como Švejk lo había traído arrastras, iba de barro hasta las orejas.

—Vendré a buscar el perro dentro de una hora, voy a comprarle un collar y una correa —dijo Dauerling.

Mas volvió de inmediato:

—Nada de enseñarle checo —dijo con preocupación—. Después no entendería ni el alemán ni el checo, se le mezclarían…

Lleno de temor porque el perro olvidara el alemán, se fue. Švejk cepilló entonces al perro hasta sacar brillo a su corto pelaje. Era más bien atigrado y amarillento de modo que parecía la bandera de Austria descolorida. Al parecer, tiempo atrás se había peleado en algún lugar con otros perros porque tenía una señal en la cabeza que le confería un aire de estudiante rebelde.

Dauerling le trajo un bonito collar en el que había hecho grabar «Por el emperador y la patria». Eran grandes tiempos y las máximas

patrióticas empapaban incluso los collares.

—Zanzíbar —dijo Dauerling fijando la correa en el collar del perro—, tienes que acostumbrarte a tu nuevo dueño. Iremos a la arboleda.

Empezaba un triste peregrinaje para el bóxer. Dauerling lo tiró de la correa para sacarlo del barracón, el perro creyó que iban a arrastrarlo de nuevo hasta otro dueño y, como no entendía qué es lo que pasaba, opuso resistencia. Švejk echó una mano a Dauerling y finalmente aparecieron con el perro en la arboleda.

La linda y frondosa arboleda del campamento militar de Bruck an der Leitha fue testigo entonces de un acto de obstinada insubordinación. Zanzíbar no quería ir hacia delante de ninguna de las maneras de modo que, a ratos, tuvieron que arrastrarlo por el suelo. El alférez Dauerling fue cogiéndole el gusto, parecía que hubiera vuelto a los tiempos de su temprana niñez cuando tiraba de un carrito. Y así hasta que el bóxer se hartó, dio un salto y empezó a tirar de Švejk y de Dauerling.

Por detrás del puesto de guardia en dirección al pabellón de fotografía, pasaba por el otro lado del prado un oficial general con una dama.

El bóxer miró a lo lejos, se detuvo, husmeó en aquella dirección y, de repente, ladrando de alegría, se lanzó campo a través con Dauerling detrás.

Los ladridos del perro advirtieron a la dama de que algo ocurría al otro lado. Pareció por un momento que discutiera algo con el oficial, luego llamó al bóxer:

—¡Mursa, Mursa!

El perro aceleró, arrastrando tras de sí a Dauerling y a Švejk. Por fin el oficial general exclamó:

—¡Venga aquí, alférez!

Llegaron volando a la altura del pabellón de fotografía. El bóxer saltó de alegría apoyándose con las patas sucias en la dama y el oficial. Dauerling palideció. Frente a él se hallaba el teniente general von Arz, comandante del campamento militar de Bruck an der Leitha.

Los dientes de Dauerling castañeaban.

—¡A… aaaa sus órdenes, Excelencia! —tartamudeó.

—¿De dónde han sacado este perro?

Dauerling de nuevo balbuceaba algo pero Švejk se acercó al estilo militar y empezó un saludo enérgico:

—A sus órdenes…

Miró al teniente general von Arze y, sin estar seguro del rango que tenía porque sus conocimientos de los uniformes terminaban en el de coronel, tras pensarlo un poco repitió:

—A sus órdenes, mi no sé qué general, este perro es nuestro, me lo he encontrado.

—Lo hemos perdido esta mañana —contó von Arz—. Por favor, alférez, ¿cuál es su nombre?

—Konrad Dauerling, Su Excelencia.

—Dauerling, Dauerling —dijo el teniente general—, lo recuerdo. Armó un buen follón en Királyhida, salió en los periódicos húngaros. ¡Vaya, hombre, y ahora anda por el campamento con un perro que no es suyo sino propiedad de su superior! Veo que usted tiene mucho tiempo libre y nosotros necesitamos oficiales en el frente. Como le sobra tiempo para meterse en líos, su compañía debe de estar ya lista, así que vamos a completar con ella el 22º batallón del 73º regimiento de infantería. Se le asignará una columna y pasado mañana saldrán hacia el frente. El resto se lo comunicarán en la oficina del regimiento.

Švejk le soltó el collar al feliz Zanzíbar y la dama sacó un estuche.

—Usted ha encontrado al perro —dijo con gentileza—, aquí tiene su recompensa.

Švejk se metió en el bolsillo de la camisa un billete de veinte coronas y se dijo que, bien mirado, eso de robar perros a los oficiales generales también tenía sus ventajas.

Se fueron a casa. Dauerling andaba en silencio, con la cabeza gacha y cavilando. Tras él, a una distancia prudencial, iba el buen soldado Švejk con la correa y el collar.

Al llegar a casa, Dauerling se sentó en una silla. Švejk dejó la correa y el collar en la mesa y preguntó:

—¿Desea algo más, alférez?

Dauerling, lleno de reproches y abatido, miró al asistente:

—Švejk —dijo—, ya me has arruinado, ¿no? Pues ahora vete, vete a emborracharte pero antes dame las diez coronas que he puesto por el collar y la correa.

—A su servicio, alférez, aquí tiene veinte coronas y le ruego diez de cambio.

Dauerling continuó mirando hacia un rincón un buen rato tras su partida. Al lado, en casa del comandante, el asistente lustraba las botas y cantaba para sí:

Cuando yo vuelva,

cuando regrese…

De aquella triste canción pasó a un tono cuplé entonando:

¡Bum! La artillería retruena,

¡bum! ya ha saltado una cabeza,

si no hay nada que te apetezca,

y menos marchar a la guerra.

Dauerling miró el collar en el que brillaba la inscripción «Por el emperador y la patria».

¡Sí! ¡Por el emperador y la patria! Estalló en sollozos silenciosos pero persistentes mientras por el campamento militar empezaba a correr la voz de que él, alférez de la 11ª compañía del 91º regimiento de infantería, le había robado el perro al teniente general von Arz, y mientras Švejk acataba sus órdenes en las bodega subterránea de Harrach tragando un vaso de vino tras otro y gritando que se iba al frente.

XIV

De camino al frente con el batallón de repuesto, Dauerling se hacía el gran héroe. Mientras pasaban por Hungría, sacaba de vez en cuando la cabeza del vagón y gritaba con hombría:

—Estas serían buenas posiciones. ¡Lo bien que se combatiría aquí!

Mas en la estación de Myszkowice se atiborró de peras, sufrió dolor de estómago y tuvo que acomodarse en un departamento del vagón en el que estaba el váter hasta pasado el desfiladero Lipecký.

Su coraje, sacudido ya por las peras, empezó a disminuir a medida que se adentraban en Galitzia, cayendo a mínimos en la estación de Sambor donde, por otro lado, se le despertó una gran voracidad.

Fue a la cocina a mendigar trozos de carne a los cocineros, a los que dijo que les dieran raciones más pequeñas a los oficiales de reserva pues ni en casa estaban tan bien atendidos como en el ejército. Se mostró muy preocupado por no disponer de provisiones suficientes para el camino, sacó azúcar de la intendencia y se lo guardó en el macuto y consiguió también un poco de pescado holandés desecado y medio podrido destinado a las tropas.

Švejk se arrastraba detrás de él con el equipaje que iba cogiendo más y más peso y que Dauerling seguía llenando con celo de más y más provisiones. Aquí recababa un trozo de chorizo seco, allí una lata para el café e incitaba a Švejk a que mangara también un paquete de sopa en alguna parte.

Se diría que Austria hacía la guerra solo para proveer a Dauerling de las últimas novedades alimentarias. Su nerviosismo iba asimismo *in crescendo* y llegó a llamar «cerdos checos» a las tropas alemanas.

El buen soldado Švejk vivió con él un suplicio compuesto de los más refinados sufrimientos.

—Tú, bribón, tú crees que porque me has enviado al frente ahora te voy a despedir. Pues andas muy equivocado. ¿Crees que te voy a mandar a la tropa para que te maten cuanto antes? Ni en sueños, piojoso, tú te quedarás a mi lado. Te voy a desollar vivo, a mí no te me escapas. Te machacaré de día y de noche, todo el santo día para que no me olvides. ¿Qué me dices de esto, imbécil?

El buen soldado Švejk se cuadró y con cara risueña contestó:

—A sus órdenes, señor alférez, me machacará de día y de noche, todo el santo día para que no lo olvide.

—Te ríes de mí, ¿verdad? —lo increpó Dauerling—. Espera, ya verás adónde nos has llevado. Nos van a llover granadas y metralla, saldremos volando por los aires.

Dauerling empezó a temblar de arriba abajo. Se estremeció como cuando se tienen escalofríos.

—No importa, señor alférez —dijo enseguida Švejk—. Lo que usted diga, volaremos por los aires y será el fin. ¡Verá qué rápido se acaba todo!

—¿Qué puedo hacer, Švejk? —imploró de repente el alférez.

—A sus órdenes, no tengo ni idea. La guerra es la guerra y en esta guerra mundial da igual un oficial y un asistente más que menos. Vuela una granada y ¿qué va a ser de nosotros?

Švejk volvió a sonreír para infundir coraje a Dauerling, que tiritaba en un rincón del vagón.

—Te acordarás de mí —gruñó—. ¡Ya te enseñaré yo a echarme a las trincheras!

Se sentó junto a la ventana y miró las desiertas llanuras de Galitzia en las que las tumbas y cruces marcaban el camino de la política imperialista austriaca.

En una estación pasaron junto a un árbol del que colgaban un campesino ruteno y sus dos hijos, un niño y una niña. Debajo había un trozo de papel en el que ponía «Espía». Ya llevaban un tiempo, tenían los rostros negruzcos y el niño colgado miraba a la cara a su hermanita colgada.

Švejk observó que con aquellos críos debían de haberse equivocado, a lo que Dauerling respondió con un bofetón por mejilla y los bramidos de que había que aniquilar a toda aquella pandilla de eslavos traidores y de que, cuando llegaran a Rusia, sería el primero en colgar a los niños para borrar la raza eslava de la faz de la tierra. Se encolerizó tanto que la saliva le chorreaba hasta la camisa. ¡Qué juicios ni qué porras! Los colgarían a todos nada más llegar. Sí, primero los colgarían, después ya vendrían las denuncias. Y con tal arranque de heroísmo inofensivo escupió a la ventana.

Las vistas seguían brindando el mismo panorama desolado de aldeas de campesinos rutenos quemadas, bosquecillos talados, campos surcados, trincheras y en todas partes de nuevo cruces y más cruces. Parecía no tener fin en toda la Galitzia este. En Kamjanec, Dauerling se emborrachó de coñac, inspeccionó las latas y amenazó con fusilar. Llevaba tal cogorza que no lograba contar tres latas, anduvo un rato por los vagones agitando el revólver. Luego volvió a su vagón y se

acostó.

Entretanto, el buen soldado Švejk dormía. Cuando se despertó estaban en una estación pasado Kamjanec y se oía el sonido vibrante de la trompeta y la señal de «Salgan todos».

A Dauerling le dolía la cabeza y tenía una sed tremenda. En los vagones había un gran ajetreo y ya nadie cantaba «Cuando yo vuelva, cuando regrese». Un cabo echó a las tropas de los vagones y les gritó que entonaran «Y los rusos tienen que ver que nosotros los austriacos somos los vencedores». Nadie le siguió. Colocaron los rifles en forma de pirámide y se plantaron alrededor de ella. El estruendo de los cañones llegaba desde detrás de las colinas y, a lo lejos, por detrás de los bosques, subían nubes de humo de las aldeas que ardían.

Dauerling fue invitado a celebrar un consejo de oficiales de la compañía y del batallón de repuesto. El comandante Sagner informó de que se hallaban a la espera de nuevas órdenes porque la vía estaba cortada y no se podía continuar. Durante la noche, los rusos habían llegado al otro lado del río y ejercían presión por el flanco izquierdo. Había muchos prisioneros y muertos. Dauerling no aguantó y como si le hubieran pisado un callo exclamó:

—¡Virgen santa!

Para colmo, se oyó un cañonazo a lo lejos y la tierra tembló. Los oficiales reunidos no daban la impresión de ser precisamente un escuadrón de héroes.

Sagner repartió mapas y pidió a los oficiales que, como comandante del batallón de repuesto que era, cumplieran estrictamente sus órdenes. Por el momento no disponían de información sobre la situación exacta de los rusos. Había que estar preparado para todos los escenarios posibles, es decir, instruir a las tropas y celebrar a toda prisa una misa de campaña. Tomarían prestado al capellán del 73º regimiento.

El comandante Sagner continuó, empezando a desvariar un poco: los rusos no debían de andar muy lejos y él no podía esperar la orden, había que retroceder.

Reinaba el silencio. Todos callaban, como si temieran despertar a los rusos y a sus bayonetas.

Algo pendía en el aire. Finalmente, el comandante Sagner explicó que en su situación no se podía hacer otra cosa que: «avanzadilla»,

«retaguardia» y «flancos». Después los disolvió, mas al rato volvió a convocarlos en la maltrecha estación de ferrocarril.

—Señores —dijo con solemnidad—, he olvidado una cosa. ¡Aclamemos tres veces al emperador!

Se oyó «*hurra, hurra, hurra*» y se dispersaron entre sus compañías. Al cabo de una hora apareció el capellán castrense, prestado del 73º regimiento de infantería, rechoncho, sanote, rebosante de vitalidad, haciendo broma y con cara de ir a ver un espectáculo de varietés en el que se bailara la danza de los velos. Dirigió el montaje del altar de campaña tratando de cerdos a los ayudantes y después hizo un discurso, naturalmente en alemán, en el que expuso lo hermoso y noble que era hacerse matar en nombre de Su Majestad el emperador Francisco José I. Los absolvió de todos los pecados con el *Sálvenos, Señor* de acompañamiento musical. Delante de ellos había aldeas ardiendo y por todas partes tronaban los cañones y se levantaban las pequeñas cruces de madera en las que, con el airecito, aleteaba aquí y allá un gorro austriaco colgado.

Luego llegaron los ordenanzas de la comandancia del batallón de repuesto con la orden de ponerse en marcha.

Los cañonazos quedaban a poca a distancia, su estruendo era cada vez más cercano y en el horizonte se veían nubecillas de metralla, mas el buen soldado Švejk caminaba tan tranquilo como siempre detrás de su señor. Llevaba un solo maletín porque había olvidado el resto del equipaje en el tren.

Dauerling no advirtió nada pues estaba enfadado y temblaba de arriba abajo. De vez en cuando les gritaba a los hombres de las columnas «Adelante, ¡en marcha, cerdos hijos de perra!» y amenazaba con el revólver a un viejo soldado que sufría de gota y encima tenía diarrea, clamorosa provocación por la que fue declarado apto para el servicio militar y libre de antecedentes criminales.

Era un alemán, un campesino de Krumlov, que no comprendía la relación que, según los superiores militares, guardaba su cagalera con el atentado de Sarajevo.

Se quedaba rezagado y Dauerling lo impelía sin compasión bramando que lo iba a fusilar allí mismo.

Al final el enfermo de gota quedó tendido en la carretera. Dauerling le dio una patada y le dijo:

—¡Tú, cerdo miserable!

Los cañonazos se habían intensificado y ya se oían por todo el frente, lo mismo delante que en los laterales. Por la llanura a la derecha se levantó el polvo de la carretera, eran los reservistas que avanzaban en columna para reforzar a los suyos.

El cadete Biegler, pálido, se acercó a Dauerling.

—Llaman a los reservistas —dijo por lo bajo—, llegaremos en el peor momento.

—Pues sí —se oyó a Švejk desde atrás—, nos harán picadillo.

—Cállate, imbécil —le gritó Dauerling—. Tú querrías que esto se acabara cuanto antes, querrías estar ya revolcándote fusilado en el campo para no tener que hacer nada y poder escarbar el suelo con el hocico igual que hacen los cerdos. Pero no te saldrás con la tuya, nos vamos a poner a cubierto y tendrás tu merecido.

Estaban ya en la colina cuando llegó la orden de «¡Retírense como puedan!»

—Ha llegado nuestra hora —dijo el buen soldado Švejk.

Y de verdad lo parecía. El suelo estaba surcado por galerías que cruzaban el bosque, las franjas de tierra amontonada anunciaban las trincheras. Las nubecillas de metralla parecían flotar directamente sobre sus cabezas y a lo lejos se oían ya los disparos de fusil y el *drrdrrdrr* de las ametralladoras.

—¡Vaya, nos están machacando! —profirió Švejk.

—¡Que te calles!

Delante de ellos se vio como de entre las filas de las trincheras se levantaba una columna de humo y se oyeron explotar unas granadas clara y perceptiblemente.

—Diríase que nos quieren a pedazos —observó Švejk.

Dauerling lo miró abatido y se arrastró hacia un ramal de comunicación.

Por encima de ellos silbaban las balas. El alférez avanzaba con la cabeza inclinada y agachado hasta el suelo, de manera que a ratos parecía que fuera a gatas a pesar de que la zanja se elevaba un metro

por encima de sus cabezas.

—La cautela nunca está de más —balbuceó—. Es el Día del Juicio Final.

Como confirmación, se oyó una salva de estallidos de granada bastante cerca y la tierra de las paredes del ramal de comunicación empezó a desparramarse.

—Estoy perdido —repitió con la misma voz llorona de la otra vez —. Dios mío, estoy perdido.

A lo que Švejk, por detrás, contestó para tranquilizarlo:

—Pues sí, alférez, nos van a triturar.

Así salieron del ramal de comunicación a la trinchera en la que el teniente Lukas corría de un lado a otro cual despavorido comandante de compañía. Las tropas pululaban como hormigas a las que el agua hubiera anegado los túneles o a las que alguien con un palo les revolviera la colonia.

Los soldados estaban pálidos. Los oficiales más pálidos aún. Se veía a las claras que el corazón valeroso de oficiales austriacos se les había escurrido por los pantalones. En sus movimientos asomaba, pura y cristalinamente, la cobardía. Ninguno de ellos parecía estar preparado para el combate y hubo quien, oyendo a lo lejos una detonación, exclamó con frecuencia:

—¡A cubierto, todos a cubierto!

Al mismo tiempo maldecían y reprendían a los soldados que se mostraban poco combativos y que ponían la cara del niño que ha sido sorprendido en lo alto de un frutal y al que están calentando el culo.

El buen soldado Švejk era el único que estaba tranquilo. Sonreía y por los ramales de comunicación de las trincheras iba zampándose una barrita de chocolate que había sacado del maletín de Dauerling.

Llegaron a primera línea donde sustituyeron a los prusianos que, como llevaban dos días sin comer, les suplicaban que les dieran el pan que tampoco ellos tenían. Se oían gritos de «¡Malditos austriacos!». Compañía tras compañía, el batallón fue tomando las posiciones designadas. Después llegó la orden de que fueran todos a las estrechas aspilleras, así que los oficiales los arrearon como si fueran ganado, contaron sus hombres, dieron órdenes a los rangos y, en medio de ese

caos general, se largaron a los búnkeres de las trincheras de segunda línea, a salvo de las granadas.

Dauerling desapareció en un agujero subterráneo de detrás de las trincheras y, cuando Švejk encendió una vela, se dejó caer en una esterilla de tepe y se echó a llorar.

Ni él mismo habría sabido decir por qué lo hacía. Lloraba con tanto sentimiento como la criaturita que se pierde en el bosque o se cae en el barro.

—A sus órdenes, señor alférez —dijo Švejk—. Acaba de venir un ordenanza del comandante de la compañía.

Dauerling se incorporó, se secó los ojos con la camisa y leyó la orden que le habían entregado y que rezaba:

Inmediatamente patrulla de oficiales con 12 hombres detrás de la alambrada en la cota 278.

Teniente Lukáš

Lukas estaba tan confundido que había firmado correctamente con el checo «Lukáš», cosa que no hacía desde los tiempos de la Academia de cadetes.

Dauerling ya no podía ni temblar. Miraba con asombro las palabras «patrulla de oficiales», como si no se lo creyera, aunque la verdad es que no cabían muchas interpretaciones.

Le pidió a Švejk que le diera el mapa y buscó la cota 278. Cuando la encontró, la subrayó en azul, se colgó la funda con el revólver, suspiró, observó una vez más y con pesar el agujero en el que estaban y ordenó a Švejk que lo acompañara.

Švejk cogió el maletín y lo siguió; cuando Dauerling se reunió con su columna, preguntó quién se ofrecía de voluntario para ir a patrullar con él.

Nadie movió ni un dedo. Los llamó gallinas y empezó a escoger él mismo. Salieron de la trinchera en silencio. Delante de ellos se extendía el bosquecillo desde el que se disparaba. Dauerling dictó ir por la cañada, avanzaba como un cuerpo sin alma. Detrás de él Švejk sacó otra barrita de chocolate del maletín y la engulló con mucha osadía y una sonrisa. Se dirigían a la muerte, ¿por qué no iba a darse ese gusto?

Desde la trincheras austriacas que quedaban a sus espaldas se disparaba al bosquecillo y desde allí les respondían abriendo fuego sin miramientos. El estruendo era tal que Dauerling decidió actuar con rapidez.

—Švejk —dijo—, ¡ve a comunicar que antes de llegar al bosquecillo doblen a la izquierda hasta aquellos matorrales y vuelve!

Cuando Švejk volvió y anunció que todo estaba en orden y que el cabo Weiss se dirigía hacia la maleza, Dauerling titubeó un poco, como si le estuviera dando vueltas a algo.

—Escucha, Švejk, metámonos aquí —dijo señalando un hueco en la cañada parecido a una quebrada—. Sabes que eres un animal y que te aprecio, ¿verdad? Vas a hacerme un favor. Coges el revólver y me pegas un tiro en el hombro. Es que quiero irme a casa. Ya sabes, Királyhida, el perro del general, el frente, la patrulla de oficiales, todo ha pasado demasiado rápido. Dispárame en el hombro, ellos me encontrarán…

—A sus órdenes, señor alférez, ya comprendo. Luego me hago colgar por ello, ¿verdad?

Dauerling suspiró.

—Esta vez tienes razón, no tendrás más remedio que dejarte colgar o escapar. Será mejor que te escapes. Las posiciones de los rusos no quedan lejos y con ellos ya te apañarás.

Dauerling hablaba como un ángel. Habló un ratito pero Švejk siguió sin moverse.

—Animal, más que animal —se enojó Dauerling—, te ordeno que me pegues un tiro, ¿acaso no sabes lo que es una orden?

Švejk se puso en posición de firmes:

—En este caso obedeceré, alférez.

El buen soldado Švejk retrocedió unos cuantos pasos, tensó el brazo, cerró los ojos porque nunca había hecho nada parecido y disparó.

—¡Virgen Santa! —exclamó Dauerling y Švejk se dio a la fuga cañada abajo hacia el bosquecillo. Alcanzó a ver que Dauerling lo miraba tendido en el suelo y callado, sin voz.

Švejk llegó hasta el bosquecillo cruzando un claro por el que silbaban las balas de uno y otro lado.

Tras el claro, se sacó la pipa del bolsillo, la encendió y caminó lentamente hacia los montones de tierra excavada cerca de donde relucía la alambrada.

Justamente aparecieron por allí dos soldados con un uniforme extranjero que Švejk nunca había visto de cerca pero que, por el gorro plano, dedujo que eran rusos.

Se detuvo y les gritó:

—A sus órdenes, camaradas, soy Josef Švejk de Královské Vinohrady.

Levantó los brazos y continuó:

—Allí no hay más que una compañía de repuesto sin ninguna reserva.

Así fue como el buen soldado Švejk cayó en cautiverio. Le dieron pan y té y, al día siguiente, lo incorporaron a una de nuestras compañías de voluntarios, donde pasó todo el día y testimonió la llegada de varios prisioneros de su antigua compañía que habían sobrevivido al ataque nocturno de los rusos a las posiciones austriacas de la cota 278.

Entre ellos se hallaba el instructor Sondernummer. Parecía otro, miró a Švejk con respeto y le dijo en un checo macarrónico:

—Vaya *fahena noz* ha hecho. Mató ayer al *alférrez*. Está *muerrto* y usted escapar y mandar a *nozotrros* soldados rusos y *nozotrrros* hecho polvo *ein zwei*. El capitán Sagner *pondrrá* una *denunzia* —añadió en voz baja.

Así que el buen soldado Švejk había cometido, aunque sin querer, un crimen contra la gran potencia austriaca.

Emprendió su cautiverio dando la espalda al imperio del águila negriamarilla de dos cabezas a la que empezaban a caérsele las plumas…

NOTAS

1

Reglamento de instrucción. (*N. de la T.*)

2

Al suelo. (*N. de la T.*)

3

Media vuelta, imbéciles. (*N. de la T.*)

4

Apodo que algunos checos daban al emperador y sobre cuyo origen existen varias teorías. Procházka significa «paseo» pero es además un apellido común. En cualquier caso destila irreverencia. (*N. de la T.*)

5

Karel Havlíček (Borová u Přibyslavi, 1821 - Praga, 1856). Poeta, periodista, ecónomo y político checo exponente del Renacimiento nacional checo. (*N. de la T.*)

6

Presunta organización política radical que se vio envuelta en un proceso judicial en los años 1893-1894, en medio de las revueltas callejeras por el sufragio universal. (*N. de la T.*)

Table of Contents